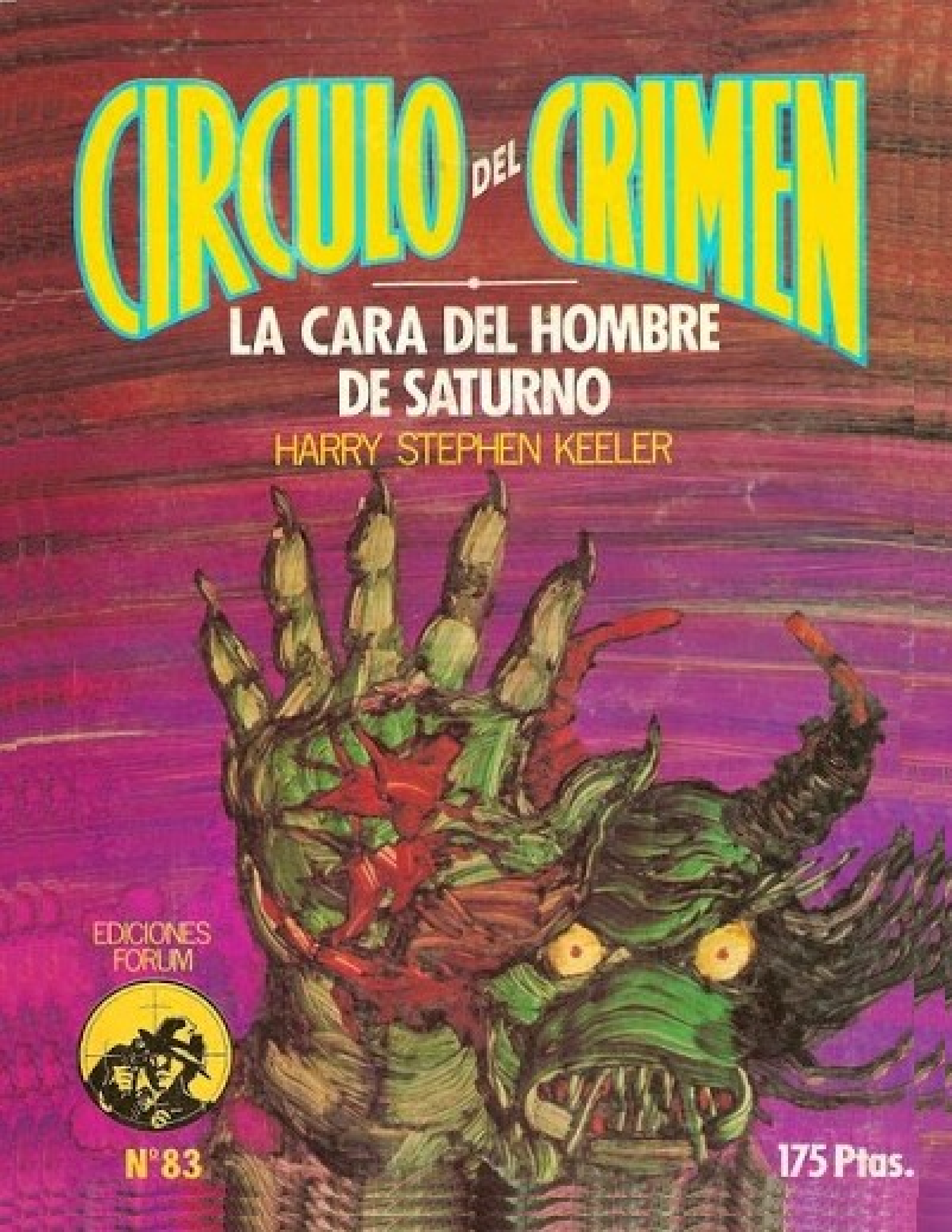

CIRCULO DEL CRIMEN
LA CARA DEL HOMBRE DE SATURNO
HARRY STEPHEN KEELER
EDICIONES FORUM
Nº 83
175 Ptas.

Jimmie Kentland, redactor del periódico *Sun*, de Chicago, acuciado por su jefe para que consiga una gran noticia, desobedece las instrucciones de éste y abandona su puesto de responsable de la redacción de noche a causa de una misteriosa llamada en la que le anuncian un crimen. A partir de ese momento, se van a desencadenar una serie de sucesos misteriosos que acabarán envolviéndolo en una complicada trama de traición y espionaje, en cuya resolución acabará encontrando el amor.

La cara del hombre de Saturno es ciertamente una novela detectivesca aderezada con las personales pinceladas de este singular escritor. Siguiendo su costumbre, las tramas se suceden y entremezclan de manera abrupta, confundiendo a veces al desconcertado lector, pero nunca defraudándole.



Harry Stephen Keeler

La cara del hombre de Saturno

ePub r1.0
Titivillus 08.12.16

Título original: *The Face of the Man from Saturn*
Harry Stephen Keeler, 1933
Traducción: Fernando Noriega Olea

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



A mi amigo el Dr. Charles M. Scherer,
cuyos múltiples inventos en el campo optométrico
y cuyo curioso establecimiento de objetos de óptica
de Clark Street, número 2658, Chicago,
sugieren un mundo de novelas de misterio.

I. SOBRE EL TAPETE

Eran las cuatro menos un minuto de la tarde cuando Jimmie Kentland saltó de un tranvía de Madison Street, en el borde occidental del gran Loop de Chicago. Siguió como una flecha por Market Street hasta el deslucido edificio marcado con el número 10, subió de tres en tres los escalones desgastados por el tiempo y entró en la sala de redacción del diario de la mañana *Sun*, en el preciso instante en que el enorme reloj de madera que pendía de la pared daba las cuatro.

Luego, se dejó caer en la desvencijada silla de delante de su máquina de escribir. «Por poco llego tarde otra vez», se dijo. «No acabo de calcular bien los itinerarios de estos tranvías de Chi…». Se paró de repente al fijar la vista en un sobre largo con el membrete del *Sun*, que estaba encima de la cubierta de hule de su máquina de escribir.

Lo cogió, cauteloso: lo miró un segundo, rasgó lentamente uno de sus extremos, y sacó una tarjeta blanca, que era lo único que contenía. Por un lado tenía estas palabras impresas: «August L. Fornhoff. Propietario y Director del *Sun*, único periódico socialista de Chicago». La volvió rápidamente. Por el otro había escritas en lápiz estas pocas palabras:

> «Señor Kentland: Tenga la bondad de entrar en mi despacho en cuanto llegue usted a la redacción.
>
> *Fornhoff*».

—¡Apaga y vámonos! —exclamó con voz lastimera, después de haber leído el escrito de una ojeada—. ¡Ya llegó! Cuando no me dice «suyo afectísimo»… ¡malo!

Dirigió una mirada inquieta a la sala de redacción, con sus escasas máquinas de escribir; la mesa del director, salpicada de tinta, en un extremo; el suelo cubierto de recortes de papel, y su aspecto de completa confusión. Luego, sus ojos recorrieron el pasillo exterior hasta el tabique de separación de cristal esmerilado del otro extremo, tras del cual estaba Fornhoff, propietario, director y dictador de la política socialista del *Sun*. Sin siquiera mirar a los otros tres individuos que había en la redacción, se levantó lentamente y se dirigió hacia el rajado espejo de la pared inmediata, ante el cual se alisó un aplastado mechón de pelo castaño que le caía sobre sus ojos grises acerados. Hecho esto, giró sobre sus talones y se dirigió por el pasillo a la puerta de la jaula de cristal esmerilado.

Su vigorosa llamada con los nudillos motivó un enérgico «¡Adelante!» de la persona que estaba dentro. Entró y cerró la puerta tras sí. Ante una mesa de caoba, cerca de la ventana, estaba sentado un hombre grueso, corpulento, casi parecido a un buey; con la cabeza ligeramente calva, ojos azules y pronunciadas mandíbulas. Tenía delante un maletín negro de viaje, medio abierto, casi lleno de papeles, y, desparramados sobre la mesa, había también papeles diversos de todos los colores, tamaños y formas.

—Siéntese, señor Kentland —dijo el director.

Kentland se dejó caer con el cuerpo muy derecho en un sillón que había junto a la mesa, y esperó. Creyó ver en cierto momento que su interlocutor parecía muy preocupado, aspecto que no había visto nunca en él. El director cerró el maletín con agudo chasquido y giró en su sillón.

—Señor Kentland, salgo para Cincinnati en el aeroplano de las seis de la Monon Airways, y como antes necesito ir a casa, en Drexel Boulevard, y de allí al Aeródromo Central, no dispongo de mucho tiempo para decirle lo que tengo que comunicarle. El *Herald* de Cincinnati está en venta y he decidido a última hora estar allí, con

un cheque certificado y el cinco por ciento en dinero, antes de media noche, hora en que se dan por terminadas las pujas. El regreso lo haré en el tren Monon para poder dormir y llegar aquí por la mañana. —Miró al joven por debajo de sus pobladas cejas—. ¿Cree usted que prosperará un periódico socialista en esa ciudad, señor Kentland?

El otro se animó en seguida. Había pensado en los primeros momentos que se le llamaba para echarle una reprimenda, si es que no era para despedirle, a causa de las dos informaciones que le habían pisado en la primera semana que llevaba de redactor del *Sun* en esta ciudad gargantuesca, de múltiples facetas, tan acertadamente llamada «El Londres del Oeste». Pero, por lo que había empezado a decir Fornhoff, parecía que de lo que se trataba era de consultarle respecto a los planes de negocios de aquel hombre voluminoso.

—Debiera ser un buen asunto, señor Fornhoff. Cincinnati, con la vuelta de la cerveza a América, se ha convertido de hecho en un enorme centro productor de esa bebida, y tiene empleada una barbaridad de gente en esa industria. Es gente que tiene las mismas tendencias ideológicas que tenían los habitantes de Milwaukee en la época en que la cerveza desapareció de los Estados Unidos. ¡Quiero decir la verdadera cerveza! Y, además, sé —porque conozco bastante Cincinnati— que no hay ahora allí nada que se parezca a un periódico socialista moderno.

—¡Psé! —dijo Fornhoff, asintiendo distraídamente con la cabeza —. Su rostro adquirió de nuevo aquella expresión anterior de preocupación. Durante unos segundos pareció olvidar la presencia de su visitante, cuanto le rodeaba, incluso el asunto que había motivado la llamada de Kentland a su despacho. Pero, de repente, se rehízo dando un respingo y habló:

—Señor Kentland, no emplearé mucho tiempo en decir lo que tengo que comunicarle. Es sencillamente esto: Hace una semana que se presentó usted, procedente de Omaha, y solicitó una plaza en el *Sun*. Dijo usted que había sido director de noche del *Courier* con la

antigua empresa. —Kentland asintió con la cabeza, al mismo tiempo que pensaba que había llegado el temido momento—. Le admití. La primera noche que estuvo usted aquí le pisaron una gran información, pues cuando el *Sun* entró en máquina ya tenían los demás periódicos la noticia. Anoche se repitió la cosa. Ahora…

Fornhoff se paró de repente y oprimió un botón empotrado en un lado de su mesa. A la llamada acudió un joven de pelo rojo, que parecía estar tan satisfecho y orgulloso como si hubiera bailado una jiga delante de la G. P. U. de Rusia. Fornhoff le arrojó un billete de veinte dólares y otro de diez.

—Mira, chico, llégate al despacho de billetes de Monon, que está en Clark & Adams, y cómprame un billete de ida y vuelta para Cincinnati: la ida en el aeroplano que sale de Chicago a las seis, y la vuelta en el tren que sale de Cincinnati a media noche. Toma, por supuesto, la cama de abajo en el billete del tren. ¿Te has enterado? ¿Qué es lo que tienes que hacer?

—Comprar un billete de ida y vuelta Chicago-Cincinnati —repitió el chico como un papagayo— para el aeroplano de las seis, y regreso a Chicago en el tren Monon de media noche. La cama de abajo.

—Perfectamente. Lárgate.

El muchacho desapareció, y Fornhoff se volvió de nuevo a Kentland.

—Ahora, la situación es ésta, Kentland. El *Sun*, periódico socialista, es una nueva aventura, y ha de publicar noticias, sobre todo si ha de tener buen éxito; téngalo usted presente. Al mismo tiempo que es un órgano político en grado máximo, que defiende las doctrinas de los que creen que Franklin D.[1] no representa la verdadera organización que el mundo necesita, ni tampoco la Tecnocracia, es también un periódico. Y como tal, no puede emplear a personas que, por mala suerte o ineptitud, no logran traer informaciones de actualidad. —Hizo una pausa—. Creo que me comprende usted, ¿verdad?

Kentland asintió en silencio. Podía haberse lanzado a explicar los desgraciados incidentes que habían motivado su fracaso en aquellas dos informaciones; pero su larga experiencia de los hombres y de los periódicos le había enseñado que con el silencio y la aquiescencia se consigue más que con las excusas.

—Así, pues —siguió diciendo Fornhoff, masticando distraídamente la punta de un cigarro negro que había sacado del bolsillo del chaleco—, habrá que aplicarle a usted la férrea ley de este periódico, como si se tratase de un chico que entrase aquí y tuviera un empleo de quince dólares. O me trae usted en el plazo de una semana una gran información que sólo nosotros publiquemos, para demostrar que sabe usted hacer todo lo que me dijo, o…

—O dejo de formar parte del periódico —dijo Kentland completando la frase.

Fornhoff dijo que sí con la cabeza.

—Exactamente. —Miró a su reloj. Fuera, el gran reloj de la sala de redacción dio las cuatro y media. El sol empezaba a ocultarse tras los tejados de los sucios edificios de Newspaper Row, con lo cual los relucientes cristales de enfrente, en Market Street, quedaron repentinamente en la oscuridad, y el interior del pequeño despacho adquirió un aspecto lúgubre y triste, muy en concordancia con el estado de espíritu de Kentland.

—Ahora, dos cosas más —siguió diciendo el hombre voluminoso —. El señor Boltman, director de noche del *Sun*, me acaba de telefonear para decirme que está en cama con calambres gástricos —así los llama él, al menos—, yo diría sencillamente dolores de vientre; pero, de todas maneras, me ha telefoneado que está en cama con esos dolores, y que no se levantará esta noche. El suplente habitual del señor Boltman está de vacaciones, y los demás redactores que prestan servicio de noche conocen perfectamente Chicago, mientras que usted lo desconoce. Por eso, y como usted tiene práctica de redacción, adquirida en el *Courier* de Omaha, le nombro a usted por esta noche sustituto del señor Boltman. Quiero que esté usted atento al teléfono y a todo lo demás, y que no se

mueva de aquí hasta que el periódico haya entrado en máquina, a las tres de la madrugada. Si recibe el menor aviso de la Policía o de los bomberos, envíe usted a la calle a los muchachos y ellos se encargarán de hacer lo que sea preciso. —Hizo una pausa—. Podrá usted manejar esto bien, ¿verdad?

—Muy fácilmente, señor Fornhoff —respondió Kentland volviendo a la vida.

—Ahora, vamos al punto tercero. Fornhoff consultó un «block» de notas que tenía a mano. —Probablemente verá usted a Jeffrich esta noche. Tengo entendido que viene a eso de las nueve con sus cuartillas. ¿Le conocerá usted cuando le vea?

Kentland se quedó pensativo un momento, hasta que cayó en la cuenta de quién era la persona a la cual Fornhoff se refería. Recordó que Jeffrich era el único colaborador del *Sun*, una ruina humana que pertenecía evidentemente al ejército de escritores despreocupados que asedian las redacciones de los periódicos de la ciudad para hacer artículos a la medida. Ni Boltman mismo parecía saber de dónde procedía; pero en la redacción se decía que sus magistrales análisis de las situaciones bélicas, rápidamente mudables, que se sucedían en la llamada segunda guerra chino-japonesa, así como su reciente pronóstico, hecho en un artículo de dos mil palabras, de una deliberada declaración de guerra de Francia a Rusia, precipitada por un hipotético «incidente» diplomático en la frontera ruso-rumana, que motivaría la entrada en Rusia de un ejército de 600.000 polacos, rumanos y yugoeslavos —esto sin contar sus recientes severas diatribas contra el capital—, estaban empezando a captarle la estimación de Fornhoff. Disponía a diario de una columna sin firmar en el periódico, y Kentland recordaba que todas las noches que no tenía que salir a la calle para algo, veía entrar, a las nueve en punto, en la sala de redacción del *Sun* a Jeffrich, con su deshilachado traje bien cepillado y remendado. Entraba ligero, balanceando airosamente su pesado bastón, y mostrando en su flaco rostro esa expresión de pronunciado desprecio que señala invariablemente al

escritor convencido de que su trabajo es demasiado bueno para la publicación en que aparece.

Siempre que iba, entregaba a Boltman su artículo para la mañana siguiente, con los diagramas militares relativos a la segunda guerra chino-japonesa, para que se insertaran en tercera plana, y, luego, se marchaba; probablemente a las guaridas bohemias donde era tan conocido.

Kentland hizo un gesto afirmativo; ante el cual Fornhoff, con el rostro ensombrecido un instante, siguió diciendo:

—Bien; quiero que le diga usted que tiene que ser más neutral en esos artículos militares chino-japoneses, pues de otro modo el *Sun* tendrá que dejar de publicarlos. Ese previo análisis suyo de una inevitable invasión francesa de la Rusia soviética era una cosa que estaba bien desde un punto de vista técnico; pero era demasiado favorable a Rusia, y tenemos que tener presente que aunque nosotros somos, hasta cierto punto, pro-bolcheviques, pro-soviéticos, pro-socialistas, no podemos comprometer toda nuestra política en un asunto que debe sernos tan ajeno como el elogio de un torneo de bridge subastado. Y…; pero ya que hablamos de Francia, diga usted a Jeffrich que si este último levantamiento marroquí dirigido por Abd-el-Hazar contra Francia sigue en aumento, necesitaremos un artículo diario de doscientas palabras sobre la campaña de África, y un diagrama de vez en cuando. Sé, por conducto confidencial, que a causa de las actividades de Hazar han aumentado la Legión Extranjera, hasta triplicarla, con fuerzas regulares del Ejército francés. Y…; pero me estoy desviando del asunto. Estaba hablando de los artículos diarios de Jeffrich sobre la guerra chino-japonesa. Se muestra en ellos favorable a los nipones, cuando, de ser algo, debiera ser sinófilo al menos, pues es evidente que China se hará socialista en los próximos diez años, en tanto que el Japón es cada vez más imperialista. Sin embargo, no le pido que se adhiera a ningún punto de vista particular, si no los tiene; pero incúlquele usted, Kentland, la idea de que el *Sun* es un periódico neutral por lo que respecta a todas las guerras exteriores, un periódico americano en

todo momento. Yo no puedo apadrinar artículos que son tan parciales como los suyos en favor de éste o del otro país. Dígale que en un artículo político tiene completa libertad para arremeter hasta donde quiera contra el capital y los grandes negocios, siempre que no se convierta en un agitador; pero dígale que tratándose de artículos militares ha de discutir y analizar cada día las nuevas situaciones chino-japonesas de una manera objetiva, o dejar de mandarlos, y ya buscaremos otra persona que los haga. —Señaló a un montón de cartas sujetas por un pisapapeles de latón—. Ahí tiene usted las protestas que han llegado estos últimos días de personas que tienen relaciones comerciales con China. Si esto sigue así se nos conocerá como un periódico japonés en vez de un órgano socialista; y a eso no estoy dispuesto… Nada más. Haga el favor de decírselo a Jeffrich esta noche sin falta.

Se puso en pie y miró agriamente a su reloj. Esto, como sabía muy bien Kentland, era una señal indiscutible de que la entrevista con Fornhoff había terminado. Así, pues, él también se levantó.

—Le agradezco a usted la confianza que me demuestra encargándome esta noche de la dirección del periódico… —empezó a decir. Pero el otro le hizo callar con un movimiento de la mano. El *Sun* no era uno de los grandes diarios de Chicago, y su dueño no corría ningún albur poniendo en aquel puesto, por una noche, a este hombre de dudosa competencia.

—Ahórrese las gracias —dijo Fornhoff con sequedad—. Lo hago únicamente con objeto de reservar mis mejores redactores, los que no fracasan, para que busquen las noticias. —Kentland se sintió invadido repentinamente por una oleada de resentimiento. Se puso muy colorado; pero no replicó, porque los empleos en Chicago —a pesar de la tan cacareada «Vuelta a la Era de la Prosperidad»— escaseaban más que las langostas en los ríos; y él necesitaba el empleo que tenía—. Y no olvide lo que le he dicho, señor Kentland, si en el plazo de siete días, sin contar el de hoy, no me trae una buena información exclusiva para el *Sun*, para que yo pueda ver si tiene usted madera de periodista, deja usted de pertenecer a la redacción

de este periódico. Esto es definitivo… Buenas noches, señor Kentland.

II. UN AVISO NOCTURNO

Aquella noche, Jimmie[2] Kentland, reportero, tuvo la inmensa satisfacción de ser James Kentland, ¡director de noche del diario más pequeño de Chicago! Pero, en realidad, no estaba muy satisfecho en su fuero interno. Habérsele escapado en el curso de la semana pasada dos informaciones de vital importancia, era algo que aún excitaba su ira, sobre todo porque era la primera semana que estaba en el periódico. Y la fría observación de Fornhoff de que, en ausencia del acostumbrado sustituto del director de noche, reservaba sus mejores redactores para que buscasen noticias, no era de tal naturaleza que pudiera considerarse como un elogio de sus habilidades de cazador de informaciones.

A pesar de no conocer completamente la ciudad, se encontraba manejando el alud de pequeñas noticias con la misma celeridad que había desplegado en el *Courier* de Omaha antes que este periódico hubiese pasado a nuevas manos, y él, Jimmie Kentland, se encontrase sin destino y sin sueldo. Hacia las nueve de la noche, sin embargo, empezó a aflojar el trabajo, y la carencia de algo interesante comunicado por telégrafo comenzaba ya a causar monotonía. Kentland empezó a desear que ocurriera en la ciudad algún suceso importante que le permitiera demostrar a Fornhoff lo que era capaz de hacer, con lo cual tal vez se ablandara un poco el augusto caballero. Pero nada ocurría, y los dos reporteros que quedaban en la pequeña sala de redacción iniciaban ya sus bostezos delante de sus mesas.

Pero a las 9,30 entró Jeffrich y se dirigió a la mesa de Kentland. Era un hombre alto, de unos cuarenta y ocho años, con algunas hebras grises entre sus cabellos negros. Sus facciones suaves y afiladas y sus diminutos ojos medio entornados estaban en perfecta concordancia con sus labios delgados, que parecían expresar un gesto rígido de desdén permanente.

—¡Uy! —exclamó, mirando con altanería al joven—. ¿Qué demonios hace usted, amigo mío, en el sitio del honorable Boltman? ¿Dónde está el rey de la redacción de poche? Necesito verle.

Kentland estaba hablando por teléfono; pero volvió a colgar el auricular, y giró en su sillón para ponerse de cara al hombre del gesto despreciativo.

—Siéntese, Jeffrich. Boltman se ha quedado en casa con un fuerte dolor de vientre, y yo estoy de jefe esta noche. Tengo un recado del amo para usted. —Dicho esto, se inclinó hacia adelante y dijo al otro al pie de la letra lo que Fornhoff había manifestado cinco horas antes, sin olvidarse de mencionar la amenaza de éste de suspender completamente los artículos sobre la guerra—. Ya lo sabe usted, señor Jeffrich —acabó diciendo—, tiene usted que paliar el tono de los artículos chino-japoneses y hacerlos neutrales. Y en el caso de que siga usted haciendo más informaciones a tanto la línea, abandone el tema de que Francia tenga el propósito de declarar la guerra a Rusia. Y lo mismo en todo lo demás. Si no lo hace usted, cuéntese con los muertos.

Jeffrich permaneció sentado un rato con una expresión desdeñosa en su flaco rostro.

—Ya —refunfuñó—. Tengo que modelar de nuevo mis propios sentimientos a fin de recibir unos cuantos de los grandes y redondos dólares de plata de Fornhoff. —Rió estrepitosamente, pero su risa era falsa—. Perfectamente, amigo. Todos mis futuros artículos sobre la guerra chino-japonesa serán neutrales, así como lo serán, hasta el enésimo grado, los otros artículos que escriba sobre temas libres. Necesitó el dinero. —Metió la mano en el bolsillo interior de la americana; pero siguió hablando mientras lo hacía—. Cuando

Fornhoff esté dispuesto a que se publique algo de lo del norte de África, lo enjaretaré. Abd-el-Hazar no quiere que cruce por Marruecos ninguna de las estrechas líneas férreas francesas, y por eso es por lo que está armando ese follón. Sabe que él no será más que un empleado de la oficina de las arenas del desierto cuando Francia logre esas líneas, sobre todo ahora que ha completado el ramal Fez-Udjda que forma parte de su sistema. —Al pronunciar estas últimas palabras sacó del bolsillo lo que buscaba y lo arrojó sobre la mesa de Kentland. Era un pedazo de papel de escribir, doblado, en cuya parte inferior, parcialmente al descubierto, se veía el ángulo de un mapa pulcramente dibujado con tinta negra, y una mancha de fina y apretada escritura a mano—. Se levantó y dijo:

—Aquí tiene usted el artículo para mañana por la mañana. Es un examen de la tentativa japonesa de apoderarse de los nuevos y modernizados fuetes de Woosung por detrás, en lugar de intentarlo desde el río Yang Tse, con 6.400 soldados desembarcados a una milla, río Whangpoo arriba. Serán rechazados, fíjese en lo que le digo, porque esos chinos piojosos, como ya expliqué ayer, están bien atrincherados y disponen de nidos de ametralladoras detrás de los fuertes de Woosung. Los bastardos amarillos han aprendido mucho desde aquella primera pelea chino-japonesa de 1933, y, además, tienen artillería pesada de largo alcance en Linho, detrás de los riachuelos Woosung y Soochow, lo cual hace que la cosa cambie totalmente. Puede usted mandar sin cuidado el artículo a las linotipias tal como está…, pues en él no he expresado sentimientos personales de ninguna clase. Y puede usted volver a utilizar el cliché de esta mañana para el diagrama, o, si hace un nuevo cliché, utilice mi dibujo de hoy; pero haga un manojo de cruces a lo largo de la orilla izquierda del Wangpoo, a mitad del camino de Shangai, para indicar dónde los estimables japoneses, que debían de derecho poseer y regir toda la China, están tratando de desembarcar fuerzas. Nada más. El artículo es completamente neutral, así es que no se preocupe. —Jeffrich miró vacuamente durante un segundo al otro

lado de la sala, y luego, a Kentland—. Y présteme un dólar, haga el favor, hasta que mañana vea al cajero. ¿Quiere usted?

Kentland metió la mano en el bolsillo, sacó un dólar y lo lanzó a Jeffrich, el cual se lo guardó apresuradamente; pero sin decir ni una palabra de gracias. Lejos de esto, todos sus movimientos daban la impresión de que estaba haciendo al otro un alto honor al pedirle dinero prestado. Un minuto después desapareció en la noche.

Al dar las once se recibió una información de la estación de policía de Harrison Street dando cuenta del descubrimiento de un garito chino en South Clark Street. Kentland envió inmediatamente a un reportero que acababa de llegar. A las 11,45, la telefonista del departamento de Incendios del Ayuntamiento comunicó la noticia de haberse declarado un incendio en unas casas de vecindad del distrito. Las cosas se animaban. Kentland mandó a otro de los muchachos al lugar del suceso. A las 12,15 llegó de la Estación Central la noticia de que había sido detenido un desfalcador de Nueva York al descender del tren en la estación de la Calle 12. A las 12,30 telefoneó el redactor que había ido a hacer la información del fuego, que éste estaba sofocado y que no había ningún herido. Las cosas empezaron a aflojar de nuevo. A las 12,50 empezaron a llegar reporteros, uno a uno. Luego, siguió el traqueteo de las máquinas de escribir, hasta no poderse casi oír lo que se pensaba. A la 1,30 había cesado el ruido, y en la gran puerta de la sala de redacción sonaron dos portazos al marcharse a sus casas los dos redactores que habían empezado a trabajar antes.

A las dos sólo quedaban Kentland, el redactor de mesa Johnson y dos reporteros soñolientos que pertenecían ya al periódico cuando ingresó Kentland. Abajo, en la imprenta, estaban funcionando tres linotipias, y el chico encargado de las galeradas sacaba pruebas húmedas y tiznadas. Entonces se dio cuenta Kentland, mientras se recostaba en el sillón giratorio de Boltman, de que casi habían transcurrido las diez horas de su cometido como director sustituto del *Sun* de Chicago, y de que, a partir del día siguiente de él dependía el seguir ganándose allí la vida, llevando una información exclusiva en

un plazo de siete días, o buscar otro empleo. Y al pensar en esto, se preguntaba adonde iría él, Jimmie Kentland, forastero en aquella ciudad, a buscar una información real que engalanara la primera página del *Sun* exclusivamente.

Interrumpió sus meditaciones la entrada de un botones vestido de caqui, que llevaba un cigarrillo colgando de la comisura de la boca. Se acercó a su mesa arrastrando los pies de una manera somnolienta y dejó en ella una carta sucia y arrugada, con la siguiente dirección escrita a máquina: «Señor Director de noche del *Sun*. Market Street».

—Firme usted aquí —masculló el chico, dando una chupada a su cigarrillo y echando el humo a la cara de Kentland. El director en funciones firmó el recibí y rasgó el sobre. El sorprendente contenido de la carta, escrito a máquina como el sobre, decía así:

> «*Señor Director: Si quiere usté enbiar inmediatamente un redaztor a Crilly Court, 1.710, encontrará usté alguna cosa extraordinaria y sorprendente que ningún otro periódico tiene. No crea que le engaño*.
>
> *Un amigo del* Sun.»

Kentland se quedó reflexionando un momento acerca del contenido del extraño mensaje y, luego, se puso en pie.

III. A CRILLY COURT

Cuando el botones recadero salía por la puerta giratoria de la sala de redacción, Kentland le llamó:

—¡Eh, muchacho! ¡Ven aquí!

El mensajero volvió a acercarse a la mesa.

—¿Quién te ha dado esto?

—Un individuo que telefoneó a la Oficina del Norte de la Western Union diciendo que tenía una carta urgente que enviar al *Sun*.

—¿Y adónde tuviste que ir a recoger la carta?

—Le dijo al jefe que estaría esperando en la esquina de North Avenue y Wells Street.

—¿Qué aspecto tenía ese individuo?

—No puedo decírselo. Cuando llegué allí, a las 2,10 de la noche, él estaba en la calle, separado del farol de la esquina y con el sombrero echado sobre los ojos.

—Muy bien. Puedes marcharte. —El muchacho desapareció. Kentland miró al reloj que estaba en el extremo de la sala. Sus agujas marcaban las 2,30. Sabía que a las 2,45 se cerrarían las planas de los demás periódicos de la ciudad, y que poco después sus gigantescas prensas empezarían a gemir. Un poco después de esa hora, el *Sun*, con su tirada más pequeña, seguiría a sus hermanos mayores. Lleno de perplejidad, volvió a leer la carta.

En esta segunda lectura le pareció más interesante. Si era la clave de una información exclusiva, se le presentaba una ocasión milagrosa de que el *Sun* saliera aquel día con algo en sus titulares que los demás periódicos no podrían dar a sus lectores, a no ser que

lo dejaran, claro es, para una edición posterior. Por otra parte, si se trataba de una burla, quedaba tiempo para aclarar la cosa antes de que el reloj de la imprenta anunciase el cierre. Es cierto que Fornhoff le había encargado que no se moviera de allí hasta que el periódico entrase en máquina; pero es que ni Fornhoff había contado con la inesperada contingencia de que llegara en el último momento el soplo de una noticia especial. Así, pues, tomó al instante una resolución.

—¡Johnson! —gritó al solitario redactor de mesa, que, al otro extremo de la sala, tamborileaba distraídamente en su pupitre—. Hassel y Pilken —añadió, dirigiéndose a los dos reporteros que estaban de servicio hasta la hora del cierre—. Vengan ustedes.

Les enseñó la carta y, luego, cogió el sombrero.

—Voy a hacer yo mismo esta información. Tal vez no estén ustedes enterados; pero estoy a malas con el patrón… y necesito «pisar» alguna información a los demás periódicos. Usted, Johnson, deje sin cerrar la primera página hasta que yo telefonee, pues llamaré en cuanto sepa algo. Y ustedes dos pueden quedarse aquí, como de costumbre, por si ocurriera algo.

Las agujas del gran reloj de la pared marcaban las 3 menos 25. Sin decir nada más, Kentland se guardó en el bolsillo de la chaqueta el pedazo de papel escrito a máquina, salió de la sala de redacción y bajó precipitadamente las escaleras del edificio del *Sun*. Se paró vacilante un segundo bajo el enorme globo de luz, cubierto por una pantalla, de delante de las oficinas, dudando si tomar un «taxi», para dirigirse a Clark Street por Madison Street, o utilizar otro medio de transporte que, rodeando más, le llevara por el centro de la ciudad hasta Crilly Court. Esta calle, según recordaba vagamente por el asiduo estudio que había hecho la semana anterior de una guía callejera, estaba a dos o tres millas al norte de Madison Street, línea central de la ciudad. Pero mientras estaba allí dudando, sin decidirse, pasó por delante de él un enorme «taxi» amarillo que bajó lentamente por Market Street.

—¡Eh! —gritó. Un frenazo del «chauffeur» y el coche paró. Kentland pudo ver a la luz mortecina de un farol de la calle que el

conductor había vuelto la cabeza, y corrió hacia el vehículo parado—. ¿En cuánto tiempo puede usted llevarme a Crilly Court, al número 1.710?

El «chauffeur» le miró con una sonrisa de exasperación.

—No le puedo llevar de ninguna manera, señor. ¿No ve usted que llevo las luces apagadas? Se ha consumido la batería.

Kentland sacó el reloj y miró la hora a la débil luz de la calle. Eran las 3 menos 20.

—¡Qué importan las luces! —exclamó—. Le digo que tengo que estar en el número 1.710 de Crilly Court dentro de diez minutos a lo sumo. ¡Mire! —Sacó del bolsillo un pequeño fajo de billetes, separó uno de cinco dólares y se lo mostró—. Lléveme usted allí en diez minutos y este billete es suyo.

El conductor, familiarizado con el Chicago de noche, pensó que a aquella hora —tres de la madrugada— había por las calles muy pocos policías. Y seguramente influiría mucho en él aquella oferta de pago, que era, aproximadamente, diez veces la tarifa que el Concejo de la ciudad había autorizado en su última sesión para una carrera de dos millas. El caso es que sin dirigir apenas una mirada al billete que Kentland tenía entre los dedos, alargó la mano y se lo guardó. Luego, dijo:

—Suba usted. Correré el albur. Agárrese bien cuando salgamos del Loop. Tengo que subir disparado por Wells Street para hacer el recorrido en diez minutos.

Cinco segundos después, Kentland, saltando de un lado a otro sobre los fríos almohadones de cuero, mientras el coche daba vuelta a la esquina de las calles de Madison y Market, se daba cuenta, con un sentimiento de suprema satisfacción y de azoramiento, de que iba camino de recoger una información extraña, que no era probable pudiera alcanzar otro periódico.

IV. LO QUE OCURRIÓ EN EUGENIE STREET

El «chauffeur» iba a una velocidad moderada por Madison Street, brillantemente iluminada a cualquier hora del día o de la noche. Pero, una vez en Wells Street, bajo las sombras de la calzada, viró hacia el norte y en menos de un minuto pasaba el coche por el puente de Wells Street. Muy abajo, en la oscuridad, la multitud de luces trémulas que se reflejaban en el agua, juntamente con unos cuantos faroles parpadeantes, colocados en los mástiles de los barcos anclados, permitían ver el río Chicago. Delante, se extendía a lo lejos una interminable fila de faroles de luz amarillenta que indicaban la línea de Wells Street, desde el Loop a Lincoln Park.

Una vez en el puente, Kentland advirtió por la repentina arrancada del coche, que el conductor había pisado la palanca de velocidades. Y tendido contra el respaldo almohadillado del asiento, se puso a pensar que el «chauffeur» iba a ganarse su billete de cinco dólares.

A los cinco minutos pasaban como una centella por North Avenue, que se hacía notar, como Division Street, por sus muchos restaurantes nocturnos y farmacias. Kentland vio en un reloj iluminado que había frente a una joyería que eran las tres menos once minutos. ¡Bien! A menos que a los demás periódicos les hubiese llegado el soplo de algo desusado, ya habrían cerrado y empezado a tirar. En cuanto al *Sun*, sabía que sus máquinas podían esperar más allá de la hora del cierre, veinte minutos si era necesario, en el caso de que, al final de la jornada, las cosas prometieran algo parecido a una información exclusiva.

A lo largo de la manzana que se extiende más allá de North Avenue, corría el coche con velocidad no disminuida. Sin embargo, en la primera esquina —«Eugenie Street» fue el nombre que Kentland leyó apresuradamente en el letrero azul de la calle— el «chauffeur» se volvió con un repentino viraje que lanzó al solitario viajero contra un lado del vehículo. Luego, emprendió una carrera en línea recta, en dirección oeste, por aquella calle más pequeña, plantada a uno y otro lado de olmos que parecían sumir la estrecha vía en completa oscuridad y lobreguez.

¡Y luego, ocurrió algo! Un frenazo repentino y el coche paró en seco despidiendo a Kentland de su asiento. Un segundo después vio al «chauffeur» poner el pie en el estribo. Mascullando una maldición, el hombre saltó a tierra y encendió una cerilla. Sólo un segundo permaneció Kentland dentro, preguntándose qué habría ocurrido; luego, él también abrió la puerta y se apeó. A la incierta luz de la cerilla que el «chauffeur» tenía entre los dedos, pudo ver un bulto oscuro delante del coche, y ya no tuvo que preguntar lo que había sucedido. El auto, corriendo a una velocidad prohibida, y sin luces, había chocado contra algo o contra alguien.

Kentland avanzó hacia donde estaba el conductor arrodillado sobre el asfalto, con otro fósforo de madera en la mano. Al resplandor de la cerilla, el reportero pudo ver mejor a la víctima. Era una joven de cuerpo delgado. Estaba tendida un poco de costado, los rizos de sus cabellos negros le caían sobre la frente, tenía cerrados los ojos, el vestido de lana azul todo desarreglado, la capa del mismo extendida; y en la mano sujetaba fuertemente lo que, a la luz vacilante de la cerilla, parecía un bolso pequeño y usado.

—¡Por Dios, hombre! —exclamó Kentland—. ¿Cómo ha ocurrido esto?

—¿Que cómo ha ocurrido? —respondió el «chauffeur» volviendo hacia él una cara llena de enojo, y sin abandonar su posición sobre el asfalto—. ¡Que cómo ha ocurrido! Podía usted figurárselo. Esto es lo que se gana con correr desenfrenadamente y sin luces. Usted tiene tanta culpa como yo. —Calló. Era evidente que estaba nervioso, si

no asustado; pero cuando volvió a hablar, su voz era ya más tranquila —. Lo único que sé es que ella salió de la sombra de estos árboles y la atropellé.

—Pero no le han pasado las ruedas por encima, ¿verdad? —preguntó Kentland con ansiedad.

—No; afortunadamente, no. La vi a la luz de ese farol de detrás, y frené en seguida; pero, de todos modos, el radiador le dio de plano antes que parásemos en seco.

Kentland se arrodilló, aplicó el oído al corazón de la joven y pudo advertir ligeros latidos.

—No está más que privada por la conmoción —dijo al ponerse en pie—. Si está usted seguro de que las ruedas no la han tocado, no debe de tener ningún hueso roto. —Hizo una pausa, aturdido todavía por el repentino e inesperado incidente—. ¿Dónde hay un hospital por aquí?

El «chauffeur» echó hacia atrás la visera de la gorra y se rascó la cabeza.

—Espere que recuerde… —dijo aturdido—. La Policlínica…, ésa está en la Chicago Avenue, cerca de Wells. El Augustana, en Cleveland, y Lincoln está unas seis bocacalles al norte de nosotros.

—¿Y a qué distancia estoy yo de Crilly Court? —preguntó Kentland, que aún seguía afectado por el accidente que había venido a retrasar su objetivo.

El conductor señaló con una mano en dirección a un pequeño farol con globo de cristal deslustrado, que se veía a una distancia de unos doscientos pies al oeste de donde ellos estaban.

—Aquélla es Crilly Court. Sólo tiene una manzana de largo. Empieza aquí, en Eugenie Street, y sigue por el norte hasta Florimond.

—Perfectamente —dijo Kentland—. Ayúdeme a colocar a esta joven en el asiento de atrás. Llévela cuanto antes al hospital. Aquí tiene usted mi tarjeta para el caso de que haya que declarar. Como no es necesario que yo le acompañe, voy a ocuparme de una información en esa calle. Llévela usted corriendo.

Uniendo sus fuerzas, levantaron ambos a la joven, y la pusieron con cuidado dentro del coche. Al hacerlo, su mano, que colgaba, se abrió, y el pequeño bolso de cuero que sujetaban sus dedos cayó al asfalto. Una vez puesta la joven en el coche, Kentland se inclinó y lo recogió. Fue a ponerlo al lado de la víctima; pero en ese momento, asaltado por una idea repentina, lo abrió y examinó el interior, mientras el «chauffeur» le alumbraba con una cerilla. No contenía más que sesenta centavos en moneda suelta y un pequeño pedazo de papel que tenía escritas estas palabras: «Dr. Steven Watling, Halsted Street, 413 S. W.».

Kentland permaneció dudando un momento. Dedujo que era muy probable que este doctor Watling conociese a la muchacha que estaba sin sentido en el auto. Así, se guardó el papel en el bolsillo, cerró el bolso, y se lo entregó al conductor. Éste saltó de nuevo a su puesto, puso el coche en marcha, describió un amplio círculo, y un momento después sólo se veía la solitaria luz verde de detrás, mientras aquél se alejaba.

Kentland permaneció varios segundos donde se encontraba, mirando a la luz que desaparecía, olvidándose por el momento del extraño motivo que le había llevado a aquel lugar. Se preguntaba a donde iría la joven por aquellos sitios, y empezó a acariciar la esperanza de que su ida a Crilly Court no tuviese por resultado la mutilación de un ser humano.

De repente, surgió en él el periodista. Echó a andar rápidamente en dirección oeste, bajo los olmos, y llegó al farol que, según le había dicho el «chauffeur», señalaba el comienzo de Crilly Court. Luego, miró vía arriba. A cada lado de la corta y estrecha calle había una hilera de faroles con globos de cristal deslustrado, semejantes a aquel bajo el cual estaba. Junto a él se alzaba un gran edificio, de lisa fachada, que se destacaba en aquella media luz con una apariencia de cárcel. Enfrente, se veía una hilera de casas de hermosa construcción, entre las cuales, hacia el centro de la corta manzana, había una tienda baja que sobresalía en la acera. Al fijarse en ella los ojos de Kentland, éste vio con sorpresa que estaba

iluminada; pero que en el escaparate habían corrido una gran cortina. Luego, consiguió descifrar, a la luz del farol solitario puesto delante, un enorme tablero-anuncio que se balanceaba, colgado de un brazo de hierro, y que era muy parecido a una muestra de taberna. Sus brillantes letras doradas decían:

Núm. 1.710
ABDUL MAZURKA
ANTIGÜEDADES. ARTE

Kentland cruzó la calle y se acercó al anuncio. Al hacerlo apareció por allí un individuo vestido de uniforme azul con botones de latón: un guardia de policía urbana. Un segundo después llegó a sus oídos el vivo retumbar de una porra que golpeaba en la puerta.

V. UN DESCUBRIMIENTO SORPRENDENTE

Al llegar Kentland al encintado de la acera, delante del almacén iluminado, el hombre de la guerrera azul miró hacia atrás por encima del hombro y suspendió sus golpes contra la puerta de la tienda. El joven abrió la chaqueta y mostró su insignia de reportero.

—Soy redactor del *Sun* —dijo al guardia—. Tengo noticias de que hay aquí una información que hacer para el número de hoy. ¿Sabe usted algo?

—Yo, no —dijo el otro mirándole—. El establecimiento estuvo a oscuras hasta medianoche; luego, se iluminó tal como lo ve usted ahora. El viejo Mazurka, un persa que es dueño de esta tienda, vive en la parte de atrás. Al ver que estaba levantado y trabajando, y creyendo que seguiría en buenas relaciones conmigo, me dije: «voy a entrar para utilizar su teléfono y hablar con mi mujer». Tengo, algo enfermo a mi chico…, y este hombre de aquí tiene teléfono. Pero llevo tres minutos llamando al timbre y aporreando la puerta, y nadie contesta. No me gusta esto, señor reportero. —Sacó de nuevo la porra y volvió a golpear en la puerta. Tampoco hubo respuesta.

—¿Ha intentado usted llamar por la puerta trasera? —preguntó Kentland.

El «policeman» afirmó con la cabeza y añadió:

—He tratado de abrir las dos puertas; pero están cerradas con llave.

Durante unos segundos los dos hombres permanecieron indecisos; el de la guerrera azul, dando vueltas a la porra y mirando a la iluminada fachada de la tienda con ojos inquietos; Kentland,

contemplando la fuerte cerradura Yale que cerraba firmemente la pequeña puerta de la tienda. Le parecía muy extraño, aun prescindiendo del fantástico aviso que había llegado al *Sun* media hora antes, que un establecimiento estuviera apagado a medianoche, y luego, se iluminara tan brillantemente como lo estaba ahora; y, sin embargo, nadie respondiera a las llamadas que se hacían. Pero el tiempo pasaba. Se volvió al «policeman».

—Este Mazurka…, este persa, ¿encendía alguna vez antes de medianoche?

—¡Ya lo creo! —refunfuñó el otro—. Llevo dos meses prestando aquí servicio porque hay un tipo en la vecindad que ha pedido protección, pues teme que secuestren a su niña. Ha conseguido del Ayuntamiento que se haga una investigación…, y por eso yo estoy prestando servicio por estos alrededores, mientras el coche ordinario de patrulla vigila la parte oeste. Por eso digo que he visto la parte delantera del establecimiento del persa iluminada hasta las cuatro o las cinco de la madrugada muchas veces; pero siempre con las cortinas corridas.

—¿Quiere usted que vayamos por el otro lado? —dijo el otro—. Pudiéramos encontrar abierta alguna ventana del sótano. Aquí ocurre algo anormal, y cuanto antes lo descubramos será mejor para todos. —Dicho esto, echó a andar hacia la parte trasera del establecimiento.

El hombre de la guerrera azul le siguió, llevando en la mano su linterna de bolsillo, encendida, que iluminaba la portada de madera de la tienda y la hierba enmarañada que orlaba el sendero de arena. Cerca de la parte trasera de la casa, Kentland se detuvo de repente, pues los cristales de una pequeña ventana a ras del suelo reflejaban el haz de luz de la linterna del otro. Trató de levantar el marco; pero resultó que estaba bien cerrado.

—Como un mero reportero del *Sun* —dijo hábilmente— me excedería en mis atribuciones si diera un puntapié a ese cristal; pero como agente de policía, defensor de la ley, que investiga algo que se sale de lo ordinario, me atrevería…

—Ya le comprendo —dijo el otro riendo—. Dio un golpe con la punta de la bota. Unos puntapiés más y la ventana cesó de existir. El «policeman» se agachó, apoyándose con las manos y las rodillas, se metió de espaldas por la oscura abertura, se colgó de las manos y se dejó caer adentro. Una vez en el sótano, oprimió de nuevo el botón de su linterna, y Kentland pudo verle de pie en el suelo de una empolvada cueva, que estaba llena de cajones vacíos y cajas de empaquetar, en desorden.

Kentland se deslizó también al sótano. Se abrió paso con el guardia por entre las cajas derribadas, en busca de una escalera que condujese a las regiones más altas. A poco, el tenue y ondulante haz de luz de la linterna de bolsillo descubrió una tosca escalera de pino que conducía arriba y terminaba en una estrecha puerta a unos diez metros por encima de ellos.

Subieron por la escalera sin hablar ni una palabra; el «policeman», delante; Kentland, pisándole los talones. Su instinto reporteril se había despertado en grado máximo ante este procedimiento de perseguir una posible información. Al llegar arriba, el hombre que iba delante hizo girar cautamente el picaporte y la pequeña puerta se abrió hacia dentro.

Juntos, entraron en una amplia sala, que era la propia tienda de antigüedades. Kentland parpadeó durante un segundo, deslumbrado por el repentino torrente de luz que recibieron sus ojos, y que procedía de un aparato de tungsteno que pendía del techo. Pero, luego, a medida que se fue acostumbrando al resplandor, empezó a recorrer con la vista los artículos que había en el establecimiento.

Era la típica tienda de antigüedades, tal como las que se ven en cualquier ciudad de los Estados Unidos. Colgado del techo, tan bajo que difícilmente podía pasar un hombre por allí sin inclinar la cabeza, había un gran candelero de época antigua, del cual colgaban cientos y cientos de prismas de cristal, como los que se usaban en otros tiempos en las casas de nuestros antepasados. Los prismas parecían recoger la brillante luz blanca del aparato de tungsteno y

deshacerla en miles de oscilantes colores que el brillante suelo de madera dura y encerada reflejaba en el techo pintado de blanco.

A un lado de la puerta de la calle había un pedestal redondo de madera, que, evidentemente, había sostenido una armadura completa de los tiempos medievales, que estaba ahora caída en el suelo formando un montón informe, y cuyo casco había rodado a una distancia de algunos pies. Al otro lado de la misma puerta, sobre un pedestal de madera más pequeño, se alzaba un esqueleto completo, que mostraba los dientes, pero cuyo equilibrio no se había alterado.

A lo largo de la pared que se extendía desde el hombro derecho de Kentland hasta la puerta de la calle, había varios cientos de impresos japoneses, y los negros y diminutos jeroglíficos de los que estaban más cerca ofrecían un aspecto extraño a la luz deslumbradora. Al dirigir lentamente la mirada de derecha a izquierda, Kentland vio un grupo de morillos de hierro y de latón, un estante lleno de candelabros de bronce y de plata, y cuatro o cinco relojes antiquísimos que estaban andando. Dirigió una mirada rápida a una vitrina que parecía llena, hasta rebasar, de puntas de flecha y hachas de guerra indias; a otra llena de antiguas copas romanas, y a otra que contenía monedas y mariposas. En la pared de detrás del largo mostrador, que ocupaba aquel lado de la sala, había una hilera de pinturas diversas, encima de las cuales colgaban un par de enormes escudos de South Sea Island.

La atención de Kentland se desvió de repente al oír la exclamación que lanzó el «policeman» que, con la boca muy abierta, estaba mirando hacia el extremo interior del mostrador de madera. Una ojeada en aquella dirección bastó a Kentland para comprender que habían llegado demasiado tarde; que su información iba a ser el relato de una tragedia.

VI. UN INDICIO DE CRISTAL

Sobre el suelo, en la media sombra que proyectaba el extremo del mostrador, yacía el cadáver de un hombre, con su cara color café ligeramente vuelta hacia la luz de arriba, y su barba negra que contrastaba con los bordes de sus blancos y brillantes dientes. No llevaba chaqueta ni chaleco, y su camisa de seda estaba sujeta dentro de unos pantalones de color gris oscuro.

Era evidente que había caído exactamente en el sitio en que se hallaba, y claro también el motivo de haberse desplomado allí, pues le sobresalía del pecho, en un punto de la región del corazón, el mástil de madera de una lanza; notoriamente la lanza de la derribada armadura del otro lado de la sala. Mientras ambos contemplaban un momento aquel cuerpo tendido, los ojos de Kentland vieron el sitio exacto en que había penetrado la lanza, y, luego, el pequeño goteo de color rojo que manaba de la camisa de seda y había formado ya un charco sobre el brillante y duro piso de madera.

Avanzaron juntos sin decir ni una palabra. El «policeman» se arrodilló, y volviendo ligeramente el cuerpo tendido escuchó detenidamente. Luego, se puso en pie.

—Está muerto —dijo—, tan muerto como la ley seca. —Se rascó la barbilla sin saber qué hacer—. Se trata claramente de algo feo. ¿Qué deduce usted, cazador de noticias?

Kentland había visto demasiados casos de muerte violenta en sus años de trabajo periodístico para que le afectara mucho el cuadro. Pero estaba pensando en la nota escrita a máquina que había llegado a la redacción del *Sun*. O alguien ha visto esto antes, dijo

para sí, o sabía por anticipado que algo anormal iba a ocurrir en esta pequeña tienda de antigüedad. Y ese mismo alguien había enviado la noticia. El hecho era, por desgracia, evidente.

Se agachó y alargó la mano para comprobar la rigidez de la lanza. Pero en aquel momento el «policeman» volvió de repente a la realidad.

—¡Eh, eh! —refunfuñó—. ¡No toque usted ahí, amigo! Esa lanza puede tener huellas dactilares. Nadie debe tocar eso sin guantes…, y aún así con mucho cuidado. Aparte usted las manos. —Kentland se puso de nuevo en pie sin haber tocado el arma. El guardia tenía razón, pensó. Más de un individuo había sido declarado culpable de un crimen por la prueba de las huellas dactilares que había dejado tras él.

Seguía contemplando el cadáver y el largo astil de la lanza, cuando una exclamación del hombre que estaba a su lado llamó su atención. Miró rápidamente hacia arriba. El policía señalaba con un dedo a la pared, cerca de un extremo del mostrador; pero directamente detrás de él.

Siguiendo rápidamente la dirección del índice del otro, Kentland fijó la vista en una cosa extraña. Dentro de un marco dorado macizo había una pintura al óleo que medía unos dos pies por pie y medio. Una firma en vivos trazos rojos puesta en el ángulo inferior derecho, decía sencillamente: «Durri», y las palabras claramente pintadas en negro en el ángulo inferior izquierdo, proclamaban el título: «El Hombre de Saturno». Era evidente que se trataba de uno de esos cuadros raros que se encuentra uno en todas las colecciones y en todos los estudios de arte. La mano de garras verdes con siete dedos, que parecía como si quisiera llegar a coger el marco, no era la mano de un hombre ni de una bestia de ninguna época. Era también patente que la pintura era la cara, la supuesta cara de un ser extraordinariamente fantástico, pues las puntas de dos cuernos castaños moteados se extendían casi hasta la parte superior del marco.

Pero lo sorprendente, la cosa alarmante en realidad, era que la pintura había sido mutilada con un corte agudo en forma de círculo, y lo único que quedaba ahora era una amplia orla de lienzo y un agujero negro, abierto, que en otro tiempo tenía que haber representado la cara de «El Hombre de Saturno».

Descendió sobre los dos hombres un momentáneo silencio, roto luego por una viva pregunta del «policeman».

—Bueno, ¿qué deduce usted de esto, cazador de noticias? —Se rascó la cabeza, aturdido—. El cuadro cortado, desaparecida la cara que representaba, este persa muerto y tendido en el suelo…. —Se volvió de repente hacia el periodista—. Dígame —preguntó lacónicamente—. ¿Qué era aquello que me decía usted en la acera? ¿Que había recibido el aviso de que había una información en esta casa? Dígame. ¿Quién le envió a usted ese aviso? —Sacó un cuaderno de cuero, usado, y rebuscando en el bolsillo encontró un trozo de lápiz—. Aquí se ha cometido un crimen esta noche…, y necesito saber quién tenía conocimiento de ello antes que nosotros.

Kentland le dijo lo del anónimo recibido en la redacción del *Sun*. El guardia de la guerrera azul movió la cabeza sin saber qué decir, y se quedó mirando con más ahínco al cuerpo que había en el suelo. Kentland dio la vuelta al mostrador para situarse más cerca del cuadro al óleo, y lo examinó. Pero no había mucho más que ver por delante; únicamente el agujero elíptico y lleno de mellas del lienzo, las puntas de dos cuernos castaños moteados que sobresalían por encima del borde superior del agujero, y la mano verdosa y horrible que se apoyaba cerca de la parte inferior del marco.

¿Estaría tan extraña mutilación del cuadro, se preguntaba, relacionada de alguna manera definitiva con el hombre que yacía allí en silencio, a sus pies, en el suelo, con la cara lívida, reluciente? ¿O podría el persa, comerciante de antigüedades, haber sido muerto por algún fanático cuyo único y desatinado objetivo fuera destruir el extraño retrato de un ser de otro planeta?

Movió la cabeza sin saber qué pensar. Por lo pronto, se había olvidado completamente de que era un reportero del *Sun*, y sentía,

en vez de eso, que era un espectador casual que había entrado allí de la calle. Pero el repentino y vivo retintín de los muchos relojes que estaban alineados en la pared le hizo sacar el suyo y mirar a sus manecillas. Eran las tres y diez, y las máquinas del *Sun* estaban aún paradas, aguardando la información que, según se le había anunciado, iba a comenzar en Crilly Court.

Kentland miró en derredor y sus ojos se fijaron en un teléfono que estaba en el otro extremo del mostrador. Si hubiese habido alguna probabilidad de que otros periódicos de Chicago no hubiesen cerrado todavía, él habría ideado algún plan para ocupar el aparato antes que el guardia y tenerlo cogido el mayor tiempo posible, a fin de evitar que el otro comunicase la información a la estación de Policía más próxima. Mediante ese truco reporteril, hubiera podido retrasar el momento en que la noticia llegase al sargento de guardia más próximo, y comunicada luego a los directores de noche de los diarios. Pero esos otros periódicos habían metido ya en máquina su última edición, y Kentland se daba cuenta, lleno de alegría, de que ya haría diez minutos, o cosa así, que estarían terminadas las tiradas. El propio «policeman» estaba arrodillado con su cuaderno de notas y su lápiz, anotando despacio y trabajosamente los detalles del crimen.

El pisotón iba a ser completo. Kentland lo vio claramente. Se acercó al teléfono, descolgó el auricular y pidió el número 2222 de Market. Reconoció en la voz femenina que contestó, a la telefonista del servicio de noche, y pidió que le pusiera en comunicación con la sala de redacción. No tardó en oír la tenue y melodiosa voz de Johnson, el redactor de mesa.

Con frases claras y breves hizo un resumen del crimen. Describió el exacto aspecto del muerto, la armadura derribada y la larga lanza que la víctima tenía clavada en el pecho. Luego, dio algunos detalles de la tienda, pues su sentido de los valores dramáticos le decía que la descripción sorprendente y minuciosa daba realce a los detalles del crimen.

—Bueno, chico —dijo cuando hubo terminado—, esto es un triunfo rotundo para el *Sun*. Quita el título a tres columnas del rumor

de que el secuestrador del hijo de Lindbergh ha muerto en Viena y ha dejado una confesión escrita de su delito, y pon esto en su lugar, también a tres columnas. Enjareta columna y media por lo menos, con doble regleta, y que tiren tan pronto como se pueda. Que no se vayan Hassel y Pilken. Que uno de ellos haga la cabeza, mientras el otro va leyendo tus cuartillas. Mándalas en seguida una por una a las linotipias.

—Comprendido —dijo con entusiasmo la voz de Johnson por el alambre—. Están esperando para hacer el cartón. Esto irá al momento. —Johnson era uno de los periodistas de Chicago que escribía más de prisa.

Kentland se separó del teléfono. Durante un minuto estuvo observando al guardia de la guerrera azul, que seguía anotando los detalles de la escena. Luego, se acercó a una puerta abierta que, evidentemente, daba a un cuarto vivienda de la trastienda. Pasó la mano por el borde de la pared, buscando un botón eléctrico, y cuando, al fin, lo encontraron sus dedos, lo oprimió. Una bombilla que colgaba del techo descubrió, al encenderse, una habitación grande, amueblada sencillamente con una cama de latón, una mesa de despacho, una mesa de cocina, una alacena, una pequeña pila de fregar y una estufa de gas de dos mecheros. Como este cuarto no le ofrecía interés, volvió a la tienda a tiempo de ver que el «policeman» levantaba la vista hacia él.

—Hágame el favor de decirme su nombre, cazador de noticias —dijo aquel individuo—. Estoy pensando que usted y yo vamos a ser los testigos más importantes cuando empiecen las diligencias.

Kentland se lo dijo, y el «policeman» lo apuntó. Luego, se levantó, fue al teléfono, y a los pocos instantes estaba hablando con el sargento de guardia del puesto de policía del distrito.

Mientras hablaba el «policeman», los ojos de Kentland recorrieron la tienda de antigüedades. Tan irreales, tan rápidos habían sido los acontecimientos ocurridos aquella noche, que a Kentland le parecía haber salido de la civilización para presenciar un cuadro que era producto de doce siglos atrás y de otras tierras lejanas. Las únicas

notas modernas que se veían entre los antiguos adornos que llenaban la sala eran el aparato de tungsteno en el techo, y otro objeto que descubrieron sus ojos: una pequeña caja de caudales, de hierro, que estaba en un ángulo de la sala, y cuya bruñida y negra superficie reflejaba el destello de los prismas del candelabro, que colgaba muy bajo. El brillante disco de combinación de letras parecía alzarse como una barrera silenciosa entre el contenido de la caja y el mundo exterior.

Pero al apartar de ésta su mirada y fijarla en el suelo de dura madera pulimentada, le pareció ver relucir un puntito de luz roja sobre la encerada superficie. Curioso, Kentland avanzó, se agachó y recogió el diminuto objeto de donde partía aquella luz rojiza. En sus dedos tenía lo que parecía un rubí de talla octogonal, aunque podía no ser más que un trozo de cristal.

VII. EN EL HOSPITAL AUGUSTANA

Kentland miró inquisitivamente al objeto durante varios segundos. Luego, se puso a pensar cómo habría ido a parar allí, en aquel piso duro; si se le habría caído a algún cliente durante las horas de venta del día anterior, o si el encontrarse en aquel lugar era debido a la tragedia que allí se había desarrollado esa noche. No estaba, sin embargo, muy seguro de esta segunda suposición. Sabía que en la mayoría de las novelas policíacas, el «detective» tenía siempre la fortuna de encontrar algún objeto suelto abandonado por el asesino en el lugar del crimen; pero era difícil que un objeto como éste —evidentemente la piedra barata de un alfiler de corbata de hombre— pudiera caer fácil y científicamente en el mismo sitio y en el momento psicológico. Sabía que las piedras no se desprenden de sus rígidos engarces, a pesar de la ley de justicia poética que exige que todo asesino deje tras de sí algún rastro de su presencia, por pequeño que sea.

Kentland se decidió a hacer un experimento. Se dirigió al extremo de la sala adonde ni él ni el «policeman» habían llegado, y agachándose pasó ligeramente la palma de la mano por la superficie del suelo. Luego, examinó aquélla. Apenas estaba sucia, y difícilmente se advertía una mancha de polvo en su mano. A juzgar por eso —y por el conocimiento de la facilidad con que cogen polvo los suelos de madera dura, fruto de la práctica adquirida en casa de su padre—, aquel suelo lo habían limpiado no hacía mucho tiempo, a última hora del día anterior Quedaba, por tanto, en pie el hecho de

que la diminuta piedra —rubí o cristal, indicio o no— no llevaba muchas horas en el sitio donde atrajo su atención.

Pero, mientras estaba allí dando vueltas a la piedra que tenía en la mano y mirando distraído al «policeman», cuando éste explicaba por teléfono lo ocurrido, pensó una vez más en la desdichada joven que su «taxi» había atropellado al dirigirse él al sitio en que ahora se hallaba. Le parecía extraño que ella se encontrara en aquellos alrededores; pero, por otra parte, ocurren muchas coincidencias extrañas en la compleja vida de una gran ciudad.

Como era inútil permanecer allí más tiempo, Kentland deslizó el diminuto objeto en un bolsillo del chaleco, y se dirigió al guardia, que en ese momento ya había colgado el auricular y estaba sentado, con la barbilla apoyada en sus manos, mirando con indecisión al cadáver que yacía al otro extremo de la tienda.

—«Policeman» —dijo Kentland—, voy a dejarle a usted. Mi jornada de trabajo en el *Sun* termina a las tres, y da la casualidad que yo vivo en la parte sur, lejos, muy lejos de aquí. Cuando me necesiten mañana, ya sea para alguna diligencia, o para ser interrogado por su capitán, puede usted encontrarme a cualquier hora, después de la una de la tarde, en la redacción del periódico.

—Perfectamente, cazador de noticias —respondió el otro—. El capitán Shannon querrá hablar con usted. Eso es lo malo para nosotros los que trabajamos de noche; que tenemos que perder horas de sueño porque tengan que interrogarnos éste o el otro tipo. El coche de la patrulla viene ahora hacia aquí con algunos de los agentes de la estación de Hudson Avenue, así es que no estaré mucho tiempo solo.

Cuando Kentland salió una vez más al aire fresco de la noche, lo respiró a pleno pulmón, como si tratara de expulsar los emponzoñados miasmas del recuerdo del cuadro visto en la tienda de Crilly Court.

Afortunadamente, un ruidoso coche que avanzaba jadeante se detuvo, y Kentland lo tomó. Cinco minutos después se apeaba en lo que debía de ser el cruce de Cleveland Avenue, pues un gran edificio

triangular de piedra oscura situado en la intersección de las dos calles ostentaba en la puerta una placa iluminada que decía: «Augustana Memorial Hospital».

Entró, y se dirigió a una centralita telefónica en la que una joven estaba tamborileando con los dedos, por no tener cosa mejor que hacer, delante de una hilera de enchufes y clavijas.

—¿Han traído aquí esta noche a una joven que fue atropellada por un automóvil? —preguntó—. Yo soy quien envió al «chauffeur» aquí con ella.

—Sí —respondió la joven—. Hace unos treinta minutos. Se la instaló en una de las habitaciones para casos de urgencia. —Consultó un «block» de notas que tenía a un lado del cuadro—. Habitación número 604. Dé usted al botón que está junto al ascensor, y la enfermera de noche que está en ese piso le dará la información que necesite.

Se metió en el ascensor y llegó rápidamente al sexto piso. Al final del corredor descubrió a una enfermera con un vestido a rayas y a un joven interno con bata blanca, que hablaban en voz baja sentados a una mesa. Se dirigió a ésta, dio su nombre y explicó el incidente que le había impulsado a ir allí.

—Sí —dijo el interno—, no hace media hora que el «chauffeur» la trajo aquí. La acostamos y la hemos reconocido detenidamente.

—¿Tiene alguna lesión grave? —preguntó Kentland con ansiedad.

El interno hizo un movimiento negativo de cabeza.

—Felizmente, no. Por lo que hemos podido apreciar no tiene ningún hueso roto. Evidentemente, no se trata de un caso de conmoción cerebral, pues ha salido en parte de su atontamiento, y los ojos dan los reflejos pupilares naturales. En vista de esto, tomamos el número del «chauffeur» y dejamos que éste se marchara.

—¿Qué nombre ha dado ella?

La enfermera se rió de una manera reposada.

—Me parece que ha visto usted pocos casos de contusión. Los que la sufren permanecen aturdidos durante varias horas; a veces,

más de un día. Venga conmigo, haga el favor. No hay inconveniente en que usted la vea.

La enfermera le condujo a una pequeña habitación situada al otro extremo del pasillo, y el interno les acompañó. Componían todo su mobiliario una cama blanca, estrecha, y una mesilla de noche esmaltada de blanco, sobre la cual había un pequeño timbre de plata, portátil. En la cama, contrastando con el blanco mobiliario y las igualmente blancas paredes de la habitación, descansaba la víctima del accidente, con los bucles de sus cabellos negros como el azabache extendidos a cada lado de la almohada, los ojos completamente abiertos y las grandes pupilas de color castaño fijas en Kentland con mirada turbia.

VIII. UN ENCUENTRO DESCONCERTANTE

Kentland se quedó parado un segundo, sorprendido por la belleza y encanto de la joven. Luego, avanzó hacia la cama y, mirando a la muchacha, dijo:

—¿Sabe usted dónde está?

De los labios de ella no salió ninguna respuesta, y su cara no hizo el menor gesto que indicase que había oído; únicamente sus ojos parecían revelar que se daba cuenta de que ella era el objeto de su pregunta.

—Éste es un fenómeno corriente en los casos de «shock» —oyó decir Kentland al interno, que estaba detrás de él—. Su mente está cubierta por una nube y seguirá así, quizá durante unas horas. No se puede decir cuando se despejará; pero ella recobrará de repente cuando esa nube se disipe.

—¿De qué país diría usted que es? —preguntó Kentland. Observó una mano delicada que se movía ligeramente cuando su brazo, cubierto por la blanca manga del camisón del hospital, asomó por encima de la colcha. Él alargó la suya, más grande, y cubrió con ella la de la joven.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó, recalcando cada palabra como si se esforzara por atravesar la nube que parecía apartar a la joven del mundo. La enfermera y el interno sonrieron ante este fútil intento. La única respuesta de la joven fue mirarle, sin decir palabra, con sus grandes ojos castaños que parecían reacios a apartarse de su cara.

—Yo podría hacer unas cuantas suposiciones aventuradas respecto a su nacionalidad —dijo el interno en respuesta a la primera pregunta de Kentland—. Tiene las facciones, cabellos negros y ojos castaños típicos de la raza latina. Pero, desde luego, no es un tipo definido para poder precisar de qué país es.

Kentland asintió con la cabeza, distraídamente, pues estaba acordándose del pedazo de papel que había sacado del bolso de la joven cuando ésta fue atropellada. Aquel papel llevaba escrito el nombre del doctor Steven Watling, S. Halsted Street, número 413. Rápidamente trazó el plan de regresar a su casa dando un rodeo, a fin de detenerse, de camino, en casa del doctor Watling, para verle. Si era un pariente o un amigo, o si ella era una enferma suya, entonces el problema de su identidad estará resuelto en breve plazo.

Se separo de la cama y dio las gracias al interno y a la enfermera por su molestia. Ya en el pasillo, les dejó su tarjeta. Luego, tomó el ascensor para bajar al primer piso, donde el reloj de la entrada del hospital señalaba la hora de las 3,30 de la madrugada.

Kentland salió a la calle a tiempo de tomar en Lincoln Avenue un tranvía nocturno que pasaba con gran ruido, y no llevaba ni un solo viajero. Durante el trayecto iba preguntándose qué relación podría tener el doctor Watling con la muchacha, y qué explicación pudiera dar éste de lo que ella tuviese que hacer por aquellas calles a semejante hora de la madrugada.

En North Avenue tomó otro tranvía que le llevó a Halsted Street, y allí logró subirse a la plataforma de otro de la misma calle que salía del cruce en ese momento. El vehículo le llevó por el distrito de la fábrica del gas, cuya oscuridad disipaban los rojos y anaranjados hacecillos de llama de las fundiciones que trabajaban toda la noche. Pasó por los gigantescos gasómetros, que hacían resaltar su negrura en un cielo de color gris pizarra, tachonado de estrellas; siguió por los silenciosos depósitos de carbón, alumbrados solamente por bajos y viejos faroles, cuyos cristales cuadrados estaban tan impregnados de polvo de carbón, que apenas daban luz; cruzó un viaducto del ferrocarril, debajo del cual, y a lo lejos, se veía

una máquina dedicada a trasladar vagones en el apartadero, que, con grandes resoplidos, lanzaba bocanadas de humo y jugaba al escondite con millares de parpadeantes luces rojas y verdes; y entró de nuevo en el lindero del distrito occidental, alumbrado en cada manzana por cuatro o cinco faroles.

En Van Buren Street se apeó del tranvía, pues había distinguido el número 398 encima de la portada del oscuro café griego de la esquina. Mientras el vehículo se alejaba y se perdía en la sombra, y él permanecía indeciso donde estaba, atrajo su atención un gran automóvil negro que, solitario y sin que nadie lo guardara, estaba parado debajo del farol de la esquina, en sentido diagonal a Kentland. Le pareció que algo de aquel coche le era familiar.

Un poco intrigado, y sin moverse de donde estaba, dirigió la vista hacia el lado opuesto de la calle hasta donde los rayos verdosos y amarillentos alumbraban los números de las casas. Pudo descifrar varias tablillas balanceantes que estaban en fila, hasta que sus ojos se detuvieron en el número 413, colocado sobre una puerta oscura que daba acceso, evidentemente, a numerosas oficinas de arriba. La tablilla negra, que oscilaba y rechinaba sobre la acera a impulsos del viento ligero, ostentaba el nombre que él buscaba: «Dr. Steven Watling. Médico y Cirujano».

Al adelantar un pie para cruzar la calle, atrajo su atención la figura de un hombre que salió despacio por la puerta de la casa número 413 y avanzaba por la acera. Aquel hombre, que parecía desalentado, se dirigió al automóvil de la esquina, subió, tiró de una palanca y dio al embrague. El coche arrancó, se separó de la acera, y al mirar hacia arriba su solitario ocupante, los rayos de la luz del farol de la calle iluminaron sus facciones con asombrosa claridad. Kentland, que estaba en la acera de enfrente, oculto en la sombra, dio entonces un respingo. El hombre que iba en el auto era Fornhoff, propietario del *Sun*. ¡Y se creía que Fornhoff había salido para Cincinnati el día anterior, a las seis!

IX. ¡LA VIRTUD ES SU RECOMPENSA!

Kentland siguió con la vista al coche que se alejaba, y que, rápidamente, con ruidoso zumbido, se dirigía hacia el este por la desierta Van Buren Street. No había la menor probabilidad de error en la identificación de su único ocupante, pues aquella cara y aquella corpulenta figura las había estado viendo en el *Sun* durante siete tardes, y las facciones de Fornhoff eran inconfundibles.

¿Qué estaba haciendo en la calle, a esta hora de la madrugada, Fornhoff, propietario y director del *Sun*?, se preguntaba Kentland, en nombre de todo lo que era lógico. ¿Y por qué se había tomado tanto trabajo en disponer un viaje a Cincinnati, hasta el punto de mandar a comprar un billete combinado de aeroplano y ferrocarril, de ida y vuelta, delante de Kentland, durante la entrevista que éste tuvo con Fornhoff en su despacho la tarde anterior? No era razonable suponer que un hombre que vivía en Drexel Boulevard, cinco millas al sur del distrito comercial de la ciudad, recorriera toda esta distancia para consultar a un medico a esa hora. ¿Ya qué obedecía aquel decaimiento de Fornhoff cuando salió de la casa y se dirigió al auto que estaba en la esquina?

Kentland se quedó inmóvil, como si hubiese echado raíces, durante varios minutos. Trató de explicarse de algún modo el misterio; pero tuvo que darse por vencido, y acabó por decirse que, sin duda, tendría la explicación al día siguiente, tal vez de labios del propio Fornhoff, del porqué de la renuncia de su viaje a Cincinnati.

Era ridículo permanecer allí mirando a un coche que cada vez estaba más lejos, pues no era probable que eso contribuyera a

aclarar otro de los desconcertantes misterios de esta noche: la identidad de la muchacha que reposaba, privada y muda, en la habitación de urgencia del Augustana Hospital. Así, pues, Kentland cruzo rápidamente la calle y se metió por la oscura puerta por donde había salido Fornhoff. Miró hacia arriba antes de empezar a subir; pero sólo vio un tramo de escalones de madera muy gastados, sin alfombra, que parecían conducir a una serie de pequeños descansillos, débilmente alumbrado cada uno de ellos por la mortecina y amarilla luz de un mechero de gas, abierto sólo a media llave.

Subió por aquellos rechinantes escalones; pero se detuvo en el primer descansillo, al fijarse sus ojos en una tarjeta blanca clavada en la madera de la puerta, debajo mismo del cristal deslustrado. El cristal, a su vez, como pudo ver mientras buscaba en su bolsillo la caja de cerillas, mostraba estas palabras pintadas en negro, legibles a la luz vacilante de la escalera: «Dr. Steven Watling. Domicilio y Consultorio».

Kentland encendió una cerilla, la puso en alto y leyó las pocas palabras escritas en la tarjeta: «He salido para un caso importante. Volveré dentro de un momento».

Evidentemente, eso explicaba en cierto modo el aspecto de decaimiento y desánimo de Fornhoff al salir por la puerta para dirigirse a su auto. La persona a quien buscaba —suponiendo que ésta fuera el doctor Watling y no cualquier otro inquilino de arriba— se había ausentado momentáneamente.

Con cierta irritación, Kentland renunció a hacer más conjeturas, y a pesar del aviso tan claro de la, tarjeta oprimió con el dedo el pulsador del disco de madera, que sobresalía a un lado de la puerta, e hizo una larga llamada. Pudo oír dentro, no lejos de la misma puerta ante la cual estaba, el rítmico sonido de un timbre eléctrico; pero no obtuvo respuesta.

Kentland permaneció indeciso unos instantes, dudando si sentarse en la escalera y esperar allí a la persona cuyo aviso prometía un rápido pero desconocido regreso, o marcharse a su

casa a acostar. Al fin, llegó a la conclusión de que estando la joven bien atendida en el hospital, él podía irse también a dormir.

Miró al reloj, eran las 4,20. Entonces, volvió la espalda a la puerta de Watling y bajó de nuevo a la calle. Al pisar la acera, el cielo ofrecía un marcado color gris, particularmente hacia el este, y mientras estuvo parado allí un momento vio un camión de reparto de mercancías virar repentinamente hacia un puesto de periódicos, desierto y vacío, de la esquina de Van Buren Street y Halsted Street, arrojar un paquete de periódicos y alejarse rápidamente.

Kentland subió a toda prisa la calle hasta el desierto puesto de periódicos. Antes que llegase a la esquina, se apagaron de pronto todos los faroles de la calle; amortiguándose lentamente su último resplandor en el curso de varios segundos. Había llegado la mañana. En la esquina, atados con bramantes, había cuatro paquetes de periódicos, dos o tres de los cuales estaban en la acera, donde los camiones de reparto los habían arrojado.

Dejó una moneda de diez centavos y sacó un periódico de cada uno de los paquetes. El último resultó ser el *Sun*, y, con los otros tres bajo el brazo, lo desdobló con ansia. Allí, en negras titulares, estaba la noticia del asesinato; noticia seguramente sensacional, pero exacta, veraz. Kentland vio con alegría que, debajo de las titulares, Johnson había hecho componer la información con doble regleta y del tipo 10, y que en ella figuraba la descripción completa del cadáver del persa, del interior de la tienda, de la posición de la lanza y de la armadura derribada, y, finalmente, aunque no era lo menos importante, el estado del cuadro colgado en la pared, con la cara toscamente recortada.

Kentland no perdió tiempo en leer la información detenidamente. Se metió el *Sun* en un bolsillo de la americana y con mano temblorosa abrió cada uno de los demás periódicos. La *Tribune*, que se denominaba a sí misma el Periódico Más Grande del Mundo, pero que era conocido como la Lata Más Grande del Mundo, no traía ni una sola palabra del suceso. El *Herald Examiner* no decía nada tampoco. Abrió presuroso el *Times-Star*, el cuarto y último periódico.

Su primera página no revelaba que hubiese llegado a tiempo a la redacción ninguna noticia del crimen.

Kentland, que unía el espíritu infantil al de periodista, sintió el deseo de lanzar su sombrero al aire en aquella calle desierta y gritar con toda la fuerza de sus pulmones: «¡Un magnífico pisotón!». Fornhoff le había dado, en la última entrevista que tuvo con él, siete días para que llevase una información exclusiva, y ya la había llevado, aun antes de empezar el plazo de siete días de prueba. Cierto que una parte del triunfo correspondía al desconocido bienhechor que había enviado el aviso a la redacción del *Sun*, y si ese individuo hubiese estado presente, Kentland le hubiera abrazado sin pensar en más. Cierto también, que aquel aviso era una cosa desconcertante; pero la satisfacción que le había producido excedía en mucho a su no aclarado misterio.

La llegada del tranvía de Halsted Street puso fin al júbilo interno de Kentland. Ya había salido el sol cuando entró en un restaurante nocturno de su mismo barrio, y allí engulló a toda prisa una comida. Diez minutos después se acostaba tranquilamente en su piso de la Calumet Avenue, donde vivía.

Tras un esfuerzo no muy eficaz para coger el sueño, Kentland acabó por levantarse y fue al restaurante a tomar café. Para su satisfacción, vio al propietario, que leía los títulos con avidez, y también, otra persona, con el *Sun* apoyado en una huevera, devoraba la noticia, aun a costa de que se le quedara fría la comida. Verdaderamente, esto era la delicia de las delicias, se dijo Kentland.

En ese momento decidió lo que tenía que hacer tan pronto como saliera del restaurante. Iría directamente a la redacción del *Sun*, donde estaría ya Fornhoff, si su excursión de madrugada no había alterado sus horas, pues tenía su horario fijo de trabajo en el periódico. Y Fornhoff tendería la mano para felicitar a Jimmie Kentland por el triunfo logrado sobre los demás periódicos de Chicago.

Bebió de un trago el café, y veinticinco minutos después subía alegremente los escalones del edificio del *Sun*. Entró en la redacción.

Un par de redactores que prestaban servicio a primera hora estaban recostados en sus sillas. Uno de ellos se adelantó para saludarle y felicitarle por el éxito de la mañana.

—Gracias, amigo —dijo Kentland—. ¿Pero cómo sabías que la información era mía?

—¡Hombre! —exclamó el otro, riendo—. Está ahí puesto; en la tabla de avisos.

Kentland volvió la cabeza. En efecto, en la negra tabla, cerca de la mesa del director de noche, Johnson había escrito con grandes letras: «Esta mañana, James Kentland ha dado un pisotón magno. Se recibió un aviso a las 2,35 de la madrugada. A las 3,42 estaba la información en las máquinas. La tomó por teléfono Johnson». Quedaba así pregonada ante el mundo periodístico la gloria de lo realizado. Todas las personas pertenecientes al periodismo lo sabrían ese día. Muy satisfecho, Kentland se quedó parado donde estaba y miró hacia el pasillo en dirección al despacho particular de Fornhoff. Seguramente estaba ocupado, pues advirtió el sombreado perfil del corpulento hombre, que se movía detrás del cristal deslustrado de la mampara. Pero durante el segundo que Kentland permaneció indeciso, se abrió la puerta del despacho y apareció en el hueco de la misma el propio Fornhoff, mirando en derredor como si buscara a un botones o a un redactor.

Kentland se acercó a él sonriendo.

—Buenos días, señor Fornhoff. ¿Qué le ha parecido a usted mi triunfo en la edición de esta mañana?

El otro le miró con los ojos entornados; luego, se ensombreció su cara y se abrieron sus labios con gesto displicente.

—Ha venido usted muy temprano, ¿verdad? —dijo—. Pero me parece muy bien; me parece muy bien, mi oficioso amigo. Al paso que sale usted a la calle, vaya a ver al cajero y recoja su paga. Queda usted despedido del *Sun*, señor Kentland.

X. OTRA VISITA A LA PARTE NORTE

Kentland miró a Fornhoff lleno de asombro. Creyó que no había oído bien.

—¿Que estoy despedido del periódico? —preguntó. Miró con curiosidad al voluminoso director, tratando de adivinar si era objeto de alguna broma por parte de Fornhoff, cuyo carácter no conocía bien todavía.

—Sí, despedido —dijo el otro secamente—. Me parece que está bien claro, ¿no?

—¿Pero, después del éxito de mi información? ¿La ha visto usted? No la ha publicado nadie…

—No me importa —le espetó el otro—. Ha desobedecido usted, Kentland, las órdenes que le di, y por esa razón ya no pertenece a la redacción del *Sun*. Le dije a usted que no se moviera de la mesa del director de noche hasta que la edición entrara en máquina, a las tres. ¿No fue así?

Kentland asintió, y trató de concretar sus ideas.

—Y usted —siguió diciendo el otro— abandonó deliberadamente su puesto para corretear por las calles con motivo de un aviso estúpido que llegó al *Sun* no sé cómo, y dejó usted encargado del periódico a Johnson y a un par de reporteros. No me importa que haya usted tenido un triunfo…, aunque hubiese tenido mil sería lo mismo. Desobedeció usted mis órdenes, y el *Sun* no quiere hombres que no siguen a la letra las órdenes que reciben. Nada más.

Kentland se le quedó mirando. Ahora es cuando se dio cuenta de que estaba realmente despedido y de que no era objeto de ninguna

broma. Se preguntaba vagamente desde cuándo en aquel periódico, una leve infracción del reglamento, cometida a una hora en que no era posible que causara el menor daño a la empresa, podía pesar más que una información resonante, exclusiva, que estaba leyendo toda la ciudad. Seguramente, había más en el fondo de la ira de Fornhoff; había algo que nada tenía que ver con las normas del periodismo.

—Nunca pude pensar —empezó a decir— que usted…

El otro movió impacientemente una mano.

—No tengo ganas de discutir, señor Kentland. Cuanto antes termine esta entrevista será mejor para los dos. Su liquidación está ya hecha, y el cajero le dará el sobre. —Entró en su despacho, dando al joven con la puerta en las narices, y un segundo después, Kentland vio hundirse su sombra en el gran sillón cercano a la ventana y doblarse, con la cara entre las manos. Se retiró lentamente. Sin decir ni una palabra a nadie cruzó la redacción, bajó al despacho del cajero, y en la ventanilla recibió un sobre que parecía estar preparado para él. Automáticamente firmó un recibo y salió a la calle.

¡Despedido! Con el pensamiento retrocedió a la escena de la madrugada, en que, protegido por las sombres de Van Buren y Halsted Streets, había visto a Fornhoff bajar los sucios escalones que conducían al consultorio del doctor Wantling, dirigirse abatido a su automóvil que estaba parado bajo la luz del farol, subirse a él y marcharse. ¿Estaba aquel incidente relacionado de alguna manera con la ira de Fornhoff contra él? Todo ello le parecía incomprensible. Con arreglo a todas las leyes de la ética periodística, había llegado a consumar lo que más podía desearse: un pisotón a los demás colegas. Y, sin embargo, el hacerlo había dado lugar a su propia separación del periódico al cual había beneficiado.

Le desconcertaba también pensar que tenía que buscar una nueva colocación en la Prensa de Chicago. Ya había recorrido todos los periódicos cuando llegó por primera vez a la ciudad; pero en todos le dijeron lo mismo: «Todo completo, señor Kentland». Por

mera casualidad pretendió una plaza en el *Sun*, el nuevo periódico socialista, el último de todos, y Fornhoff le admitió, teniendo en cuenta que era un periodista con práctica adquirida en Omaha como director de noche. Fornhoff se mostró en aquella entrevista como una persona agradable, tan distinta del hombre que ocupaba esta mañana el despacho particular de Fornhoff como el día lo es de la noche. Pero Kentland pensó que el permanecer en esta sucia Market Street no iba a facilitarle antes una colocación. Su capital no era lo bastante grande para permitirle estar sin trabajo una larga temporada. Reflexionó sobre la conveniencia de aventurar la mayor parte del mismo, yendo más hacia el Este, a Nueva York, en busca de trabajo. Por otra parte, podían haber cambiado las cosas en los periódicos de Chicago desde que él los recorrió al llegar, y quizás pudiera encontrar una plaza donde una semana antes no la había conseguido.

Sin embargo, lo primero que necesitaba era un certificado del *Sun*. «¿Por qué ha salido usted del *Sun*?», podrían preguntarle en primer término. Y era difícil contestar satisfactoriamente a esa pregunta. Preguntábase si Fornhoff le daría una carta; pero le aterraba la idea de tener que volver de nuevo a la cueva de cristal deslustrado del ogro. Luego, se acordó de Boltmann, el director de noche. ¿Querría darle éste unas líneas de presentación o de recomendación, que le permitieran ser mejor recibido en otras redacciones de Chicago? De todas maneras, decidió hacer la prueba.

Boltman era viudo y vivía en North Lasalle Avenue. Kentland tenía motivos para recordar estas *señas*, pues Fornhoff le había enviado a la casa de huéspedes de Boltman el mismo día en que fue admitido como redactor del *Sun*. No habiendo trabajado Boltman la noche anterior, era muy probable que a esta hora de la mañana estuviese ya levantado.

En el mohoso y gran edificio de piedra oscura donde estaba la casa de huéspedes, respondió a su llamada al timbre la misma muchacha coloradota y gruesa que le había abierto una semana

antes. Arrastrando los pies, condujo a Kentland a la sala trasera y llamó con los nudillos en la puerta.

Cuando oyó la conocida voz del director de noche gritar: «¡Pase!», Kentland abrió la puerta. Boltman, un hombre de aspecto agrio, de unos cuarenta años de edad, con cabellos ligeramente grises que le salían en punta en todas direcciones como las púas de un puercoespín y un par de gafas con montura de oro colocado sobre la punta de la nariz, estaba sentado en una silla morisca, envuelto en un albornoz, con un ejemplar del *Sun* en las manos.

Kentland se dejó caer en una silla que había cerca, y refirió brevemente a Boltman los dos sucedidos: el aviso anónimo recibido la noche anterior y el incidente de la mañana en que Fornhoff le participó cortésmente que había dejado de pertenecer a la redacción del *Sun*. Cuando terminó, se enjugó la frente y aguardó a oír el juicio de Boltman.

Éste se rascaba la barbilla mientras reflexionaba.

—No me parece que se han portado bien con usted, Kentland —comentó—. El *Sun* necesitaba un triunfo más que ningún otro periódico de la ciudad, y el conseguido por usted debiera haber suavizado al viejo por lo que se refiere a la infracción cometida. —Hizo una pausa—. Pero hace tiempo que está preocupado con varias cosas relacionadas con el periódico, y francamente, no es él mismo. Conozco muy bien a Fornhoff, y en circunstancias normales es uno de los hombres más buenos que existen. Como ve usted —añadió con una sonrisa forzada—, procuro dar a cada cual lo que le pertenece.

Kentland asintió. Sabía que el juicio de un hombre depende del punto de vista de quien lo emite, y que este punto de vista, a su vez, está influido por el interés. Comprendiéndolo así, aventuró esta pregunta:

—Tengo entendido que el señor Fornhoff fue anoche a Cincinnati para tomar parte, antes de las doce, en la subasta del *Herald* de aquella ciudad, y que regresó en uno de los primeros trenes de la mañana. ¿Es cierto?

—Sí, creo que sí —dijo Boltman. Contempló al joven un momento y añadió—: Pudiera ser que ese viaje tan ajetreado le cansara y le pusiera de mal humor.

Kentland estuvo a punto de revelar el incidente de que había sido testigo aquella madrugada en la esquina de Van Buren Street y Halsted Street. Pero ahora, conforme se habían puesto las cosas, empezó a asaltarle la duda. Quizá el individuo que vio no fuera Fornhoff. Y si expresaba a Boltman sus sospechas —si es que podían llamarse sospechas— pudiera parecer ridículo a los ojos del director de noche, y él no quería pasar por tal a sus ojos, especialmente en un momento en que tenía la pretensión de conseguir una recomendación, o cosa semejante, cuanto más elogiosa, mejor.

—Lo que ahora me interesa —dijo— es que usted me escriba una carta para alguno de los demás periódicos. Tenga usted en cuenta, Boltman, que soy aquí un forastero, y, por consiguiente…

El otro levantó la mano y se apresuró a decir:

—No siga. Lo haré con mucho gusto. Entreténgase como pueda durante unos minutos, mientras le escribo la carta. Creo que tengo algún pliego con membrete del *Sun* en mi chiscón. —Se dirigió a una puerta pequeña que había al otro lado de la habitación y la abrió de par en par. Quedó al descubierto un minúsculo despacho con una máquina de escribir estropeada, una mesa-escritorio desvencijada y una librería llena de libros de varios colores, tamaños y encuadernaciones—. Cuando no era más que un reportero —explicó— solía hacer algunos trabajos especiales. Aquí tiene usted mi cubil. También hago de vez en cuando cosas novelescas; pero eso no produce nada.

Cerró la puerta, y Kentland le oyó un segundo después tirar de cajones en busca de papel con membrete. Kentland siguió algunos segundos más sentado en la silla, recorriendo con la mirada el sombrío cuarto con su anticuado mobiliario y su cama de madera de cuatro altos barrotes; pero llegó a sus oídos el leve tintineo de un

teléfono de línea auxiliar, y al volver la cabeza vio detrás de él un aparato telefónico de pared.

Con todo lo ocurrido en la última media hora, casi se había olvidado de la joven del hospital; pero el teléfono y el fácil procedimiento de ponerse en comunicación con los jefes de aquel establecimiento, le trajeron a la memoria el retrato de la muchacha —sus negras trenzas, sus grandes ojos castaños— con absoluta claridad. Se dirigió al aparato y llamó al hospital.

—Llamo —explicó al establecerse la comunicación— para interesarme por el estado de la joven que fue atropellada por un auto anoche a última hora; mejor dicho, esta madrugada. ¿Cómo sigue? Aquí es James Kentland que iba en el «taxi» que la atropello. Estuve en el hospital esta mañana temprano; pero seguía aún sin conocimiento.

—¡Ah, sí! —respondió la enfermera—. La señorita Roberts, la encargada de noche, me habló del caso. Pues la joven recuperó plenamente sus sentidos al amanecer, y esta mañana, a las siete menos cuarto, poco después de entrar yo de servicio, estaba lo bastante restablecida para poder salir del hospital. Intentamos convencerla para que se quedase; pero ella pidió sus ropas y se puso muy nerviosa ante la sola idea de tener que permanecer más tiempo aquí. Y como, naturalmente, nosotros no tenemos derecho a retener a nadie contra su voluntad, nos vimos obligados a dejarla marchar.

—¿Y cómo dijo que se llamaba? —preguntó Kentland—. Me considero un poco responsable de su seguridad.

—No dio ningún nombre, y nosotros no instamos nunca a los enfermos de urgencia para que nos den referencias suyas si se muestran reacios a hacerlo, como ha ocurrido con esa joven. Pero ella…. —La enfermera se separó un momento del teléfono—. La enferma, en su prisa por salir, se dejó dos objetos de uso personal: un pasador para el pelo, de fantasía, y una pulsera. La pulsera tiene grabada por dentro una especie de nombre; pero está borrado en parte.

—¿Es ese nombre «Watling»? —preguntó Kentland.

—No. Si se espera usted un segundo, se lo diré letra por letra.

Siguió una pausa corta. Kentland no podía averiguar, a través de la puerta cerrada, si Boltman había encontrado ya el papel de cartas con membrete. A poco, volvió a sonar en el auricular la voz de la enfermera.

—Lo único —dijo ésta— que podemos descifrar son las letras N-N-E —espacio— R-I-C-A-R-D-I-N. Ricardin.

—Ricardin —repitió Kentland con curiosidad—. Reflexionó un segundo, y añadió: —Muchas gracias, señorita. Tal vez vaya dentro de un momento al hospital para ver la pulsera.

Colgó. Ricardin. ¿Dónde había oído antes, alguna vez en su vida, esa combinación de sílabas? Ricardin. Le sonaban a algo conocido. Le parecía recordar ese nombre, haberlo oído o haberlo visto impreso; pero no, por más que forzaba su memoria no acertaba con las circunstancias, el lugar, o el momento. Mientras estaba de pie ante el teléfono, repitiendo automáticamente esa palabra, tuvo la extraña impresión de que ese nombre pugnaba por traerle a la memoria algún prefijo, alguna palabra que parecía pertenecerle como el mango pertenece al cuchillo.

De repente, como un rayo de luz de un cielo claro, acudió a su recuerdo el prefijo: ¡Capitán! ¡Capitán Ricardin! Eso era, ciertamente. Sin embargo, no podía recordar dónde lo había visto u oído; pero allá, en las profundidades de su espíritu subconsciente, sabía que las dos palabras «Capitán Ricardin» estaban relacionadas con alguna información periodística…, con el revuelo que, años atrás, produjo ese nombre en los círculos periodísticos.

Movió la cabeza con desesperación. Estaba completamente desconcertado. Era indudable que, como periodista, había tropezado en los últimos cinco años con algo que, en otro tiempo, constituyó un pequeño remolino en su propio mundo.

XI. PERO EL TELÓN DE LA MEMORIA NO ACABA DE SUBIR

Mientras Kentland estaba allí, tratando de ahondar en este nuevo problema que se le planteaba, se abrió la pequeña puerta del «despacho literario», y salió Boltman agitando en una mano una hoja de papel con el membrete del *Sun*, escrita de su puño y letra, y sosteniendo en la otra una serie de cuartillas escritas a máquina, unidas por arriba con unas pinzas.

—Aquí tiene usted, Kentland —dijo, entregando a éste la hoja de papel—. Está estropeado el carro de mi vieja máquina, y por eso he tenido que escribir a mano. La carta es breve; pero representa para usted un buen certificado de despido, y le justificará sobradamente con cualquier empresa que tenga usted en perspectiva.

Kentland pasó rápidamente la vista por la hoja de papel escrita a mano, y su contenido le satisfizo plenamente.

—Muy bien —comentó después de haber leído—. Esto explicará mi situación en el caso de que algún periódico quiera averiguar el motivo de haber salido yo del *Sun*. Ha sido usted muy amable conmigo, Boltman; sobre todo, teniendo en cuenta que se me escaparon aquellas dos informaciones la primera semana.

—No hay que hablar más de eso —respondió el otro sonriendo tristemente—. Yo le eché a usted un regaño en aquella ocasión, porque entonces era lo natural; pero me di cuenta de que había usted tenido mala suerte al perseguir aquellas informaciones, sobre

todo teniendo en cuenta que era usted nuevo en la ciudad. Fue un contratiempo penoso para el *Sun*, nada más.

Kentland dobló la carta, se la guardó en el bolsillo interior de la chaqueta y se despidió.

—Bueno, me marcho —dijo.

—Espere un segundo —dijo Boltman—. Ahora que he hecho algo por usted, quiero que, a su vez, haga algo por mí…, por nosotros, mejor dicho.

—Sí, sí. ¿Qué es ello? —preguntó Kentland con curiosidad.

Boltman hizo una pausa. Se le notaba cierta perplejidad.

—He escrito —dijo luego— una especie de novela corta que guarda estrecha relación con el socialismo. Es… es una especie de sátira. Es la clase de artículos que necesito para el periódico; pero yo no puedo comprármelos a mí mismo. Cuestión de normas. Por otra parte, no puedo conseguir cosas especiales, cosas de pura imaginación que estén dentro de lo *nuestro*. Por eso se me había ocurrido que usted podría llevarme este artículo directamente a mí. Ahora está usted fuera de la empresa y puede llevar lo que quiera, y admitirle yo lo que me plazca. Necesito esta especie de novela corta para reforzar nuestra línea de política general; lo necesito realmente; pero no puedo quebrantar las normas, pues el viejo diría que se trataba de una desviación de las funciones inherentes a mi cargo. ¿Comprende usted?

—Sí, perfectamente. ¿Qué quiere usted que haga?

—Es muy sencillo. Envíeme usted este artículo por correo, y mandaré que lo compongan. Lo firma usted con el pseudónimo de «Socialisticus». Yo diré al cajero que le extienda un cheque para su pago, a tanto la línea…, a tanto por palabra: medio centavo la palabra es lo más que podemos pagar. Serán 26 dólares, de los cuales, sin embargo, corresponden cinco al profesor de matemáticas que me hizo los cálculos que figuran en el trabajo. Tuvo que acudir a los logaritmos para hacerlos. Descontada esa cantidad, quedan 21 dólares que nos repartiremos los dos equitativamente: la mitad para usted, y el otro cincuenta por ciento para mí. Le aseguro que no es

dinero lo que necesito, sino material. ¡Y de qué manera! Y si, por casualidad, me pregunta el viejo quién lo escribió —cosa muy probable— le diré que se lo había encargado a usted antes que él le despidiera, y tenía, por lo tanto, que admitirlo. ¿Comprende?

Kentland reflexionó. Esto no era completamente moral, aun cuando fuese una vieja estratagema en las redacciones de los periódicos. Y, después de todo, Boltman se había portado como un buen compañero; le había dado una buena recomendación, después de haberse dejado «pisar» dos informaciones y haber sido despedido.

—Escuche usted, Boltman. Yo serviré de testaferro, pero sin cobrar nada. Pasaré por ser el autor del artículo, puesto que va a publicarse de una manera anónima. Si usted se reúne conmigo fuera del *Sun* una vez el cheque en mi poder, lo haré efectivo en casa de Jake y le entregaré el dinero. Pero toda la cantidad, entiéndase bien. Después de haber escrito usted ese largo artículo, ¿cómo quiere, hombre de Dios, que tome yo parte del dinero?

—Es usted una persona de otro mundo —dijo Boltman—. Aquí tiene el artículo. Mándemelo por coreo esta noche, para que yo tenga el sobre con el matasellos, etcétera. Mañana por la noche nos veremos frente al *Sun*; no, será mejor en casa de Jake. Puede usted endosar el cheque, yo se lo avalaré, lo cobraremos y nos repartiremos el dinero. Insisto en que acepte usted la mitad; es decir, la mitad después de haber descontado los cinco dólares del profesor de matemáticas.

Kentland cogió el artículo. Al desdoblar las cuartillas pudo ver que el título era:

¡CÓMO LLEGÓ POR FIN
EL SOCIALISMO AL MUNDO!
Por «SOCIALISTICUS»

—Perfectamente —dijo Kentland doblando de nuevo el artículo—. Lo echaré al correo esta noche, y puesto que ya está aceptado, iré a

casa de Jake, a las siete de la tarde, para endosar el cheque. Y si insiste usted en que yo gane algo, acepto que me pague un «sandwich» de esos de tres pisos que tiene Jake y una taza de ese café que muelen a diario.

—¡No hay que hablar más de eso! —respondió Boltman—: Diez dólares y medio para cada uno de nosotros. De modo que nos veremos mañana por la tarde, a las siete, y yo tendré ya preparado el cheque para cobrarlo.

Kentland se metió el doblado manuscrito en el bolsillo interior de la americana, y se levantó. Estrechó la mano de Boltman y se marchó. Ya en la calle, se detuvo indeciso; pero en seguida pensó que, puesto que se hallaba de nuevo en el sector norte de la ciudad, tal vez fuera conveniente pasarse por la estación de Policía de Hudson Avenue para ver si había alguna novedad en el extraño suceso de la noche anterior. Claro que ya no tenía autoridad como reportero para entrar en una estación de Policía a preguntar lo que ocurría entre bastidores; pero comprendía que habiendo sido él y el «policeman» de servicio especial los primeros que entraron en el lugar del crimen cometido en Crilly Court, tenía un título más importante que el de reportero: el de testigo real en la indagación.

En la estación de Policía estaba sentado detrás de la mesa el malhumorado sargento de costumbre.

—¿El capitán Shannon? —refunfuñó—. Tiene visita. Siéntese en ese banco encarnado, y dentro de diez minutos le recibirá, creo yo.

Kentland se sentó en el duro banco, delante del cual había una alta escupidera de latón en medio de un charco de serrín, vertido allí para los que expectoraban y no estaban dotados de buena puntería. Como aquella apartada estación de Policía estaba completamente desierta esta mañana, y él no tenía nada que hacer, decidió leer el trabajo de Boltman.

Lo sacó y lo desdobló. «¡Cómo llegó por fin el Socialismo al mundo!». Aquello parecía más un artículo fantástico que una novela corta. Se enfrascó en la lectura; leyó, leyó, leyó, y vio que en aquello había de todo: artículo, novela, sátira, presagio…; pero mientras

estaba leyendo no sabía que aquel mismo trabajo, aunque pareciera extraño, iba a ser el medio de explicar por qué August Fornhoff había estado en la destartalada casa del doctor Watling a las tres de la madrugada; ni sabía tampoco que debajo de su escritura a máquina —por decirlo así— había una información más grande que cualquiera otra de las publicadas en los periódicos de Chicago desde hacía muchos meses. Y así, Kentland se sumió en el relato, si así podía llamarse, que comenzaba, cosa rara, en el año 3235 de la Era Cristiana.

XII. La extraña historia del dólar de John Jones

En el día 201 del año 3235 de la Era Cristiana, el catedrático de Historia de la Universidad de Terra se sentó delante de su cromovisófono y se dispuso a dar su conferencia diaria a su clase, cuyos alumnos residían en diferentes lugares de la tierra.

El instrumento ante el cual estaba sentado era muy semejante a un marco de ventana de gran tamaño, a causa de que en él se veían de 300 a 400 cristales cuadrados deslustrados. En un espacio del centro, no ocupado por ninguno de aquellos cristales cuadrados, había un área oscura, oblonga, y un anaquel con un pedazo de tiza. Y sobre este área había un micrófono de aspecto extraño, suspendido por dos muelles semejantes a cabellos, hacia el cual dirigió el catedrático sus subsiguientes observaciones.

A fin de cerciorarse de que ya era la hora de oprimir el botón que anunciaría a los alumnos de la clase de Historia el momento en que debían acercarse a sus cromovisófonos locales, el catedrático sacó del bolsillo del chaleco un minúsculo aparato, no mayor que una moneda de 25 centavos, que se aplicó al oído. Al mover una pequeña palanca unida al instrumento, una voz metálica que parecía venir de algún sitio del espacio, repitió mecánicamente: «Las quince y un minuto…, las quince y un minuto…, las quince y un mi…». Rápidamente, el catedrático volvió a guardarse el aparato en el bolsillo del chaleco y oprimió un botón de un lado del cromovisófono.

Como respondiendo a su llamada, los cuadrados de cristal deslustrado empezaron, uno a uno, a mostrar —reproducidos con

absoluta fidelidad de matiz, tinte, color y tonalidad— las caras y los hombros de un tipo extraño de jóvenes: jóvenes con grandes frentes abombadas, calvos, sin dientes, con enormes gafas cuadradas de armadura de cuerno. Un cuadrado, sin embargo, permanecía aún vacío. Al observar esto asomó al rostro del catedrático una expresión de enojo.

Pero al ver que todos los demás cuadrados de cristal, excepto éste, estaban ocupados, comenzó a hablar.

—Tengo la satisfacción, señores —empezó diciendo— de ver esta tarde a todos ustedes colocados ante sus cromovisófonos locales. He preparado para mi conferencia de hoy un tema que tiene, quizá, más interés económico que histórico. A diferencia de mis lecciones anteriores, mi charla de hoy no se limitará a los acontecimientos de unos cuantos años, sino que abarcará el curso de diez siglos; los diez siglos que terminaron trescientos años antes de la fecha actual. Mi conferencia será una exposición de los efectos causados por el Dólar de John Jones, que fue depositado por primera vez en los albores de la civilización, o, para ser más preciso, en el año 1935, hace justamente mil trescientos años. Este John Jones…

En este punto de la conferencia del catedrático, se llenó el cuadrado de cristal deslustrado que hasta entonces no había mostrado ninguna imagen. El profesor miró a la cara y a los hombros que acababan de aparecer.

—B 262H72476 Varón, otra vez ha llegado usted tarde a clase. ¿Qué disculpa tiene usted que darme hoy?

Del cilindro hueco brotó una voz chillona, mientras los rojos labios del retrato que aparecía en el cuadrado de cristal se movían al unísono de las palabras.

—Señor profesor, si consulta usted su libro de clase verá que, recientemente, he fijado mi residencia cerca del Polo Norte. Por algún motivo que desconozco, la comunicación de radio entre la Estación Central de Energía y todos los puntos al norte de los 89

grados quedó interrumpida hace un tato, y por esto no he podido aparecer en el cromovisófono. De aquí que…

—¡Basta, señor! —rugió el profesor—. Siempre tiene usted una excusa a punto, B 262H72476 *Marón*. Voy a comprobar ahora mismo lo que me dice.

El catedrático sacó del bolsillo un instrumento que, aunque provisto de un auricular y un micrófono, no tenía alambres de ninguna clase. Alzándolo hasta sus labios, habló:

—Oiga, póngame con la Estación Central de Energía, haga el favor. —Siguió una pausa—. ¿Es la Estación Central de Energía? Aquí es el catedrático de Historia de la Universidad de Terra. Uno de mis alumnos me informa de que la región del Polo Norte estaba esta mañana sin comunicación con el Sistema de Cromovisófono. ¿Es verdad eso? Yo quisiera…

Una voz, al parecer de ningún sitio, habló en el oído del catedrático.

—Es completamente cierto, señor profesor. Un tren de nuestras ondas etéreas cayó en paralelismo con otro de idéntica longitud de onda de la Subestación de Venus. Por una fatalidad muy extraña, los dos trenes se desplazaron en relación a una mitad de longitud de onda entre sí, con el aciago resultado de que los puntos de amplitud máxima negativa del uno coincidieron con los puntos de máxima amplitud positiva del otro. De aquí que los dos trenes de ondas se anularon mutuamente y cesó la comunicación durante 185 segundos, hasta que la Tierra hubo girado lo suficiente para apartarlos del paralelismo.

—Muchas gracias —dijo el catedrático. Dejó caer el instrumento en el bolsillo de su americana y miró en dirección al cuadrado de cristal cuya imagen había despertado tanto su ira—. Le pido perdón, B 262T72476 Varón, por haber desconfiado de lo que me dijo; pero es que me acordaba de que otras veces…. —Movió su índice en señal de advertencia—. Y ahora, voy a reanudar mi charla.

—Hace un momento, caballeros, empecé a hablar del Dólar de John Jones. Algunos de ustedes que acaban de matricularse en la

clase, se dirán indudablemente: «¿Qué es un John Jones? ¿Qué es un dólar?».

—En los tiempos remotos, antes que la Sociedad Nacional Eugénica instituyera el actual registro científico de seres humanos, los hombres iban por el mundo sujetos a un sistema de nomenclatura, imperfecto, de multireduplicidad. Con este sistema había realmente más John Jones que calorías hay en una Unidad Térmica Británica. Pero hubo un John Jones, en particular, que vivió en el siglo XX, y es a quien voy a referirme en mi conferencia. No se sabe mucho de su vida personal, salvo que era un ardiente socialista…, un enemigo acérrimo de la propiedad privada.

—Ahora, vamos al dólar. En estos tiempos en que la Psico-Erg —una combinación del Psique, la unidad de la satisfacción estética, y el Ergio, la unidad de la energía mecánica— está reconocida como la verdadera unidad de valor, parece difícil creer que en el siglo XX, y durante más de diez siglos después, el dólar, un disco metálico, estuviera pasando de mano en mano a cambio de las cosas esenciales para la vida.

—Pero, sin embargo, así ocurría. Los hombres cambiaban su energía mental o física por esos dólares. Luego, volvían a cambiar los dólares por artículos alimenticios, ropas, diversiones y operaciones para la extirpación del apéndice vermiforme.

—Numerosos individuos, sin embargo, depositaban sus dólares en un baluarte llamado Banco. Estos Bancos invertían los dólares en préstamos y empresas comerciales, con el resultado de que cada vez que la tierra atravesaba la elíptica solar, los Bancos obligaban a cada prestatario a volver a pagar, o a reconocer como debidos los dólares que le habían entregado, más seis centésimas de aquel préstamo. Por lo que hace al depositante, los Bancos le pagaban por el uso de los discos tres centésimas de los dólares depositados. Esto constituía el llamado tres por ciento o interés bancario.

—Ahora bien, la seguridad de los dólares depositados en los Bancos no estaba absolutamente garantizada al depositante. A veces, los guardadores de estos dólares solían apropiarse de ellos,

y se marchaban a lugares de la Tierra poco habitados y de difícil acceso. También los Bancos, a veces, cansados quizá de practicar la banca, dejaban de abrir las puertas, notificando chuscamente a sus clientes que estaban «congelados»; y dicho «chuscamente» porque es notorio que un Banco establecido en un clima tropical o semitropical, no podía sufrir un cambio calorífico que representase una total congelación. Pero, sea como fuere, el caso es que no volvían a abrir, y que muchos de los dólares allí depositados dejaban de existir automáticamente debido a las veleidades de la alta contabilidad. Y en otras ocasiones, grupos de gentes nómadas conocidas con el nombre de «ladrones» visitaban los Bancos, abrían violentamente las cajas fuertes y se marchaban, llevándose su contenido.

—Pero volvamos a nuestro tema. En el año 1935, uno de esos numerosos John Jones llevó a cabo un acto, al parecer sin consecuencias, que hizo que el nombre de John Jones perdurara en la Historia. ¿Qué hizo?

—Fue a uno de estos Bancos, que se llamaba en aquella época «Primer Banco Nacional de Chicago», y depositó allí uno de aquellos discos —un dólar de plata— en el haber de cierto individuo. El individuo a cuyo crédito fue depositado el dólar, no fue otro que el cuadragésimo descendiente de John iones, y el depositante —John Jones— estipuló en un documento, que quedó guardado en los archivos del Banco, que la descendencia había de contarse siguiendo la línea del hijo mayor de cada una de las generaciones que constituyeran su posteridad. El Banco aceptó el dólar con tal condición, juntamente con otra impuesta por John Jones: que el interés se iría acumulando anualmente al capital. Esto quería decir que, al final de cada año, el Banco había de abonar a la cuenta del cuadragésimo descendiente de John Jones tres centésimas de la cuenta tal como estaba al comenzar el año.

—La historia nos dice poco respecto a este John Jones; «únicamente que murió el año 1945» o sea diez años después, y que dejó varios hijos.

—Y ahora, ustedes, señores, que reciben enseñanza de Matemáticas del profesor L 127M72421. Varón, de la Universidad de Marte, recordarán que un número cualquiera, llamémosle X, al pasar por un ciclo progresivo de cambio, crece al final de ese ciclo en una proporción *p*, con lo cual el valor del X original, después de *n* ciclos se convierte en $X (1 + p)^n$.

—Naturalmente, X representaba en este caso un dólar, *p* equivalía a tres centésimas, y *n* significará el número de años siguientes a la fecha del depósito que queramos considerar. Por medio de un cálculo sencillo, aquellos de ustedes que ya están preparados mentalmente, pueden comprobar los resultados que expondré en mi conferencia.

—En la época de la muerte de John Jones, la suma existente en el Primer Banco Nacional de Chicago a favor del cuadragésimo John Jones, era como sigue.

El catedrático cogió la tiza y escribió rápidamente en el espacio oblongo:

1945: 10 años transcurridos $ 1,34

—El extraño y sinuoso jeroglífico —explicó— es un símbolo que representa al dólar.

—Bien, caballeros, el tiempo transcurrió, como seguirá transcurriendo, hasta que pasaron cien años. Aún existía aquel Primer Banco Nacional, y la localidad, Chicago, se había convertido en el mayor centro de población de la tierra. Por las inversiones que se habían efectuado y el interés compuesto anual, la situación del depósito hecho por John Jones era como sigue. —Escribió:

2035: 100 años transcurridos $ 19,10

—En el siglo siguiente, se efectuaron, naturalmente, muchos cambios menores en el modo de vivir de los hombres; pero los

llamados Comunistas se agitaban todavía rudamente en pro de que cesara la propiedad privada de la riqueza, el Primer Banco Nacional de Chicago seguía aceptando dólares en depósito, y el dólar de John Jones aún seguía creciendo. Quedaban por venir 34 generaciones, y el estado de cuenta era el siguiente:

2135: 200 años transcurridos $ 364

—Y al final de los cien años siguientes, había aumentado hasta llegar a constituir lo que en aquellos días era un apreciable capital:

2235: 300 años transcurridos $ 6.920

—Ahora bien, el siglo que sigue contiene una fecha importante. La fecha a que me refiero es el año 2313 de la Era Cristiana, o sea el año en que todos los seres humanos nacidos en el globo fueron registrados con un nombre numérico en la oficina central de la Sociedad Nacional Eugénica. En nuestras futuras lecciones, en que trataremos de ese periodo con detalle, les pediré a ustedes que recuerden esa fecha.

»Socialistas y comunistas seguían agitándose vanamente; pero el Primer Banco Nacional de Chicago era ahora el Primer Banco Nacional de la Tierra. ¿Y cuál había sido el aumento del dólar de John Jones? Examinemos la cuenta en aquella fecha histórica, y también al final del año 400 posterior al depósito. Miren:

2313: 378 años $ 68.900
2335: 400 años $ 132.000

—Pero, caballeros, todavía no había llegado a un punto en que pudiera considerase como una acumulación de riqueza desusadamente grande. En la tierra había acumulaciones mucho mayores. Un descendiente de un hombre que se llamó John

D. Rockefeller, III, poseía una acumulación de gran volumen; pero que fue rápidamente mermando al pasar de generación en generación. Así, pues, recorramos otro centenar de años. Durante este tiempo, como sabemos por nuestros archivos históricos y políticos, los socialistas y los comunistas empezaron a desaparecer, perdida ya la esperanza en su lucha contra el poder. La cuenta, sin embargo, se halla entonces como sigue:

2435: 500 años $ 2.520.000

—No creo preciso hacer ningún comentario. Aquellos de ustedes que sean más astutos, y los que por no haber sido aprobados en mi asignatura repiten curso ahora, sabrán, desde luego, lo que sigue.

—Los cien años que terminaron con el 2535 de la Era Cristiana vieron dos acontecimientos: uno, muy importante y vital para la humanidad, y el otro, muy interesante. Me explicaré:

—Durante la época en que vivió este John Jones, vivió también un hombre, de los que se llamaban científicos, cuyo nombre era Metchnikoff. Sabemos por un estudio de nuestra extensa colección de papiros egipcios y de libros de la Biblioteca Carnegie, que este Metchnikoff proclamó la teoría de que la vejez, o, más bien, la senilidad, se debía a un bacilo del colon. Este hecho fue comprobado posteriormente. Pero si bien aquel «científico» estuvo acertado en la etiología de la senilidad, estuvo, en cambio, muy retrasado al fijar su terapéutica.

—Propuso, caballeros, que se combatiera y matase el bacilo utilizando el fluido láctico fermentado de un animal, ahora extinguido, que se llamaba vaca, y del cual pueden ustedes ver modelos en cualquier momento en el Solaris Museum.

Un coro de risas agudas y silbantes salió del cilindro de latón. El catedrático aguardó a que cesase la algazara, y, luego, prosiguió:

—Les ruego, caballeros, que no sonrían. Ésta era, sencillamente una de las muchas raras supersticiones que existían en aquella época.

—Pero un verdadero hombre de ciencia el profesor K122B62411 Varón, estudio de nuevo el problema en el siglo XXV. Puesto que la vaca se había extinguido ya entonces, no pudo perder su valioso tiempo experimentando con fluido lácteo de vaca, fermentado. Descubrió que los antiguos rayos y del Radio, los rayos que, como ustedes los físicos recordarán, no son desviados por un campo magnético, se componían en realidad de dos series de rayos que él denominó rayos *d* y rayos *e*. Estos rayos últimamente nombrados, sólo cuando se aislaban desvitalizaban por completo todos los bacilos del colon que encontraban a su paso, sin que afectaran en lo más mínimo a la integridad de ninguna célula orgánica interpuesta. El gran resultado, como muchos de ustedes ya saben, fue que la vida del hombre se amplió a cerca de doscientos años. Ese siglo, lo declaro sin temor a equivocarme, fue un gran siglo para la raza humana.

—Pero yo estaba hablando de otro acontecimiento, quizá de más interés que importancia. Me refería a la cuenta del cuadragésimo John Jones. Esta cuenta, señores, había ascendido a tan prodigiosa suma, que fue necesario crear un Banco especial y una junta de directores para ocuparse de ella y reinvertirla. Examinando la siguiente anotación, reconocerán la verdad de mi aserto:

2.535: 600 años $ 47.900.000

—Por el año 2635 ocurrieron dos acontecimientos de enorme importancia. Apenas habrá un alumno en esta clase que no haya oído hablar de cómo el profesor P222D29333 Varón dio accidentalmente con el hecho científico de que el efecto de la gravedad se invierte en todo cuerpo que vibra perpendicularmente al plano de la elíptica con una frecuencia que es un múltiplo par del logaritmo de 2 de la base «e» neperiana. Inmediatamente se construyeron coches vibratorios especiales que llevaban seres humanos a todos los planetas. Este descubrimiento del profesor P222D29333 Varón hizo, nada menos, que abrir a nuestros habitantes siete nuevos territorios, a saber:

Mercurio, Venus, Marte, Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno. En la gran lucha que siguió después por la apropiación de terrenos, se hicieron ricos millares de personas que antes eran pobres.

—Pero, caballeros, la tierra, que hasta entonces había constituido una de las principales fuentes de riqueza, tenía que acabar por no tener más valor que como terrenos particulares de «golf», como ocurre hoy, debido a otro descubrimiento científico:

—Este segundo descubrimiento no fue, en realidad, un descubrimiento; sino el perfeccionamiento de un proceso químico, cuyo principio se conocía ya hacía muchos siglos. Estoy aludiendo a la construcción de las vastas factorías de reducción, una en cada planeta, a las cuales son enviadas en seguida por Expreso Aéreo los cadáveres de todas las personas que han muerto en sus respectivos planetas. Como este procedimiento está hoy en uso, todos ustedes comprenden los métodos que se emplean; cómo se reduce cada cadáver, por medio del calor, a sus componentes esenciales: hidrógeno, oxígeno, nitrógeno, carbono, calcio, fósforo, etc.; cómo estos componentes, una vez separados, se almacenan en depósitos especiales junto con los componentes de otros miles de cadáveres; cómo se combinan luego sintéticamente estos elementos en forma de tabletas de alimentos para aquellos de nosotros que todavía vivimos, completando de esta suerte una cadena sin fin de los muertos a los vivos. Naturalmente, cesaron entonces la agricultura y la cría de ganado, puesto que el problema de la alimentación, con el cual tuvo que encararse el hombre desde tiempo inmemorial, estaba resuelto. Los dos resultados directos de esto fueron: primero, que la tierra perdió el valor exorbitante que había adquirido cuando era necesaria para el cultivo, y segundo, que los hombres tuvieron al fin descanso suficiente para entrar en los campos de la ciencia y del arte.

—En cuanto al dólar de John Jones, que entonces abarcaba incontables industrias y vasto territorio sobre la tierra, su valor era éste:

2635: 700 años $ 912.000.000

—Esto, en realidad, caballeros, constituía la mayor fortuna particular del globo terrestre. Y en aquel año 2635 de la Era Cristiana quedaban todavía por venir trece generaciones antes que llegase el cuadragésimo John Jones.

—Pero, sigamos. En el año 2735 de la Era Cristiana terminó una importante batalla política en el Senado del Sistema Solar y en la Cámara de Representantes. Me refiero a la gran controversia relativa a si la luna de la Tierra no constituía para la navegación interplanetaria uña amenaza bastante para justificar su eliminación. El resultado de la lucha fue que la cuestión se resolvió en sentido afirmativo. Por consiguiente…

—Pero, perdónenme, jóvenes. A veces me olvido de que ustedes no están tan bien enterados como yo de las cuestiones históricas. Les estoy hablando de la luna, sin darme cuenta de que muchos de ustedes no saben a qué me refiero. Aconsejo a todos los que no hayan estado todavía en el Museo Solaris de Júpiter, que no dejen de hacer allí una visita cualquier domingo por la tarde. La Línea Suburbana Interplanetaria tiene establecido esos días un servicio especial, y tienen ustedes tren cada media hora. Allí encontrarán un modelo práctico completo del antiguo satélite de la Tierra, que antes de ser destruido proporcionaba de noche luz a este planeta por el tosco procedimiento de la reflexión.

—A causa de este acuerdo acerca de la conveniencia de quitar la luna de donde estaba, unos ingenieros empezaron a eliminarla en el año 2735. La cortaron trozo a trozo, y fue traída a la Tierra en carros de transporte interplanetarios. Estos trozos fueron luego lanzados por medio del explosivo Zoodelite en dirección a la Vía Láctea, con una velocidad de 11.217 metros por segundo; velocidad que, por supuesto, dio a cada fragmento tan precisamente lanzado la suma de energía dinámica precisa para poder vencer la reculada terrestre de aquí al infinito. Me atrevo a decir que aquellos pedazos de la luna están todavía marchando.

—Al comenzar la eliminación de la luna, en el año 2735 de la Era Cristiana, la riqueza acumulada del cuadragésimo John Jones era:

2735: 800 años $ 17.400.000.000

—Naturalmente, con tan colosal suma a su disposición, los directores del fondo habían hecho grandes inversiones en Marte y en Venus, En la primera parte del siglo XXIX, o sea, en el año 2821 para ser más exacto, la luna había sido completamente hecha pedazos, y éstos lanzados al espacio en un período de tiempo de ochenta y seis años. A continuación doy los resultados del dólar de John Jones en la fecha en que la luna quedó completamente eliminada, y al final del año 900 posterior al depósito:

2821: 886 años $ 219.000.000.000
2835: 900 años $ 332.000,000.000

—El significado de estas cifras, caballeros, expresado en lenguaje llano, es que el dólar de John Jones comprendía en realidad toda la riqueza de la Tierra, Marte y Venus, a excepción de un local universitario en cada planeta que era, naturalmente, de propiedad escolar.

—Y ahora voy a pedirles que retrocedan conmigo al año 2920 de la Era Cristiana. En aquel año, los directores del caudal de John Jones se dieron cuenta de que se hallaban en un grave apuro. Según los términos del acuerdo en virtud del cual John Jones depositó su dólar en el año 1935, el interés del 3 por 100 debía acumularse anualmente al capital. En el año 2920 de la Era Cristiana vivía la trigésima novena generación de John Jones, representada por un caballero llamado J664M42721 Varón, que tenía treinta años de edad e iba a casarse con una señorita llamada T246M42652 Hembra.

—Ustedes se preguntarán, seguramente, cuál era el apuro en que se hallaban los directores. Sencillamente éste:

—Una cuidadosa valoración de la riqueza en Neptuno, Urano, Saturno, Júpiter, Marte, Venus y Mercurio, así como en la Tierra, juntamente con un cálculo exacto del calor que quedaba en el Sol, y una valoración de ese calor a un tipo razonable por caloría demostraron que la riqueza total del Sistema Solar ascendía a la suma de $ 6.309.525.241.362,15.

—Pero, desgraciadamente, un simple cómputo demostró que si el señor J664M42721 Varón se casaba con la señorita T246M42652 Hembra, y tenía un hijo en 2935, año que señalaba el millar a partir de la fecha del depósito del dólar de John Jones, dicho año se le debería al niño la siguiente suma

2935: 1.000 años $ 6.310.000.000.000,00.

—Ello indicaba sencillamente, fuera de toda posibilidad de argumento, que para el año 2935 de la Era Cristiana nos faltarían $ 474.758.637,85; es decir, que no podríamos pagar la deuda al cuadragésimo John Jones.

—Les aseguro a ustedes, caballeros, que la junta de directores estaba frenética. Se hicieron propuestas tan desatinadas como la de enviar una fuerza expedicionaria a la estrella más próxima a fin de capturar algún otro sistema solar y obtener así más territorio para enjugar el déficit. Pero ese proyecto era imposible dado el gran número de años que se necesitarían para llevarlo a cabo.

—El espectro de pleitos inmensos turbaron el sueño de aquellos infortunados individuos que formaban el Directorio del Dólar de John Jones. Pero cuando se estaba al borde de los más grandes litigios civiles que los tribunales han conocido, ocurrió algo que lo alteró todo.

—El catedrático sacó de nuevo el pequeño instrumento del bolsillo del chaleco, lo aplicó al oído y ajustó la palanca. Una voz

metálica produjo un sonido estridente: «Las 15 y 52 minutos…, las quin…». Volvió a guardarse el instrumento y siguió hablando.

—Tengo que darme prisa para acabar mi conferencia, señores, porque tengo una cita con el profesor C122B24999 Varón, de la Universidad de Saturno, a las 16. Ahora, vamos a ver; estaba hablando del enorme pleito civil que se cernía sobre las cabezas de los Directores del Dólar de John Jones.

—Bueno, este señor J664M42721 Varón, trigésimonoveno descendiente del primitivo John Jones, tuvo con la señorita T246M42652 Hembra, un altercado de enamorados que destruyó inmediatamente la probabilidad de su matrimonio. Ninguno de los dos cedió. Ninguno de ellos se casó. Y cuando J664M42721 Varón falleció en 2961, enfermo del corazón, según se dijo, estaba soltero y sin hijos.

—No existía, pues, nadie a quien traspasar el Sistema Solar. Inmediatamente intervino el Gobierno Interplanetario y se posesionó del mismo, con lo cual cesó en aquel momento la propiedad privada. En casi un abrir y cerrar de ojos alcanzamos el verdadero estado socialista y democrático en el cual habían puesto en vano los hombres su esperanza por espacio de siglos. Nada más por hoy, caballeros. La clase ha terminado.

Una a una fueron desapareciendo las caras del cromovisófono.

El catedrático se quedó unos momentos reflexionando.

—Hombre maravilloso aquel John Jones I, antiguo socialista —dijo lentamente para sus adentros—. Un hombre precavido, un hombre notable, teniendo en cuenta que vivió en una era tan oscura como el siglo XX. ¡Pero qué poco faltó para que fracasara su plan tan bien concebido! ¡Supongamos… supongamos que hubiese nacido el cuadragésimo descendiente!

XIII. Lo que dijo Shannon

Kentland levantó la vista con una sonrisa de agrado cuando llegó a la última palabra del extraño trabajo de Boltman.

—No está mal esto —comentó—. Es…

—Ya —dijo el sargento de la mesa—. El capitán puede recibirle.

En vista de esto, Kentland embutió de nuevo el escrito en el bolsillo interior de la americana, muy ajeno al alcance que iba a tener en relación con sus propios asuntos, y pasó por la puerta giratoria de detrás de la mesa del sargento, para ir de allí a otra puerta. El capitán de la estación de la Hudson Avenue estaba sentado ante una mesa llena de papeles. Era hombre de baja estatura, pero fuerte y vigoroso, y tenía puesta una gorra de policía, un poco ladeada y echada sobre los ojos. Eran éstos unos ojos interesantes, que a Kentland le parecieron los ojos de aspecto más cordial que había visto en *su* vida en un capitán de estación de Policía de Chicago. Se acercó a la mesa.

—¿El capitán Shannon? Yo me llamo Kentland. Anoche, como representante del *Sun*, me…

—Siéntese —le dijo el jefe de Policía, indicándole una silla desvencijada—. Precisamente iba a telefonearle.

Kentland se sentó y esperó a que el otro hablase.

—El agente Duffy me ha dicho —empezó Shannon— que usted apareció por Crilly Court esta madrugada cuando él estaba llamando a la puerta con la porra. ¿Recibió usted aviso de que había allí una información?

Kentland asintió.

—Sí. El aviso lo llevó un continental al *Sun* a eso de las 2,30 de la madrugada. —Buscó en sus bolsillos, y entonces recordó que había dejado la carta escrita a máquina encima de su escritorio aquella mañana—. Lo he dejado en mi casa —acabó por decir.

—Es extraño ese aviso —dijo el hombrecillo haciendo un movimiento de cabeza—; pero, después de todo, no creo que tenga mucha relación con el caso. Nosotros recibimos anónimos con frecuencia. Es posible que alguna de las personas que viven en la gran casa de pisos de enfrente oyera algún alboroto esta madrugada, y sospechando que hubiese ocurrido algo, mandó el aviso; pero sin dar su nombre, porque quiere permanecer oculta para que no se la llame como testigo. Bueno, dígame en qué posición estaba el cadáver cuando entró usted por la ventana de la cueva. Dígame también si es verdad que ni usted ni Duffy tocaron la lanza.

Kentland describió otra vez la escena, y Shannon tomó nota de cuanto dijo.

—Bien, la cosa está bastante clara —comentó—. No hay gran misterio en el caso, al menos para mí. Tal vez esté usted enterado de que la Sociedad Persa, que está a la vuelta de la iglesia Moody, anunció hace una hora una recompensa de 500 dólares por la captura y prueba de culpabilidad de la persona que mató al viejo Mazurka. Estos persas están muy unidos. Puede usted dar la noticia de la recompensa en su periódico, si quiere, pues ya se le he dado a Lancaster, del *News*, y a Roller, del *American*. —Hizo una pausa—. Sabemos perfectamente quién mató a este Mazurka, y cuando los periódicos acaben de reseñar el crimen con las últimas actuaciones, quiero que se me reconozca como el hombre que puso a las autoridades federales en la verdadera pista y proporcionó la prueba científica para demostrar la culpabilidad.

¡Las autoridades federales! Kentland aguzó el oído. Estaba perplejo; pero viendo que Shannon creía que él seguía perteneciendo a la redacción del *Sun*, decidió no decir nada por el momento.

—En primer lugar —dijo el capitán de Policía encendiendo su cigarro y reclinándose hacia atrás en su sillón—, sé muy bien lo que

ocurrió anoche en esa tienda de Crilly Court, por cierta prueba que quedó allí. Es usted el primero a quien voy a decírsela; pero tiene que constar en el periódico que fue descubierta por la estación de la Hudson Avenue. No olvide usted esto, amigo —añadió, guiñando el ojo cordialmente.

—Hubo anoche en la tienda, mejor dicho esta madrugada, una acalorada discusión entre el viejo Mazurka, que estaba de pie detrás del mostrador, y cierto visitante que entró en el establecimiento y estaba delante del viejo con las manos apoyadas en el borde. La discusión no terminó satisfactoriamente para el visitante, puesto que éste volvió la espalda al mostrador, cruzó la tienda y se dispuso a salir por la puerta. Y entonces fue cuando… Supongamos que yo llamo a esa persona X, como si se tratase de un problema de álgebra. Perfectamente. Entonces fue cuando X se fijó en aquella armadura y en la larga lanza con el astil de madera y la punta de metal, afilada como una aguja. ¿Qué hizo X? Empuñó aquella lanza, se volvió y, o se la arrojó al viejo o se lanzó contra él y se la clavó al salir el anciano corriendo por detrás del mostrador.

Shannon hizo una pausa que permito a Kentland hacer una observación.

—Esto es sumamente interesante, capitán; pero perdóneme que le diga que no veo el origen de sus deducciones. ¿Cómo averiguó usted los movimientos de ese X?

—Porque —respondió rápidamente el otro— hay rastros de pintura negra o esmalte en el astil de la lanza. Posteriores diligencias practicadas esta mañana han permitido comprobar que el mostrador había sido pintado con esmalte negro hacía unas veinticuatro horas. Yo mismo me cercioré de la existencia de esa capa de esmalte. Es muy dura; pero si se apoya usted sobre ella durante unos tres minutos, la presión y el calor de la mano la ablandan. Asimismo comprobé que el dependiente del viejo persa —del cual me ocuparé más adelante— lijaba de vez en cuando el astil de la lanza para blanquearla. ¿Ve usted ahora el proceso de mi razonamiento?

—Como la luz del día —respondió Kentland—. El claro que se observa en la capa de esmalte demuestra la discusión preliminar entre el viejo Mazurka y… X. —Hizo una pausa—. Después de todo, capitán, no son ustedes tan inexpertos en su criminología práctica. Pero me parece que ha dicho usted que sabe *quién* mató a Mazurka. Y eso, la verdad, me maravilla.

—Ahora voy a eso —dijo Shannon—. Y no se le olvide señalar nuestro acierto. —Guiñó de nuevo un ojo, y luego continuó—: Bien, cogimos al chico de Mazurka cuando iba esta mañana, a eso de las siete, a abrir la tienda. Se llama Hamil Ablahat, y es un muchacho perteneciente a la colonia persa que vive alrededor de la iglesia Moody. Es el encargado de barrer la tienda, limpiar los escaparates, colocar los artículos, etc…; todo por cinco dólares a la semana.

—Pero me parece —dijo Kentland con curiosidad— que el viejo persa no podía permitirse el lujo de tener un dependiente para que le ayudase en un negocio tan pequeño como el que tenía. En nuestros días, las antigüedades no dan mucho.

Shannon sacudió la ceniza de su cigarro.

—No se venden muchas a la semana, es cierto; pero queda en cada venta un margen de ganancia del mil por ciento, y, además, yo no creo que ninguno de estos chamarileros se limiten a vender alguna que otra antigualla para hacer dinero. Los conozco bien. Pero también pensé que el viejo no podía ganar lo bastante con ese comercio para tomar dependientes, y por eso hice venir aquí al muchacho persa.

—Lo primero que ha confesado —siguió diciendo Shannon— es que el viejo hacía casi todas las semanas largos viajes a St. Looey, y por eso es por lo que necesitaba alguien que tuviese cuidado de la tienda durante su ausencia. También ha declarado que su amo era muy pendenciero y se peleaba con todo el mundo por todo. La tercera cosa que afirma es que el viejo fue a St. Looey anteanoche, y que debió de volver a la tienda anoche a eso de las doce.

—¿Qué objeto tenían esos viajes?

—Ésa es la cuestión: el objeto. Pero en cuanto a eso, el chico se puso terco e hizo como si no comprendiera. En vista de ello mandé que le bajaran a un calabozo. Luego, telefoneé a la oficina de agentes y les hice buscar inmediatamente en la guía telefónica de St. Looey el nombre de Mazurka. Lo encontraron. ¿Y qué dirá usted que decía la guía?

—No sé —dijo Kentland, moviendo negativamente la cabeza.

—Mazurka y Nazimov, químicos farmacéuticos y fabricantes de drogas. El hermano del viejo, socio de una firma de productos químicos en St. Looey. ¿Ve usted ya la relación?

—No, capitán, lo confieso —respondió Kentland—. Todavía estoy a oscuras.

—También lo estaba yo —reconoció el capitán a regañadientes—; pero al fin empecé a ver claro. Mandé que subieran al muchacho persa, que se desmayó y acabó por cantar de plano cuando le dije que si no hablaba le iba a quemar vivo por haber matado a su amo. Y he aquí lo que averigüé: El viejo Mazurka venía haciendo viajes semanales a la fábrica de su hermano en St. Looey, y de allí traía grandes cantidades de morfina, heroína y coca para los morfinómanos de Chicago. Tienda de antigüedades en la apariencia, Mazurka se dedicaba en ella a la venta de drogas heroicas, y con eso es con lo que ganaba el dinero.

—¿Es posible? —dijo Kentland—. Entonces, no hay duda, capitán, de que así es como amontonaba dinero. Hoy, los morfinómanos no pueden comprar drogas si no las pagan diez veces más de lo que valen.

—Así es. Supongo que ahora verá usted claramente por qué fue asesinado el viejo, ¿no es así?

—¿Asesinado por algún morfinómano, capitán?

—A eso voy —respondió Shannon—. Este Hamil Ablahat confesó que el viejo traía esas drogas heroicas de St. Looey, para vendérselas a un agente del círculo de morfinómanos de aquí, de Chicago. Indudablemente, esta casa de St. Looey, como vende al por mayor, maneja grandes cantidades de esos tres narcóticos

ajustándose a la ley; pero ello no les impide adulterar cientos de pedidos legítimos con leche en polvo o con polvo de planta híbrida, como se hacía con el «whisky» canadiense que, en tiempos pasados, entraba de contrabando adulterado con álcali verde. Ahora bien, en lugar de vender el producto a un precio normal y a los legítimos clientes de las farmacias, lo enviaban aquí y lo vendían por medio del hermano Abdul a traficantes y morfinómanos a un precio de cinco a ocho veces superior a su valor. —El capitán hizo una pausa de un segundo, y, luego, añadió—: Ahora bien, esa persona que servía de agente a los traficantes de drogas, tenía que ir anoche a la tienda, a las doce o a la una, para hacerse cargo de la partida y pagar la cantidad convenida. Muy claro, ¿verdad?

Hizo una nueva pausa, y luego, prosiguió:

—Esto, por lo que a mí respecta, aclaraba el motivo del crimen. Llegó el agente, y los dos tuvieron una acalorada discusión, motivada por el precio de las drogas, pues el viejo Mazurka exigía que se le pagara más cantidad, debido a que el peligro que ahora corría él era mayor, a causa de que, desde hace dos meses, estamos persiguiendo duramente a los traficantes en drogas, agentes, etc. Como la mercancía estaba en aquel momento bien guardada en su caja de caudales, él tenía ventaja sobre la persona que fue a verle. De todas maneras, recibió una lanza del siglo XV en su órgano cardíaco del siglo XX, y el que llevó a cabo la hazaña huyó a toda prisa.

—Jefe —comentó Kentland—, eso parece interesante; pero hay un par de hechos en este caso que su teoría no explica. ¿Qué me dice usted del cuadro con la cara recortada? Además, ¿por qué fue allí esa persona provista de un cuchillo afilado que pudiera cortar el duro lienzo?

Shannon rió tranquilamente.

—Eso se hizo para desorientar —dijo—. Fue una tentativa para poner a la Policía sobre una pista falsa. El joven Hamil confesó que a la una de la madrugada tenía que ir a la tienda una persona; la misma que iba desde hacía varias semanas. Ablahat ha visto dos

veces a esa persona tratando con su patrono, y ya nos ha dado sus señas personales. Y así sabemos que el agente iba a ir a la tienda para llevarse su partida semanal de drogas.

—Pero la persona que fue, la misma que servía de intermediario entre el vendedor de drogas al por mayor y el círculo de sus consumidores, era también morfinómana; porque todos ellos acaban por consumir esas drogas a fuerza de manejarlas. Y cuando llegó a la tienda hay que suponer que estaba tan loco por conseguir los tóxicos como cualquiera de sus parroquianos. ¿Qué ocurrió? Mazurka se sintió avaricioso y quiso cobrarle un precio más alto. ¿Y qué hizo aquella persona? Mató a Mazurka de la manera loca que impulsa a todos los morfinómanos a hacer lo que sea para conseguir la droga.

Shannon se inclinó hacia atrás.

—Y ahí lo tiene usted, señor reportero del *Sun*. El cuchillo que sirvió para rasgar ese cuadro era una daga florentina del siglo XVIII que estaba colgada en la pared, detrás del mostrador, debajo del cual la encontró Duffy después que usted salió de allí esta mañana temprano. ¿Está todo claro ahora?

—Sí —dijo Kentland tras una pausa—; y puesto que ha encontrado usted la prueba para acusar, lo único que tiene que hacer es buscar a ese agente que fue a la tienda a la una de la madrugada. ¿No dice usted que Hamil Ablahat le ha visto dos veces y que tiene usted sus señas personales?

—De pe a pa —dijo el capitán de Policía riendo entre dientes—; pero no es un hombre, es una mujer. No es otra que Nell Hannaford, que está reclamada por las autoridades federales desde hace dos meses. Es la vendedora de drogas heroicas más hábil y la delincuente más astuta con quien ha tenido que entendérselas la Policía hasta ahora. Pero se ha caído con todo el equipo al clavar esta madrugada esa lanza en el cuerpo de Mazurka.

XIV. CAMBIO DE INSIGNIAS

Al oír estas palabras de Shannon, Kentland se enderezó en la silla. Una vez más surgió en su mente la figura joven y flexible de la muchacha del hospital. Kentland distaba mucho de estar satisfecho; al contrario, una profunda sensación de depresión invadió su alma.

Después de una pausa, levantó sus ojos hacia Shannon.

—Capitán —dijo lentamente—, hace unos minutos que le estoy engañando —engaño de poca monta, es cierto—, y temo que me ganaré una reprimenda suya, a menos que se decida a oír todo lo que tengo que decirle. En primer lugar, ya no soy redactor del *Sun*. Me despidieron esta mañana.

El jefe de Policía abrió la boca con asombro y a su rostro asomó una expresión de ira.

—¿Qué? —dijo—. ¿Por qué diablos no me lo ha dicho usted antes? Yo creí que le estaba facilitando una información nueva. Confieso que hablaba pensando en la publicidad, pues quiero que se reconozca nuestra acertada actuación en la rápida solución de este asunto. —Frunció el ceño con disgusto—. He estado perdiendo el tiempo.

Kentland hizo una pausa de un segundo, pensando cómo tomaría Shannon lo que le quedaba por decir. Luego, volvió a hablar.

—Capitán, voy a hacerle una proposición desusada. —El otro se dispuso a escuchar con atención—. Dice usted que la Sociedad Persa ha ofrecido una recompensa de 500 dólares por la detención de la persona que mató a Mazurka. También ha probado usted, en forma que no admite duda, que se trata del crimen de un

morfinómano, y por la descripción que ha hecho de la persona intermediaria que iba allí a medianoche para recoger la partida de drogas traída por Mazurka, ha determinado usted perfectamente, con ayuda de las autoridades federales, que aquella mujer era Nell Hannaford.

Shannon asintió mientras observaba al joven.

—Muy bien —siguió diciendo Kentland—, puede que su solución respecto al caso sea la verdadera, y el 90 por 100 de mi sentido común me dice que lo es. Por otra parte, existe siempre la probabilidad de que algún otro elemento, quizá algún otro individuo, pudiera estar mezclado en el asunto. Siempre existe esa probabilidad, como usted sabe, capitán. —Hizo una pausa mientras el policía se empapaba de lo que el otro había dicho—. Como le decía, esta mañana tuve una discusión cuya consecuencia fue quedarme sin el empleo que tenía en el *Sun*. Por tanto, he aquí mi proposición: Nómbreme usted agente especial de este distrito 36, cosa que puede hacer si quiere, y permítame que durante un día o dos trabaje en el esclarecimiento de este suceso. Tal vez… —añadió sonriendo enigmáticamente—… yo podría encaminarles hacia Nell Hannaford antes que la cojan las autoridades federales. No sería eso un mal golpe para la estación del distrito 36, ¿no es verdad?

—¡Qué disparate! —exclamó Shannon, meciéndose en su sillón—. ¿Cómo podría usted saber…? —La enigmática sonrisa de Kentland no había desaparecido aún de su semblante. El jefe de Policía examinó detenidamente la cara del joven que tenía delante, para lo cual entornó los ojos hasta no dejar más que una ranura—. Diga —exclamó—, usted sabe algo, amigo mío, ¿no es así?

Kentland no hizo el menor movimiento de cabeza para afirmar o negar lo que el otro había dicho.

—¿Qué le hace a usted pensar así, capitán? —contestó—. Tal vez necesite la mitad de esa recompensa de 500 dólares, ahora que me he quedado sin trabajo. Ésa es la costumbre, ¿no? La mitad del premio corresponde a la persona que facilita la detención, y la otra mitad a la estación de Policía que la lleva a efecto.

Shannon, pensativo, se mordió durante un segundo el labio inferior.

—Amigo mío —dijo finalmente—, yo no soy ningún tonto. Me parece que usted sabe algo. Si es así, si tiene poder bastante y exclusivo para coger a esta Nell Hannaford, mi mayor deseo es ayudarle a usted en la forma que dice, aunque no fuese más que por favorecer a la antigua estación de Hudson Avenue. Pero si no tiene usted ese poder, permítame que le diga que le va a ser tan difícil echar mano a Nell Hannaford contra la tendida red de las autoridades federales, como hacer bolas de nieve en el infierno. —Se inclinó un poco más hacia Kentland—. Vamos a ver, amigo mío, ¿es que ha averiguado usted algo del fondo de la cuestión?

—¿Qué más da, capitán? —respondió Kentland con cierto fastidio—. Si yo pudiera llevarle a usted a Nell Hannaford, usted conseguiría para la estación de Hudson Avenue tanto como si la detención la llevase a cabo cualquiera de sus agentes normales, y, por lo que usted acaba de decir, tienen gran probabilidad de hacerlo. Por otra parte, si los agentes federales la cogen, o la cercan, o dan con el rastro que les haga averiguar su paradero, usted lo pierde todo. ¿No está esto bien claro?

Shannon giró en su sillón.

—Amigo mío, no me importa decirle a usted que sólo en la Dirección del Cuerpo pueden nombrar agente especial a un ex reportero o a otro individuo cualquiera. Pero hay algo en sus ojos que revela que usted ve la oportunidad de hacer un buen negocio. Usted fue el primero, con ese cabeza dura de Duffy, en llegar anoche al lugar del crimen, y, por todo lo que sé, él debía de estar medio dormido mientras usted se hacía cargo de la situación. —Tiró de un cajón de su mesa, rebuscó en él y retiró luego la mano, cuyos dedos sostenían una pequeña placa plateada que decía: «ESTACIÓN DE HUDSON AVENUE. ESPECIAL». La dejó sobre el borde de su mesa, y luego, se volvió y estuvo mirando por la ventana durante unos treinta segundos. Kentland advirtió lo que aquel movimiento significaba, y se apresuró a coger la placa y a guardársela en el bolsillo. Shannon se

volvió de nuevo, y su rostro no hizo el menor gesto revelador de que hubiese advertido la desaparición de la placa—. Recuerde, amigo mío, que es el capitán Shannon quien tiene que proceder a cualquier detención que usted necesite llevar a cabo. Ahora, dígame, ¿qué va usted a hacer? ¿Dónde está la muchacha?

Kentland se levantó inmediatamente.

—Mil gracias, capitán. Si alguna vez necesita un ser humano por la mitad de esos 500 dólares, ese hombre soy yo. En cuanto a dónde está esa joven, creo que eso debemos dejarlo para más adelante. De todas maneras, yo nunca me olvido de mis amigos policías. Es probable que vuelva usted a saber de mí antes que termine el día. Lo primero que voy a hacer es lanzarme a la calle, y luego… ¿quién sabe?

—Buena suerte —dijo el otro, esperanzado—. Si tropezara usted con Tonino o con O'Rourke, mis agentes de policía secreta, no les diga nada de lo que media entre nosotros dos. Se molestarían. —Se puso en pie—. Y si hace usted algo telefonéeme aquí hasta las seis, y después, a mi casa. Mi nombre está en la guía de teléfonos.

Kentland salió a la calle, pensando en los nuevos datos que ahora tenía. Al salir de la estación de Policía resolvió volver en primer término a la tienda de Crilly Court para dar en ella un vistazo; pero, luego, pensó que no admitía espera, pues después de haber pasado aquella mañana por allí diez o quince «detectives» y reporteros no era probable que quedara nada digno de verse. En todo caso, podía ir más tarde.

Decidió, pues, ir al Hospital Augustana para examinar la pulsera que ostentaba el nombre de Ricardin. La cosa le conturbaba enormemente. Mientras se dirigía a la parte norte, a fin de entrar en Cleveland Avenue, se devanaba los sesos por reconstruir la identidad del capitán Ricardin, cuyo recuerdo nebuloso parecía estar diluido en su cerebro; pero no pudo lograr mejor éxito que antes.

Siguiendo por la Hudson Avenue, su pensamiento volvió a la joven de ojos castaños. Aquellos ojos, mientras le miraban a la cara aquella mañana, parecían contener, en cierto modo, en sus líquidas

profundidades, algo que le conmovió hondamente. Hacía algunos años que Kentland había concebido en su mente el retrato de la mujer con quien había de casarse algún día; la mujer de sus sueños, como él se complacía en llamarla. Tenía esos mismos ojos castaños, grandes y llenos de ternura.

Entró en el hospital, dio su nombre, y le invitaron a que se dirigiera a una de las enfermeras, a la cual relató el accidente de la noche anterior.

—Siento mucho —dijo al terminar— que esa joven se marchara antes de poder expresarle mi sentimiento por el desdichado accidente. Tal vez el nombre grabado en la pulsera fuese un indicio para saber quién es. ¿Podría verla?

—Sí, señor. —La enfermera se dirigió al final del pasillo y abrió con una llave un armario empotrado en la pared, de donde sacó dos objetos, uno de los cuales reflejaba con destellos de oro el sol de la mañana. Llevó los dos objetos a la mesa junto a la cual esperaba Kentland. Éste vio al momento que uno de ellos era la pulsera, y el otro, un sujetador para el pelo—. Siéntese aquí, si quiere —dijo la enfermera cordialmente—, y mírelos con calma. Yo tengo que ir un momento a ver a un enfermo.

Desapareció por el pasillo. Kentland se sentó en el sillón giratorio de la enfermera; pero no tocó la pulsera. Se puso a mirar el pasador del cabello, una obra de joyería de adorno. Aun cuando estaba tachonado de cristales baratos de vidrio coloreado, era una cosa extraña por cuanto daba idea de un pavo real, si es que no era una imagen completa de ese animal. Es decir, la parte exterior del amplio pasador representaba la cabeza de un pavo real, y luego, se ensanchaba más allá del punto en que estaba unida la aguja, en forma de abanico semejante a la maravillosa cola extendida del ave. Pero la tan complicada cola no le interesaba tanto como la cabeza, cuyo diseño le fascinó enteramente. ¡Por la sencilla razón de que faltaba el ojo del pavo real!

Se llevó automáticamente la mano al bolsillo del chaleco, y sacó de él la imitación de piedra roja que había encontrado aquella

mañana temprano en el suelo de la tienda de Crilly Court, a menos de diez pies del hombre muerto. La encajó cuidadosamente en la abertura de concha que comprendía el engarce del ojo de pavo real. Se adaptaba perfectamente, completando el pájaro.

Kentland rió tristemente. No había ya la menor duda de que la poseedora de aquellos ojos castaños era la que había estado esa noche en la tienda de Crilly Court. En otras palabras: parecía cierto que la persona que había sido atropellada por su «taxi» era la propia Nell Hannaford.

XV. EN LA SUPERFICIE INTERIOR

Lentamente, Kentland retiró la piedra roja y la volvió a meter en el bolsillo. Su posesión, y lo sabía muy bien por la larga experiencia que había adquirido de la aplicación de las leyes penales, sería prueba suficiente ante el tribunal para declarar culpable a cualquier hombre o mujer cuyos motivos fueran bastantes para hacerles cometer un asesinato. Luego, su atención se concentró en la pulsera.

Era una pulsera usada y muy delgada, que le hizo recordar en cierto modo a la propia joven. En la parte exterior podían verse unas cuantas figuras labradas: una cabeza de león y un rostro de mujer, con las trenzas extendidas rodeando todo el circulito. El examen de la parte de dentro le mostró trazos de letras que existieron allí alguna vez, grabadas todo alrededor de la superficie lisa interior del aro; pero estaban tan desgastadas por el largo y continuo roce con la muñeca, que todo lo que quedaba ahora eran estas letras:

—NNE RICARDIN

Alzó la vista de repente. La enfermera había vuelto y estaba mirándole con curiosidad.

—¿Ha encontrado usted algo? —le preguntó.

Sin contestarle, el joven abrió una guía de teléfonos y buscó la R, en la parte comprendida entre los Rie y los Ricar; pero allí no figuraba el nombre de Ricardin. Movió la cabeza y alzó la vista hacia la enfermera.

—¿Recordaría usted —preguntó él con calma— que faltaba una piedra que formaba el ojo del pavo real? Tengo mis razones para hacer esta pregunta. ¿Podría usted declarar eso bajo juramento?

A la cara de la enfermera asomó una expresión de aturdimiento.

—¡Declarar bajo juramento! —exclamó—. ¡Cómo, usted no…! —Hizo una pausa y, luego, sonrió—. Soy mujer —dijo—, y me gustan las cosas bonitas. Confieso que examiné ese recogeabuelos —que es el nombre que corresponde a estos pasadores del pelo— muy detenidamente después que la joven se marchó con tanta precipitación, dejándose olvidados los objetos de su pertenencia que le recogimos anoche. Sí, en efecto, faltaba un ojo del pavo real. Me fijé en seguida. Pero, ¿puedo preguntarle por qué…?

Kentland miró a lo lejos por la ventana del hospital.

—Fue una razón particular lo que me movió a preguntarlo; no hay más —dijo, levantándose—. Muchas gracias por su información. Me permito indicarle que guarde usted muy bien estos objetos, aunque me inclino a creer que su dueña no vendrá nunca a buscarlos.

Dejó a la enfermera con los ojos muy abiertos y tomó el ascensor para bajar. Ya en la acera, sin embargo, a cierta distancia del hospital, varias cosas le impresionaron muy profundamente. Tenía un indicio más: aquel pasador del cabello o recogeabuelos, como lo llamaba la enfermera, con el cual no había contado cuando pidió a Shannon que le nombrara policía especial de la estación de la Hudson Avenue. Una abrazadera para el pelo era en sí un objeto más bien común, indescriptible; pero ya se estaba formando en su mente el modo de hacer uso de este nuevo indicio, y ya podía ver asimismo que iba a necesitar mucho tiempo y un gran esfuerzo para seguirlo de la manera que se había trazado él mismo, y con el riesgo de que no condujese al menor descubrimiento.

Desechó por el momento la idea, y se le ocurrió telefonear a Shannon para preguntarle si podría averiguar cautamente algo acerca de este doctor Watling que, o tenía amistades femeninas o enfermas que correteaban por las calles de Chicago a las tres de la madrugada, llevando su nombre dentro del bolso, y propietarios de

periódicos que, a la misma hora, iban a visitarle en sus autos particulares.

Pero pronto pensó que el indicio Watling era demasiado sólido para correr el riesgo de dárselo a Shannon, pues éste se apresuraría, sin duda, a seguir cualquier pista que llegase a sus oídos, antes de confesar algún día en lo futuro, que el crimen de Mazurka fue aclarado en realidad por una persona de fuera que trabajaba temporalmente para la estación de Hudson Avenue.

Ya no le cabía la menor duda de que Nell Hannaford había matado a Mazurka en la forma y por el motivo señalados por Shannon en su despacho, y de que la misma joven había despertado después del crimen en el hospital Augustana. Todos los hechos del caso se relacionaban con diabólica exactitud. Lo único que quedaba por hacer ahora era manejar los escasos indicios que había, a fin de conducir a la Policía al paradero de la mujer, o dirigirla a alguien que la conociese y a quien pudiera obligársele a decir quién era ella. Pero esto era más fácil decirlo que hacerlo.

Sin embargo, había un punto extraño que no cuadraba en la teoría de Shannon. El capitán había manifestado que el corte hecho en la grotesca cara del cuadro era sólo una tentativa para despistar a la Policía. Pero, ¿qué se había hecho de la cara cortada del cuadro? La Policía reconocía que no se había encontrado el trozo de lienzo. Admitiendo que Nell Hannaford hubiese hecho el corte, se habría llevado indudablemente el trozo al huir del lugar del suceso. ¿Qué había hecho con él? Además, ¿qué había ocurrido durante la hora que medio entre el momento de enviar el aviso al *Sun* y el de ser atropellada la joven por el «taxi»? ¿Había permanecido ella en aquellos alrededores, dando vueltas a su cabeza en busca de algún plan que le permitiese volver y robar al muerto la preciosa consignación de drogas que tenía en su poder?

La cosa se embrollaba más cuanto más la estudiaba, y Kentland se detuvo de pronto y trató de reunir los desparramados hilos en algo que se pareciese a un arreglo ordenado.

Conforme había concretado, los puntos que no casaban en la teoría de Shannon eran: Primero, ¿qué pudo ocurrir durante el bache de una hora o más transcurrido? Segundo, ¿qué había sido del pedazo de lienzo que contenía la cara?

Independientemente de si la teoría de Shannon era falsa, exacta, o sólo parcialmente exacta, había aún otros puntos de confusión además de los anteriores. ¿Cómo ocurrió que se saliera una piedra de un engarce firme, justamente en el lugar del crimen? ¿Quién era el doctor Steven Watling, cuyo nombre figuraba en un trozo de papel que se encontraba en el bolso de la joven de ojos castaños? ¿Por qué había mentido Fornhoff diciendo que iba a Cincinnati, y por qué, además, salía de la casa de Watling a las 4 y 20 de la madrugada? ¿Quién era el Ricardin cuyo nombre estaba grabado en la pulsera de la muchacha? ¿Quién había enviado el aviso al *Sun*?

Repasando rápidamente los posibles indicios que pudieran servir para indagaciones provechosas, encontró que eran muy pocos. Había un pasador del cabello, en forma de pavo real, al que se adaptaba la piedra roja que guardaba en el bolsillo del chaleco. Había un trozo de papel que tenía escrito el nombre del doctor Steven Watling, y esta persona vivía realmente en South Halsted Street. Había también una carta con faltas gramaticales, escrita a máquina, en la que se comunicaba que había una información que recoger en Crilly Court. Había la posibilidad de que una nueva ojeada a la tienda de que era propietario el persa muerto revelase algún punto aclaratorio. Y había una pulsera rara, de oro, que ostentaba el nombre de Ricardin.

De nuevo asaltó a Kentland el pensamiento de un Capitán Ricardin. Repitió las dos palabras una y otra vez; no cabía la menor duda de que las dos unidas le sonaban a algo familiar. Le recordaban algo o a alguien que guardaba relación con asuntos militares extranjeros.

Se paró de repente al ocurrírsele una idea. Había en Chicago un individuo que podría decirle algo acerca de cuestiones y personajes de importancia militar en el extranjero, especialmente de aquellos

asuntos que tenían interés periodístico americano, y era indudable que el caso lo había tenido. Esa persona era Jeffrich, el colaborador militar independiente y casual del *Sun*.

Kentland buscó inmediatamente un teléfono, llamó a Johnson a la redacción del *Sun* y consiguió las señas de Jeffrich. Un cuarto de hora después se apeaba de un tranvía y subía las escaleras de una casa ruinosa, de mal aspecto, en West División Street, no lejos de LaSalle Avenue. En la fachada, la pintura de los ladrillos se descascarillaba y formaba como grandes costras rojas, los escalones de la puerta de la calle se hundían por un lado, y un cartel grasiento en una ventana anunciaba que se alquilaban cuartos baratos con pensión.

En respuesta a su pregunta le indicaron que subiera por la escalera interior hasta el último piso y llamara en la alcoba del descansillo de la parte de atrás. Kentland emprendió la ascensión, pasando de camino frente a numerosas habitaciones de las cuales salía un olor a frito de tocino y de estufas de gasolina, junto con gritos de enojo de niños irascibles. Al llegar a la parte trasera del último piso, llamó con los nudillos.

XVI. «A UNA DISTANCIA DE 5.000 MILLAS»

El propio Jeffrich respondió a su llamada. Su delgada figura apareció en la puerta, envuelta, como en un sudario, en un largo y roto albornoz gris, y con un cigarrillo entre los dientes. Durante un momento se quedó mirando algo desconcertado a Kentland; pero, de repente, se rehízo y se apartó a un lado.

—¡Bienvenido, mi buen amigo, a mi… palacio! —Indicó con la mano el interior del cuarto y el tono burlón de su voz parecía más pronunciado que nunca—. Pase usted. ¿Qué se le ofrece? No se fije en el aspecto de las cosas; en cuanto pueda convencer a Herr Fornhoff para que pague algo más los mejores artículos militares que hoy se publican, tal vez pueda invitarle a usted a que me visite en un alojamiento mejor. Pero ¿a qué se debe el honor, el alto honor, de su visita?

Kentland se dejó caer, un tanto receloso, en una silla recta de madera que había junto a la pared, y mientras el otro cerraba la puerta, él miró en torno suyo. El interior de la habitación no era muy distinto del aspecto que presentaba la casa por fuera. Un desvencijado lecho de hierro, cubierto con una colcha grasienta y rota, ocupaba un ángulo del cuarto. En otro había una silla de madera. En otro, una mecedora llena de periódicos viejos. A los pies de la cama se veían una estufa de gasolina de dos mecheros puesta sobre una pequeña tarima cubierta de hule, y un armario lleno de vajilla, encima del cual pendía de la pared una sartén de estaño. El espacio abierto cercano a la ventana estaba ocupado por una mesa pequeña que soportaba cierto número de botellas de tinta para

estilográficas y varias plumas de esta clase estropeadas, algunas de ellas hasta sin caperuza. En un estante que había debajo de la mesa se apilaban libros de todos los tamaños y formas; pero en muy mal estado, y comprados, evidentemente, en librerías de viejo. La mirada de Kentland se fijó también en una botella de «whisky» que asomaba entre dos de los volúmenes, y que aún conservaba el papel de la tienda; pero roto por la parte del cuello.

La pared de enfrente, sin embargo, era la cosa más sorprendente de la habitación. Clavados en ella con alfileres había cientos de recortes, uno encima del otro, de artículos militares, junto con un enorme mapa del este de China, incluyendo Jehol, que tenía clavados varios cientos de alfileres de cabeza de cristal de diversas tonalidades, y cierto número de cordones de colores, irregularmente colocados y sostenidos en posición rígida con chinches; cordones que representaban, sin duda alguna, la posición de las diferentes líneas de combate en el Lejano Oriente.

Jeffrich se desplomó sobre el borde de la cama y arrojó su cigarrillo.

—Bien —preguntó—. ¿A qué se debe el honor de esta visita?

—Jeffrich —empezó a decir Kentland, fijando los ojos en el otro—. Vengo a verle a usted con una pretensión extraña. Quiero que me ilustre en cosas militares.

—Eso es fácil —respondió el otro—. Mi vasto conocimiento de la táctica y de la estrategia, adquirido con la lectura de incontables libros y con el estudio de numerosas campañas, está a su disposición.

Kentland sonrió. La observación era característica de aquel hombre, pues aunque parecía altisonante, encerraba invariablemente la nota sarcástica que solía acompañar al lenguaje de Jeffrich. Pero Kentland insistió en lo que quería preguntar.

—No he venido, Jeffrich —dijo—, a averiguar nada que guarde relación con la táctica o la estrategia, sino algo que se refiere a personas. Quiero que me diga usted quién demonios fue el capitán

Ricardin, hombre que en otro tiempo produjo gran revuelo en los círculos periodísticos.

Jeffrich hizo una pausa mientras liaba un cigarrillo.

—¿El capitán Ricardin? —repitió—. ¡Y hace cinco años que es usted periodista! ¿Y viene usted a mí, al viejo Jeffrich, digno técnico militar, para averiguar algo que está dentro de la profesión de usted? —Hizo otra pausa mientras seguía sosteniendo entre sus dedos el pitillo a medio liar—. Dígame, Kentland, ¿adónde quiere usted ir a parar, metiéndose en los asuntos de un conocido francés, ya fallecido? ¿Se va usted a dedicar a escribir artículos militares? —Rió sin alegría—. ¿No tratará usted de quitarme el puesto?

—No, nada de eso. Es una información de buena fe lo que necesito, y de todas las personas que yo pudiera recordar era usted la única capaz de facilitármela. Usted lo sabe, ¿no? Conque, dígame, ¿quién fue el capitán Ricardin?

—Puedo aclararle a usted ese punto —dijo el otro con agrado—; pero me intriga ese interés suyo por un muerto. ¿Puede usted decírmelo?

Kentland, «deseando conseguir sin dilación lo que buscaba» contó sucintamente cómo aquella madrugada había atropellado a una joven, que ésta había sido conducida a un hospital del cual salió poco después sin decir quién era, y que su extraña pulsera tenía grabadas las letras «… nne Ricardin». Luego, describió el raro y cosquilleante efecto que estas palabras habían producido en su mente.

Jeffrich acabó de liar el cigarrillo.

—Bien —dijo, a la vez que humedecía el borde del papel con los labios—; aquello fue una cosa algo extraña. ¿De modo que la palabra Ricardin grabada en la pulsera le trajo a usted cierto recuerdo del escándalo de aquel viejo Ricardin? Me parece, sin embargo, que los dos Ricardin no guardan la menor relación entre sí, pues el único capitán Ricardin que figuró en los periódicos americanos estuvo envuelto en algo que ocurrió a unas cinco mil millas de la pequeña y antigua ciudad de Chicago.

Se recostó sobre los hierros de los pies de la cama.

—Ciertamente, puedo decirle algo del caso —empezó a decir—. Es más, puedo ponerle a usted en relación con cierto pájaro —un antiguo militar por azar, que perdió un brazo en Montedier en 1918— que frecuenta la casa de Joe Roussell, en South State Street, aquí en Chicago, adonde va para tomar los clásicos macarrones y el vino tinto, y que conocía al capitán Ricardin, pues estuvo con él en Londres poco antes que falleciera en aquella ciudad. Este individuo… —se me ha olvidado su nombre, pero es una cosa así como Blackwell o Blackmoor— me dijo que había estado con Ricardin en Londres. Pero, tal vez, lo que yo pueda decirle sea todo lo que usted necesita saber, y en ese caso no tendrá usted que ir a casa de Roussell durante siete u ocho noches, a hartarse de macarrones y de vino tinto hasta que aparezca por allí el ex amigo de Ricardin, y aun entonces tendría usted que chillar hasta ponerse ronco, pues los cañonazos de Montedier le dejaron sordo como una tapia.

Jeffrich hizo una pausa.

—El capitán Ricardin fue hace algunos años la figura central de un escándalo de gran importancia en el Ejército francés. Su nombre completo, según recuerdo era…, era…. —Golpeó el suelo con impaciencia y se pasó los dedos por entre un mechón de pelo—; el nombre… espere usted. Dreyfus, el del caso Dreyfus, fue Alfredo Dreyfus, ¿no? Y el de este hombre… ¡ah, sí!, Etienne. El capitán Etienne Ricardin. —Hizo otra pausa—. ¿Por dónde iba?

—Decía usted que él fue la figura central de un gran escándalo —contestó Kentland.

—Sí. La venta del secreto para hacer funcionar las cámaras de explosión instaladas para la defensa de París.

Jeffrich sacó otro cigarrillo.

—Como usted sabe, amigo, Francia está hoy preparada contra cualquier invasión de tropas que vayan sobre París, como ya intentaron los alemanes hace muchos, muchos años durante la gran guerra, cuando usted estaba todavía en pañales. Puede contener a sus enemigos —sean alemanes o italianos— en el aire; pero si avanzan por carretera ¡ya es harina de otro costal! No es un secreto,

sobre todo después del proceso Ricardin —que aunque celebrado a puerta cerrada, trascendió a los periodistas, y se publicó en la primera pagina de los periódicos de todo el mundo—, que Francia tiene minados, día y noche y en todo momento, todos los caminos que conducen a París, y nada menos que en tres sitios, cada uno de los cuales puede volarse hecho pedazos hasta el cielo, separadamente o todos a la vez, de suerte que un ejército de invasión procedente de Alemania, Bélgica, Italia o España, no encontraría otra cosa en su ataque que un gigantesco cráter que impediría el avance de su artillería, caballos, tanques y hombres. Lo mismo puede decirse de las líneas férreas que salen de París en dirección a esos cuatro países. —Jeffrich hizo una nueva pausa—. Estos lugares que están minados pueden volarse, según tengo entendido, desde ciertos puntos llamados «cámaras de explosión». Son enormes, están metidas en cajas de acero que contienen palancas automáticas y están enterradas muy profundamente y unidas con líneas eléctricas independientes, así como con otras líneas que salen de París. Estas cámaras de explosión están dispuestas en forma que dominan cierto número de lugares de explosión que se hallan en un área dada. Nadie sabe donde están enterradas, por la sencilla razón de que cuando las sepultaron bajo tierra, las verdaderas fueron instaladas más o menos subrepticiamente, mientras que centenares de otras simuladas fueron enterradas y conectadas a su vez con falsas líneas y falsos circuitos eléctricos, de manera que la verdadera red de toda esta maraña es imposible de encontrar. De todos modos, las verdaderas cámaras están conectadas con las oficinas del Estado Mayor de París por no menos de tres circuitos independientes el uno del otro. Se necesitan una serie de impulsos de punto y menos para dirigir la operación, y los conmutadores para ello están en un cuadro encerrado en una cueva blindada del Estado Mayor, cuyas tres llaves están en poder de tres altos jefes militares del Ministerio de la Guerra. En caso de peligro, como es lógico, se pueden saltar las cerraduras.

—Sin embargo —siguió diciendo Jeffrich—, estas cámaras de explosión, enterradas hoy Dios sabe dónde, son, naturalmente, los verdaderos núcleos de toda la defensa. Si Alemania o Italia planearan una marcha por tierra sobre París, a fin de paralizar Francia entera, y, de paso, apoderarse de todo ese oro fino que se halla en las cuevas blindadas que hay debajo del Sena, y si tuvieran unos cincuenta espías en Francia y pudiesen localizar exactamente estas cámaras, las podrían desenterrar en una hora y serrar los cables de conexión, o, mejor aún, podrían volar las cámaras y aislar sus conexiones eléctricas de las que parten de éstas, con lo cual quedaría inutilizado todo el sistema. En resumen, todo este sistema tan magnífico sería cosa muerta para el Estado Mayor. No podrían volarse las carreteras, que quedarían incólumes.

Jeffrich hizo una pausa de un segundo y, luego, prosiguió:

—Bien; Ricardin, como digo, fue en la Gran Guerra un técnico en estrategia. Después de terminar el conflicto le destinaron al Departamento de Defensa Interior, donde, según se dijo, pudo llegar a ver los diagramas que mostraban la red de cables y la situación, detalladamente explicada, de estas cámaras de explosión enterradas en varios bosques y campos de los alrededores de París, y hasta debajo de algunas carreteras.

Llegaron al fin noticias a París de que uno de esos diagramas se conocía en Alemania, donde se estaba ya al tanto del emplazamiento de una de las cámaras de explosión, que estaba en el ángulo sureste de una granja no cultivada, de la que era propietario un individuo que no residía allí, y se llamaba Degin, o Degon, o Degan, o algo por el estilo. Ricardin fue detenido, y los detalles de su arresto se publicaron en los periódicos de todo el mundo; pero usted debía de ser entonces un chiquillo, sin otra preocupación que la de comer pan con mantequilla. En aquel escándalo salieron a relucir toda clase de cosas; pero, de todas maneras, los viejos generales que componían el tribunal militar que juzgó a Ricardin no pudieron conseguir prueba suficiente para llevarle al paredón y fusilarle. ¿Sigue usted sin recordar, joven?

—Pues, mire usted, Jeffrich —dijo Kentland—, ahora que me entera usted de los hechos principales, sí recuerdo el proceso Ricardin; pero sólo parcialmente, porque en la época que esto ocurrió yo estaba en un hospital de Omaha, convaleciente de una operación de apéndice, y las noticias del mundo llegaban a mí de una manera imprecisa, especialmente durante la primera semana después de haberme rajado los médicos. Sin embargo, recuerdo ahora el caso; al menos, el final. La Oficina francesa de información le quitó importancia, ¿verdad? Como ocurrió con el caso Dreyfus, que me contó mi padre.

Jeffrich asintió con un movimiento de cabeza.

—Los dos casos —dijo— fueron muy semejantes. Se suprimió mucho más que lo que salió al mundo exterior. Pero se sabe una cosa. Expulsaron a Ricardin del ejército y le dieron veinticuatro horas para salir de Francia. Un año después, un espía alemán capturado en París facilitó suficiente información para confirmar, en apariencia al menos, que Ricardin había sacado una copia de todo aquel mapa de las cámaras de explosión y lo había vendido por unos dos millones y medio de francos —que, después de todo, no son más que cien mil dólares— a un agente de Alemania, país que no ha renunciado a emprender algún día una agresión militar. Me parece que el mapa se vendió a un precio muy módico. —Jeffrich hizo una pausa—. Bien, ¿está contestada su pregunta?

—Más que contestada —afirmó Kentland—. ¿Y dice usted que Ricardin murió después?

—Sí, en Londres. —Jeffrich estuvo un segundo dando chupadas a su cigarro—. Jugador empedernido, según me han dicho, Ricardin cambió seguramente sus francos por un pequeño número de libras inglesas, pues este individuo manco de quien le he hablado, y al cual podrá usted ver si tiene la paciencia de ir por casa de Joe Roussell durante unas cuantas noches, dijo que cuando Ricardin murió vivía con lujo en una mansión, al otro lado de Hyde Park, con media docena de criados.

—¿Cómo entró este inglés manco en relación con Ricardin?

—Según cuenta él —respondió Jeffrich— escribió contestando a un anuncio del *London Times* en el que se solicitaba un profesor de ajedrez. Y cuando se le citó para una entrevista, el anunciante, que era el propio Ricardin, le declaró francamente quién era, y le dijo que lo que necesitaba no era un profesor de ajedrez, sino un jugador de primera fila para que jugara con él. El inglés me ha dicho que Ricardin tenía un juego de piezas de oro macizo, labradas a mano, sumamente pesadas, y un mayordomo para colocárselas en el tablero. Y pagaba al inglés una libra esterlina por cada partida que jugaban, pues el manco asegura que es un buen jugador.

Jeffrich dio nuevas chupadas a su cigarrillo.

—La razón de estar yo particularmente interesado en el caso Ricardin, lo bastante, al menos, para recordar sus principales detalles, era a causa de que concordaba con mi teoría de que la infantería es la que decidirá siempre las cuestiones militares. Todos los ataques aéreos pueden contrarrestarse con defensas aéreas. Los llamados técnicos predijeron muchas cosas respecto a los ataques aéreos en la primera campaña manchuriana que hizo el Japón en 3933, y, sin embargo, tuvo que emplear la infantería, ¿comprende usted? Y entonces se me ocurrió que estas cámaras de explosión eran en realidad la llave de París. Aunque tengo que reconocer que siempre he considerado a Italia como una mayor amenaza en potencia para Francia que Alemania, pues a ésta se le cortaron mucho las uñas en Versalles. —Jeffrich lanzó unas bocanadas de humo que subieron al techo—. Y esto es todo lo que yo puedo decirle personalmente de Ricardin. Se le perdió de vista durante un año después de su proceso, y luego, apareció en los periódicos una pequeña noticia dando cuenta de su fallecimiento en Londres. No volví a saber nada más durante varios años, hasta que, como digo, recientemente me encontré una noche en casa de Joe Russell con este inglés manco, que fue soldado por azar. Tuve que gritarle mucho al oído a causa de su sordera, si bien es verdad que el vino tinto tenía a todo el mundo en tal estado de embriaguez que allí no había quien no gritase. La conversación giró sobre la famosa

defensa de París con «taxis» de Joffre; luego se pasó al moderno minado de las carreteras francesas, y, por último, hablamos de Ricardin, y el inglés me dijo cómo había hablado con él más de veinte veces, poco antes que muriese en su residencia del otro lado de Hyde Park.

Kentland se reclinó en su silla.

—Bien, eso aclara las cosas en cuanto a mí atañe. Como me ha dado usted una información completa sobre Ricardin, no conseguiré más yendo a casa de Roussell —creo que la conozco— a esperar que aparezca por allí ese inglés. Lo único que él podría decirme es cuál era su estado de ánimo acerca de todo eso, antes de morir; lo cual no me importa personalmente gran cosa, porque no creo, después de todo, que exista mucha relación entre Ricardin y la pulsera de la joven que dejé en el hospital.

—No creo —dijo el otro—. Pero ¿qué ocurre, Kentland? —preguntó con repentina viveza—. ¿Se ha enamorado usted? ¿Es ésa la razón que le impulsa a querer relacionar pulseras con ex capitanes fallecidos de otra nación? ¡Pardiez, creo que usted se ha enamorado!

Kentland rió, un poco displicente.

—No; pero me remordía la conciencia y hubiera querido expresar a esa joven mi sentimiento…, y otras cosas. —Se levantó—. Bueno, Jeffrich, muy agradecido por sus informes y el tiempo que le he hecho perder. Ese nombre me estaba causando tal desazón, que me hubiera vuelto loco si dejo pasar una hora más sin saber quién era la persona cuyo recuerdo bullía en mi cabeza. Mil gracias.

—De nada —dijo el articulista independiente—. Arrojó el cigarrillo y dirigió una mirada disimulada y anhelante al frasco de «whisky» que sobresalía por entre los libros, debajo de la mesa de escribir. Por muy rápida que fue, Kentland lo advirtió y se apresuró a despedirse y salir a la calle.

Después de separarse, el otro le siguió con la vista mientras bajaba los sucios escalones que conducían al descansillo inferior; luego, se volvió y se sirvió una buena cantidad de «whisky» en un vaso corriente.

—Está sudando sangre este apreciable joven —comentó Jeffrich medio en voz alta—. Claro, como se le fueron dos informaciones la semana pasada, se esfuerza ahora por buscar una nueva. El viejo Fornhoff le echará cualquier día. Fue una suerte pedirle anoche prestado aquel águila de plata. Si sale del *Sun* me he ganado un dólar. Por algo creo yo que no hay mal que por bien no venga. —Se tendió en la cama cuan largo era, y se puso a fumar lentamente otro cigarrillo.

Kentland, indeciso, no sabía si ir a la tienda de Crilly Court o volverse a casa. Era evidente ahora que la pista Ricardin era falsa; que él se había confundido por la semejanza de sonido entre el nombre que figuraba en la pulsera y el escondido recuerdo que conservaba del antiguo escándalo del capitán Ricardin. En tales circunstancias no podía existir ninguna relación entre uno y otro. Y, sin embargo… Se detuvo de pronto al cruzar por su mente el nombre de Etienne, especialmente su ortografía. Los dos últimos grupos de letras consecutivas que llevaba la pulsera eran: «… nne Ricardin». Realmente, aquello parecía una coincidencia, pues las últimas tres letras del primer nombre del capitán francés juzgado por un consejo de guerra concordaban perfectamente con las tres del grupo que precedía a Ricardin en la pulsera.

Había llegado ahora al puesto de periódicos de la esquina, y su mirada reporteril fue atraída inmediatamente por un nombre conocido que se destacaba en uno de los títulos de un periódico del mediodía. Decía así:

EL DOCTOR WATLING HUYE DE LA JUSTICIA

El doctor Stephen Watling, médico establecido en Halsted Street, acusado por el Gran Jurado Federal de violación de la Ley Harrison contra los narcóticos, por haber vendido drogas heroicas, huye de la ciudad para evitar su detención y procesamiento.

Burla a la Policía, dejando en la puerta de su casa una nota en la que prometía regresar a última hora de la noche.

* * * * *

¡DETENTE, LECTOR!

He aquí un reto que te lanzamos. Al llegar a este punto están presentados todos los tipos y todos los indicios. Y ahora es posible que puedas aclarar el misterio.

¿PUEDES HACERLO?

Se te ofrece la ocasión de hacer una pequeña labor policíaca por tu cuenta, la oportunidad de que pongas a prueba tus facultades deductivas. Revisa el misterio y ve si puedes aclararlo al llegar aquí.

Ten en cuenta que ésta es una proposición para pasar el rato, hecha con el propósito de que la lectura de las novelas de misterio resulte más interesante. Así, pues, no sigas leyendo. Busca ahora tu solución, Luego, prosigue la lectura.

XVII. El libro registro de Mazurka

Kentland dejó caer una moneda de níquel, y cogió un ejemplar del periódico. Lo desdobló, y se dirigió al borde de la acera, donde permaneció mientras leía.

El corto artículo decía poco más que el título, compuesto en las típicas líneas llamativas que aparecen usualmente en una edición del mediodía de un periódico de la tarde. El doctor Watling, médico establecido en South Halsted Street, había sido procesado, según decía la información, a las seis de la tarde del día anterior, en vista de la declaración de tres testigos, que manifestaron ante el Gran Jurado Federal que el doctor les había vendido recetas de morfina y cocaína.

Al ir a detenerle en su casa, los policías encontraron una nota en la puerta anunciando que había salido para hacer una visita importante, y que estaría de regreso de un momento a otro. Pero al darlas nueve de la mañana llegaron a la conclusión de que alguien le avisó por teléfono y había huido. Entonces, y en virtud de un mandato de registro, entraron en la casa.

Los objetos de su propiedad: instrumentos, maletín y botiquín, habían desaparecido, y una diligencia posterior reveló que en una peluquería de la estación de Chicago y Northwestern habían afeitado la noche anterior a un hombre de sus señas. Por medio del aviso engañoso fijado en la puerta, el doctor llevaba lo menos quince horas de ventaja a las autoridades, y en el caso de que hubiese tomado un tren en la estación del ferrocarril Chicago-Northwestern, podía estar ahora en algún punto entre Chicago y St. Paul.

Kentland dobló el periódico, lo metió en un bolsillo de la americana, y se puso a pensar. Si hubiese tenido la menor duda de que la joven de ojos castaños del hospital era la notoria corredora de drogas Nell Hannaford, se habría disipado ahora totalmente, una vez conocidas las últimas revelaciones referentes al doctor Watling. El hecho de que el nombre de éste estuviese escrito en un papel perteneciente a la muchacha llevaba a la conclusión de que el médico era, sin duda, uno de sus parroquianos, y había vendido a su vez la droga a aquellos de sus clientes en quienes él implícitamente confiaba. En cuanto a aquellos que le inspirasen algún recelo, les cobraría un precio elevado por la consulta y les «daría» la receta para que se la despachasen en alguna farmacia que estuviese en combinación con él. La relación entre el doctor y la joven resultaba lógica, después de todo.

Kentland decidió hacer otra visita a la tienda de Crilly Court. En el tranvía empezó a dar vueltas a su cabeza, pensando en la relación que podía haber entre Fornhoff y Watling. ¿Era Fornhoff algún consumidor secreto de drogas, y había ido temprano aquella mañana a casa de Watling a recoger una receta para conseguir morfina o cocaína si el doctor carecía de existencias? ¿O era que éste había avisado a Fornhoff, a primera hora, que aquella noche esperaba una remesa que le llevaría un agente? En realidad, aquella actitud de desaliento de Fornhoff al ir a tomar su coche parado debajo del farol, denotaba una gran desilusión por algo. Le parecía que ésta era la única deducción que podía hacerse.

En la tienda de Crilly Court, las cosas estaban, al parecer, en la misma forma que en la oscuridad de la madrugada. El gran edificio de pisos que había al otro lado de la calle relucía, blanco y nuevo, a la clara luz del sol del mediodía, contrastando vivamente con los edificios de enfrente, más viejos y estropeados. Kentland vio, estacionado en la puerta, a un «policeman» que se apartó rápidamente al mostrarle Kentland la placa que le había dado Shannon.

En el interior, todo estaba en desorden. Todos los objetos, según vio a la primera ojeada, habían sido manoseados por incontables policías de la Hudson Avenue y de la Oficina de Policía secreta del centro de la ciudad, y por una docena de periodistas curiosos. Estaba solo en la tienda desierta, y se puso a contemplar el daño causado. La armadura estaba desparramada por todas partes; la vitrina que encerraba las mariposas, rota en el sitio donde alguien había apoyado el codo; el mostrador, muy lejos de su sitio habitual; el piso, de madera compacta encerada, echado a perder por docenas de marcas hechas con botas de gruesa suela reforzada con clavos, y manchado por el barro y la hierba de la calle.

A la vista de esto, Kentland comprendió que allí no había nada que ver ni examinar. Una ojeada al cuarto trasero que servía de vivienda a Mazurka, le reveló el mismo estado de desorden.

Un nuevo examen de la tienda propiamente dicha le permitió ver que el marco que rodeaba el extraño cuadro del lienzo del hombre de Saturno había desaparecido. Kentland preguntó al agente que estaba allí de guardia qué había sido de aquél.

—El capitán Shannon —contestó el otro— lo ha guardado bajo llave en la estación de la Hudson Avenue, para que pueda servir de prueba cuando cojan a esa Nell Hannaford que cometió el hecho.

—Ya. —Kentland se detuvo en el umbral y se volvió de nuevo. Se acercó a un pequeño escritorio, que parecía lo bastante moderno para no ser una de aquellas antigüedades en venta que atestaban el local. Unos cuantos Libros Mayores modernos, encuadernados en tela, le demostraron que sus conjeturas no eran desacertadas.

Acercó una silla y pasó la vista por el primero de los libros; pero sólo encontró asientos diarios de ventas, la denominación del artículo y el precio de venta, escritos con lápiz. Dejó aquel libro y abrió el segundo, que parecía ser una nueva parte de los registros del persa muerto.

De nuevo recorrió Kentland con la vista las partidas diarias, que parecían ser asientos de compras más que de ventas, pues en cada caso, mientras el precio estaba puesto con bastante claridad, el

resto de la transacción aparecía abreviado. Pasó hoja tras hoja. Algunos días acusaban compras en abundancia, evidentemente en subastas, pues figuraba el mismo nombre en todas las compras; otros, no había ninguna compra.

Repasó los asientos diarios hechos durante algo más de un mes antes del asesinato, y se detuvo al dar con uno que registraba la compra del mismo cuadro que había sido mutilado el día del crimen.

Había ese día dos asientos que decían así:

P. O. «El hombre de Saturno». Durri. $ 16. Leit.
P. O. «El niño y el cordero». Koskowics. $ 14,60. Leit.

Kentland estuvo mirando estos asientos durante varios segundos, hasta comprender el significado de las letras P. O. Indudablemente, querían decir «pintura al óleo». Miró a la pared, seguro de que había un cuadro que representaba un niño con un cordero.

Durri, por supuesto, era el nombre del pintor. Kentland fue a mirar la guía de teléfonos, que estaba en el mostrador, cerca del aparato, y para probar buscó los nombres agrupados bajo el epígrafe de «Subastas». Recorrió la lista de arriba abajo hasta llegar a la L, donde encontró lo que buscaba: M. Leitzinger, subastas de objetos de arte, South Wabash Avenue, número 455.

Las dos pinturas al óleo habían sido, pues, compradas a este Leitzinger. Kentland cerró de golpe la guía y se preguntó si valdría la pena profundizar en la procedencia de «El hombre de Saturno». Por las revelaciones concluyentes de Shannon parecía más bien que se perdería un tiempo y una energía preciosos en seguir los pasos del cuadro; pero, era una pista posible, y como ya era hora de volver a su casa para lavarse, comer algo, leer el correo y descansar un poco, decidió hacerlo así y, de paso, entrar en casa de Leitzinger.

En el gran establecimiento de objetos de arte, le salió al encuentro un afable dependiente.

—¿Puede usted darme —le preguntó Kentland— algunos detalles de las obras de Durri?

El dependiente sonrió.

—¡Oh, sí! Las obras de Durri se han hecho en estos últimos tiempos muy populares. Es el pintor de lo sobrenatural; uno de esos artistas rápidos que, según tengo entendido, pinta un cuadro al óleo en un día. Desgraciadamente, no tenemos más cosas suyas en este momento.

—¿Ha visto usted su cuadro «El hombre de Saturno»? —preguntó Kentland mirando al dependiente—. Se vendió aquí en pública subasta hace algún tiempo.

—Sí —contestó el otro—. Lo he visto; pero ya no estaba en la tienda cuando yo entré a trabajar con el señor Leitzinger. Ayer preguntaron por el cuadro por teléfono, y tuve que llamar al propio señor Leitzinger, precisamente en el instante en que se marchaba a Elgin, Illinois.

—Pero usted dice que lo ha visto —insistió Kentland.

—Sí. Representaba una cara extraña, con los ojos muy abiertos; inmensos ojos saltones con pupilas rojas, un par de cuernos de color castaño, moteados, y una mano verde de siete dedos, extendida hacia arriba, puesta en primer término. Lo vi en una exposición privada, en el estudio de Durri, poco después de que éste se lanzara a esta clase de arte raro.

Kentland hizo una pausa de un segundo y, luego, preguntó:

—¿Y dice usted que ayer preguntaron por el cuadro por teléfono? —Nueva pausa—. ¿Leyó usted el *Sun* de esta mañana?

El dependiente miró a Kentland a la cara sin disimular su curiosidad.

—No, no lo he leído. No me gusta el *Sun*, ni tampoco su política socialista. Yo leo el *Times-Star*; pero esta mañana ni siquiera ese leí. Me levanté muy tarde. —Y añadió después de una pausa—: Pero ¿qué tiene que ver eso con el cuadro?

Kentland se apoyó en el mostrador.

—Amigo mío, necesito que mire en su registro y me diga dónde compraron ustedes esa copia de «El hombre de Saturno»; la que se

vendió después en pública subasta a un tal A. Mazurka, dueño de la tienda de Crilly Court, número 1.710.

—Oiga —dijo el otro con aspereza—, no vendrá usted de parte de Durri, ¿verdad? Si hay alguien que roba o copia sus cuadros tan populares no puede proceder contra nosotros por venderlos. Nosotros no garantizamos la autenticidad de ninguna de las pinturas al óleo que vendemos.

—Nada de eso —se apresuró a decir Kentland—. No conozco a Durri, ni le he visto en mi vida. Pero necesito saber dónde adquirieron ustedes esa copia de «El hombre de Saturno».

Se volvió la solapa de la americana y mostró su placa de policía especial de la estación de Hudson Avenue. De los labios del dependiente se escapó un prolongado silbido. Se quedó mirando, fascinado, a la placa.

—¿Por qué no me lo dijo usted en un principio? —preguntó—. Algún robo, ¿eh? —Miró hacia atrás, a un enorme archivador que parecía contener cientos de fichas ordenadas de un modo especial —. Gracias a este sistema de archivar que emplea el jefe puedo decirle a usted la procedencia de cualquier cuadro que hayamos tenido. Él está hoy en Elgin; pero puedo facilitarle a usted los datos que tenemos. ¿Dice usted que el comprador fue A. Mazurka, de Crilly Court?

Kentland asintió. El empleado se acercó al archivador y empezó a examinar las fichas.

—¡Aquí está! —exclamó después de ver unas cuantas—. Aquí está el registro de un cuadro titulado «El hombre de Saturno» que pasó de Leitzinger a este Mazurka, de Crilly Court, hace poco más de un mes.

—¿Y cuál fue la primitiva procedencia del cuadro? —preguntó Kentland—. Porque ustedes no lo adquirieron directamente de Durri, ¿verdad?

—No; se compró en una subasta de los objetos del estudio de un pintor fallecido.

—¿Y cómo se llamaba ese pintor?

—El nombre —dijo el dependiente leyendo la ficha— era señor Carl Fornhoff.

XVIII. LO QUE REVELO LA LUPA

Resultaba, pues, que Fornhoff, director y propietario del *Sun*, estaba indudablemente envuelto, de una manera oscura, en el caso Mazurka. Kentland se vio forzado a admitir esta conclusión, mientras se dirigía a su casa. ¿Quién era Carlos Fornhoff, y qué relación tenía con Augusto Fornhoff? Ésa era la cuestión que surgía ahora. ¿Era hijo, primo, sobrino, o hermano? Todo ello se iba haciendo demasiado complicado, demasiado complejo para que Kentland hallase alguna solución; pero, una vez vista la nota escrita por Leitzinger, el subastador de obras de arte, era indudable que la presencia de Fornhoff en la calle a aquella hora temprana de la mañana distaba mucho de ser una coincidencia.

¿Fue, después de todo, la muerte del comerciante persa en obras de arte, el crimen de un morfinómano? ¿O había oculto en el fondo de la cuestión algo más profundo, algo más vital? Toda una cadena de circunstancias parecía demostrar que se trataba de un crimen derivado del tráfico de drogas; pero, sin embargo, esta cadena no ataba a Fornhoff, a no ser en lo referente a su casual relación con el doctor que había huido de la ciudad.

Estaba ahora claro que el cuadro al óleo que había sido cortado, fue adquirido originariamente entre los efectos de un pintor fallecido, cuyo parentesco con Fornhoff parecía indiscutible. ¿Era ésta la verdadera coincidencia del caso, y no la relación casual de Fornhoff con el doctor de Halsted Street?

Una vez en su casa, Kentland se sentó en una mecedora, cerca de la ventana, sin tomarse siquiera la molestia de quitarse el

sombrero, y se puso a pensar en la tela de araña que se había tendido como una red que envolvía el caso Mazurka. Una tela de araña era, en efecto; pero de una malla tan engañosa y escurridiza, que cada hebra parecía estar fuera de su alcance. Sin embargo, aún le bullía en la mente un posible indicio que seguir a fin de aportar al asunto una nueva luz, aunque bien pudiera ocurrir que al final no tuviese el menor valor. Ese indicio era el extrañamente enjoyado pasador del cabello que había dejado abandonado la joven en el hospital.

Por duodécima vez en aquel día, se le ocurrió pensar en el aviso extraño llevado de madrugada a la redacción por el chico de un servicio de mensajerías, cuando los impresores estaban cerrando las planas. ¿Era posible, se pregunta, que el aviso hubiese sido enviado antes del crimen; el aviso de que en la tienda de Crilly Court se estaba desarrollando una escena completamente distinta, y que luego, al llegar él, se encontrase con algo que no era lo que el desconocido remitente había querido indicar? ¿Qué pudo ocurrir entonces en la tienda de Mazurka antes del asesinato de su dueño?

No era fácil contestar a esto. Según el relato que Shannon había hecho de la declaración del reacio dependiente, era de suponer que el persa no debió de llegar de St. Louis hasta medianoche, hora en que, probablemente, tenía que esperar a Nell Hannaford. La única explicación posible de que el aviso hubiera llegado al *Sun* antes de cometido el crimen, era que lo hubiese enviado alguien a quien Nell Hannaford confió su pendiente y provechosa transacción comercial. En ese caso, los celos comerciales eran un motivo posible; pero ¿por qué el informador había avisado a un periódico en vez de avisar a la Policía?

Kentland se acercó a su mesa, cogió la mal escrita carta y la volvió a leer:

> «Señor Director: Si quiere usté enbiar inmediatamente un redaztor a Crilly Court, 1.710, encontrará usté alguna cosa

estraordinaria que ningún otro periódico tiene. No crea que le engaño.

Un amigo del *Sun*».

Le parecía ahora, cada vez que leía la carta, que ésta le era, en cierto modo, familiar; que había visto aquella carta en otras circunstancias. Y ésta era una extraña impresión que no había sentido cuando la leyó por primera vez en la redacción del *Sun*. Pero, de repente, se le ocurrió que no era la carta misma, sino el tipo de letra lo que había ya visto. Se inclinó hacia adelante y abrió el cajón inferior de su mesa, en el cual rebuscó desatinado entre un montón de cosas que él llamaba su «chatarra». De repente, sus dedos asieron el objeto que buscaba: una potente lupa para leer. La mantuvo sobre la carta, y la acercó y alejó hasta que encontró el foco adecuado.

Inmediatamente se le aparecieron con toda claridad las peculiaridades de los tipos de la máquina con que había sido escrita la carta. De una ojeada vio que el diminuto y cerrado hueco superior de la *e*, estaba obturado por la tinta de la cinta de la máquina, lo cual daba a la letra una impresión sólidamente negra. Luego, hizo un examen detenido con la lupa, y vio que el diminuto círculo de metal que formaba la o se había partido o desgastado por arriba y por abajo por efecto del uso, y dejaba un pequeño bache blanco en el continuo aro negro.

Metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó las seis páginas escritas a máquina que Boltman le había confiado, y que aquél había martilleado con toda seguridad en aquella vieja máquina de su taller de artículos. Colocó la lupa sobre la primera página, y examinó con toda detención lo que veía. Aquí también, en este escrito, a causa de la obturación producida por la tinta de la cinta, la letra *e* ofrecía una impresión sólidamente negra en la parte de arriba. Y aquí también la letra o mostraba los sitios rotos o desgastados en los mismos puntos del círculo. Pero había, según vio Kentland, algo

más concreto todavía: un par de letras —mejor dicho, un par de dígitos— que figuraban en el número 1.710 de Crilly Court. Pasó las páginas del original de Boltman hasta que encontró la línea relativa a cómo había subido el dólar de John Jones durante el aumento en el año 2735. La colosal suma ascendía a $ 17.400.000.000. ¡Pero lo más importante era que el 17 de la suma era idéntico al 17 de Crilly Court 1.710! No sólo se tocaban por arriba el 1 y el 7 cuando los marcaban seguidos las pulsaciones digitales particulares de este mecanógrafo particular, en la que debía de ser una máquina L. C. Smith. Le faltaba al 7 un poco para la altura normal, y al 1 le faltaba la mitad derecha de la línea horizontal de la base. Con los dos escritos uno junto a otro, Kentland ni siquiera tenía necesidad de la lupa para comprobar, con toda evidencia, que ambos habían sido escritos en la misma máquina —un «cacharro» viejo y desvencijado, que escribía tan claramente mal que dejaba en el papel su sello inconfundible.

Kentland se puso en pie de un salto al darse cuenta del significado de lo que había descubierto. ¡Boltman, a quien se suponía enfermo en su casa la noche anterior, era el hombre que había enviado el aviso al *Sun*!

XIX. Una batalla sin palabras

¿Era Boltman el hombre que había arrojado la lanza que acabó con la vida del persa? Ésta fue la primera pregunta que le asaltó a Kentland con una fuerza aplastante, después que se hubo repuesto de su asombro al ver que el original de Boltman escrito a máquina y la carta habían salido de la misma máquina. Examinó de nuevo detenidamente las dos letras con la lupa, acercando y separando ésta del papel. No podía dudarse de la identidad de la impresión. Artículo y carta estaban escritos con la misma máquina.

Pasadores del cabello, joyas, pulseras, subastas de obras de arte; todo lo olvidó Kentland en su satisfacción por este repentino y definitivo indicio del misterio de la noche anterior. Se preguntaba con gran júbilo lo que diría Shannon ante este sorprendente descubrimiento, y lo que diría el mismo Boltman cuando se le pusiera frente a la prueba indiscutible de que él sabía, antes que la Policía y los periódicos, que se había cometido un crimen en la solitaria tienda de antigüedades de Crilly Court.

Pero el propósito de Kentland no era seguir sentado ociosamente en su casa. Tiró de uno de los cajones superiores de la mesa y se metió el revólver en el bolsillo de detrás del pantalón. Luego, con la lupa en un bolsillo del costado de la americana, y la carta y el artículo escritos a máquina en otro interior, salió de la habitación y se dirigió a la calle.

Media hora después, Kentland se apeaba de un tranvía de North State Street en Clark y Division Streets, y luego, se dirigió a pie a LaSalle Avenue, una manzana de casas al oeste. Pasó por la ruinosa

casa de huéspedes donde vivía Jeffrich, y, durante un segundo, estuvo pensando si sería conveniente atraer a su bando al independiente escritor, para el caso de cualquier posible violencia por parte de Boltman; pero pronto admitió que las simpatías de Jeffrich eran un factor desconocido en una polémica periodística. Siguió, pues, hacia la casa de Boltman, decidió a dirimir la cuestión por sí solo.

Boltman pareció sorprenderse al ver de nuevo a su visitante de la mañana, El director de noche, según observó Kentland, vestía el traje a cuadros que llevaba siempre cuando iba a trabajar a la redacción del *Sun*, y esto le hizo pensar si el otro se disponía a emprender su tarea nocturna, como si nada anormal hubiese ocurrido.

Kentland indicó a Boltman que se sentara, cerró la puerta y, dejándose caer a su vez en una silla, hizo un breve relato de los locos acontecimientos de la noche anterior, y luego, fue derecho al objeto de su visita. Uno tras otro, mostró la lupa, la carta que contenía el aviso y el original del artículo.

La cara del otro iba reflejando sus emociones en pugna, a medida que Kentland hablaba. La sorpresa, el azoramiento, el reto y, finalmente, el miedo se leían en sus facciones, impasibles al parecer.

Kentland sostenía en la mano los dos documentos acusatorios: uno, un simple papel; otro, un conjunto de seis hojas sujetas por una pinza. Boltman estaba sentado en el borde de una silla, a menos de siete pies de distancia. De pronto, asomó a sus ojos una mirada de repentina astucia. Kentland advirtió la mirada, y cuando estaba pensando qué significaría aquello, el otro, salvando de un salto el espacio que mediaba entre las dos sillas, se arrojó sobre él. El peso de su cuerpo, lanzado con violencia, hizo caer a Kentland con la silla, y al propio Boltman. Kentland se encontró jadeante en el suelo, con el cuerpo del director de noche tendido sobre el suyo, y los dedos de aquél fieramente agarrados a la muñeca de la mano que asía los papeles.

Pero Kentland había visto a tiempo aquella mirada astuta. Con un rápido movimiento de los dedos había hecho una bola con la carta mal escrita y, en el momento de caer al suelo, la arrojó lejos de sí con otro rápido movimiento del antebrazo. La pelota pasó por encima de la cama y cayó en el suelo, al otro lado. El artículo mismo, aunque nada podía probar, cayó también al suelo.

Boltman vio en seguida que se le había escapado el papel verdaderamente importante —el papel acusador—, y luchó con fiereza para ponerse en pie, con el fin de pasar al otro lado de la cama y cogerlo. Pero eso era, precisamente, lo que Kentland se disponía a impedir, ahora que el otro le había soltado la mano. Con todas sus fuerzas sujetó entre sus brazos a Boltman, y éste vio que el estar encima del otro, lejos de proporcionarle ventaja le colocaba en peor situación.

Boltman se iba soltando poco a poco, y Kentland se daba cuenta de que en cuanto el otro se pusiera en pie, saltaría por encima de la cama, se apoderaría de la bola de papel, y con unos cuantos movimientos rápidos, o la destruiría o la inutilizaría para el fin que Kentland la destinaba.

Para evitarlo puso en práctica un recurso desesperado. Soltó por completo a Boltman, que quedó libre. Éste se levantó tambaleándose, vaciló un poco; pero se dispuso a saltar. Entonces, Kentland logró incorporarse con la mano izquierda, y con el otro brazo se asió con fuerza a las pantorrillas del director de noche. Éste vaciló un segundo y cayó; caída que aprovechó Kentland para echarse encima del otro con la agilidad de un gato. Boltman había quedado sin aliento con tan repentina e inesperada caída, y no tuvo la suficiente serenidad para rodear con sus largos brazos el cuerpo del hombre a quien un momento antes tenía dominado.

Kentland se dio cuenta de su ventaja. Dando un salto repentino, se separó de la postrada figura del director de noche, y mientras éste pugnaba en vano por incorporarse, Kentland pasó de una zancada al otro lado de la cama, recogió la bola de papel arrugado y se la guardó en el bolsillo.

Mientras Boltman, jadeante, lograba ponerse en pie con gran trabajo, encendida la cara y los ojos brillantes, Kentland pasó a la pared opuesta y sacó el revólver que llevaba.

—¡Atrás, Boltman, atrás! —dijo.

El otro se paró en seco, atemorizado por el arma que tan repentinamente había entrado en juego.

—No dé usted un paso más de donde está —siguió diciendo Kentland—. Acérquese al teléfono y llame a la Policía, al número 1.313. Luego, pida la estación de Hudson Avenue y diga al capitán Shannon que venga en seguida aquí con dos agentes.

El otro respiró anhelante. En sus ojos se leía claramente el miedo que sentía, y su labio inferior temblaba visiblemente al decir:

—¡Por amor de Dios, Kentland, no me obligue usted a hacer eso! Sí, yo fui quien envié anoche el aviso; pero si la policía lo averigua, seguramente me prenderá en seguida. Fui un imbécil al correr este riesgo, y sólo por favorecer al periódico. ¡Por favor, que no se mezcle en esto la Policía! Me prenderá si no hablo, y si hablo…, entonces el *Sun* desaparecerá de los puestos de periódicos de Chicago.

XX. EL CERCO SE ESTRECHA

Kentland miró al otro con curiosidad durante varios segundos, y luego dijo:

—Nadie pretende prenderle, Boltman. Esta mañana se portó usted muy bien conmigo; pero, fuera de eso, usted no tiene el menor interés por mí, y el favor que me prestó lo conseguí viniendo a verle. Me expulsaron esta mañana de la redacción del *Sun* como a un perro, y así, estoy completamente seguro de que ni al *Sun* ni a Fornhoff les importo tampoco lo más mínimo. Ahora trabajo por cuenta de Jimmie Kentland y de nadie más. De usted depende el hablar o venir a darse un paseo hasta la estación de Policía de Hudson Avenue; lo que más le convenga. ¿Qué elige usted?

El otro era el vivo retrato de la melancolía. Se dejó caer sobre una silla que tenía cerca, mientras Kentland, por su parte, se sentó al otro lado de la cama. Durante unos segundos, Boltman permaneció desplomado en la silla, y luego, alzó la vista.

—Tiene usted razón, Kentland. ¿Por qué ha de recaer sobre mí ni una sombra de sospecha a causa de Fornhoff o de quien sea? ¿Para qué llamar a la Policía? Si lo que yo le diga le convence, ¿quedará usted satisfecho?

—Eso depende enteramente de usted —respondió Kentland—. Yo escucharé cuanto me diga, y si me miente no me será difícil comprobarlo. De usted depende todo, amigo Boltman.

—Si usted lo cree así —contestó el otro— voy a preocuparme ahora de Tom Boltman, y de nadie más en esta ocasión. ¡Que se vaya el *Sun* al infierno! —Hizo una pausa—. Bueno, ¿qué quiere

usted saber? ¿Está usted pensando en lo que yo pude hacer anoche en Crilly Court?

—Sí. Necesito también saber quién es Carl Fornhoff.

—¿Carl Fornhoff? Pues, para hablar claro, Carl Fornhoff es, o mejor dicho, era hijo del viejo. Estaban distanciados.

Kentland asintió con un movimiento de cabeza.

—Me lo figuraba. ¿Está relacionado con la tragedia de Crilly Court?

—Lo está… y no lo está. Sólo Dios sabe la verdad de las cosas. Pero él es la causa que puso en movimiento todo lo que motivó anoche la muerte del persa en su tienda. ¿Sabe usted lo que es un anarcocomunista?

—Hombre, sí. Es una especie de comunista extremista que se inclina a la anarquía, a la revolución, al sabotaje y a todo cuanto contribuya al aniquilamiento del capital. Es, en resumen, un hombre que cree en la destrucción violenta de la propiedad privada para alcanzar los fines del verdadero comunismo y la abolición de la ley, si no estoy equivocado.

—Eso es —dijo Boltman haciendo un movimiento displicente de cabeza—. El *Sun* es un periódico socialista; pero permítame que le diga que la diferencia entre el socialismo y el anarcocomunismo, y aun entre el socialismo y el comunismo, o, por ejemplo, entre el comunismo y el anarcocomunismo, es tan grande como la distancia que hay entre los polos. Carl Fornhoff, el hijo del viejo, profesaba estas ideas y pertenecía a tedas las sociedades anarquistas de carácter extremista. Era un hombre extraño. Se dedicó también a la pintura, arte en el cual llegó a ser un verdadero artista, y tenía un estudio en West Center Street. Cuando la Policía de la ciudad recibió hace unos dos meses la confidencia de que se estaba tramando un complot para volar con dinamita el edificio del *Times-Star*, procedió a la detención de todos los hombres de acción conocidos, y…

—¿Un complot para volar el edificio del *Times-Star*? —exclamó Kentland lanzando un largo silbido—. Una repetición del antiguo caso

de McNamara, de los Angeles, ¿no? ¿Es el *Times-Star* de aquí, el que…?

—Exactamente —dijo el otro antes que Kentland terminase la frase—. El *Times-Star* de Chicago es uno de los que más combaten la organización obrera del país, empleando obreros esquiroles y todos los medios a su alcance. Es justamente el antiguo caso de…

—Pero de ese complot para volar con dinamita el edificio —dijo Kentland— no oí nunca nada en Omaha. Cuénteme algo de ello.

—No es extraño que no oyese usted decir nada, porque la Policía no pudo nunca probarlo. He aquí el gran secreto: El joven Fornhoff era el cerebro y la maquinaria de aquel complot. Y cuando digo complot me refiero a que se trataba de un plan perfectamente trazado para demostrar al *Times-Star* y a todas las demás instituciones que emplean esa clase de medios, que las mayores precauciones del mundo de nada servían contra la anarquía organizada. Se detallaron en el plan las principales direcciones en que estaban colocadas las vigas en forma de I del edificio, y su exacta colocación; todo ello conseguido, naturalmente, con las copias heliográficas de los planos que estaban archivados en el departamento correspondiente del inmueble. Se había hecho una lista de las habitaciones que nadie ocupaba, por lo menos a ciertas horas, con expresión de éstas. Se consignaron los puntos donde era mayor la presión sobre los suelos, así como los nombres de los empleados que estaban autorizados para el uso de armas de fuego y sus reseñas personales. En un diseño especial se dibujaron los armarios secretos donde estaban guardadas las ametralladoras del *Times-Star*. Se marcaron con pintura roja dos salidas disimuladas para caso de incendio, con objeto de que ninguno de los encargados de colocar la dinamita pudiera utilizarlas para escapar. Se señalaron también en el plano los lugares en que cada hombre de los que intervenían en el complot debía estar a la hora cero. Las cantidades de explosivo necesarias en los distintos puntos fueron calculadas con la mayor precisión, a fin de no matar ni herir a los obreros de los edificios contiguos. Se daban las señas personales de los hombres

encargados de destruir el *Times-Star*, junto con las consignas individuales para pasar, de suerte que los recién llegados, o los sustitutos, no matasen a hombres que estuvieran metidos en el complot.

Boltman hizo aquí una pausa, y luego siguió diciendo:

—Bien, a causa de ciertas cosas que se han dejado traslucir, el viejo sabe que su hijo era el cerebro de aquel complot y ahora viene, Kentland, la parte chusca del caso: El día que la Policía se dispuso a detener a los principales elementos revolucionarios de Chicago, Carl Fornhoff había salido a pescar a los Vedados de Bosque, que están a orillas del río Desplaines, más allá de los alrededores occidentales de la ciudad. Cuando llegó por la noche a su estudio, los agentes que le estaban aguardando le requirieron para que se presentara en el despacho del jefe de Policía. Sé que allí le molestaron y le cachearon. Ya habían registrado su estudio aquella noche para buscar los planos, las cartas y los diagramas del edificio; todo lo que acabo de describirle a usted, pues se sabía que tales cosas existían, porque lo había delatado algún individuo que las vio, aunque en manos de una persona desconocida para él.

—¿Encontró la Policía los planos? ¿O las cartas acusadoras? ¿O algunos datos?

—No encontró el menor vestigio de nada. Cuando se llevaron aquella noche a Carl Fornhoff, a su regreso del río Desplaines, después de la gran redada, no llevaba encima nada que le acusara. Tuvieron que poner en libertad a todos los sospechosos, y se guardó un profundo silencio acerca de lo sucedido, pues el viejo Fornhoff mismo, aun cuando estaba disgustado con el chico por sus excéntricos puntos de vista, hubiera promovido un gran pleito contra la Policía por la detención y encarcelamiento arbitrarios de su hijo.

Boltman se inclinó hacia Kentland y siguió hablando en voz más baja:

—El día que la Policía hizo la redada, el joven Fornhoff, como le he dicho antes, se fue a pescar a un río donde la pesca no vale un pitoche. Llevaba botas altas e iba provisto de caña, carrete y una

caja de avíos de pesca, de metal fuerte, que se cerraba con una llave Yale, pero cuando fue detenido por la noche a su regreso, de vuelta del río, lo único que traía era la caña y el carrete. La caja de metal no volvió con él.

—¿Luego usted cree que la caja de avíos de pesca contenía los planos y diagramas completos para la voladura con dinamita, y que él la escondió en algún punto cercano al río Desplaines? —preguntó Kentland.

—No es que lo creo, es que me consta. Aguarde a oír lo demás, amigo mío. —Boltman hizo una pausa de un segundo—. Fue una suerte inmensa para el viejo que el asunto se resolviera como se resolvió, que la Policía y el *Times-Star* no tuvieran nada contra su hijo. ¿Se imagina usted las consecuencias de la revelación de que el hijo del propietario de un periódico socialista formaba parte de un complot para volar el edificio de un periódico rival del suyo? El público de Chicago se hubiera revuelto contra el *Sun* como un solo hombre; los periódicos adversarios se hubieran unido contra él, y el *Times-Star* hubiese creado un fondo para combatirlo hasta la última trinchera. Tenga usted la seguridad de que ningún puesto de periódicos de la ciudad tendría el *Sun*. ¿Comprende usted cuál hubiese sido el resultado de los planes trazados por el hijo del viejo?

—Con absoluta claridad —respondió Kentland—. Hubieran significado la muerte del *Sun* y la ruina de Fornhoff como posible fuerza política en esta ciudad. —Hizo una pausa—. Pero ¿y la tragedia de Crilly Court? No sé cuando va usted a empezar a hablar de ella.

—A eso voy ahora. Cuando Carl Fornhoff murió repentinamente hace un par de meses, supongo que el viejo, en medio de su pena, lanzaría un suspiro de alivio. Sabía, por lo menos, que la muerte de su hijo era el final de aquella conspiración contra el *Times-Star*, que había estado a punto de envolverle. Pero, ¡ay, Kentland!, volvió a aparecer ayer tarde en forma de chantaje.

—¿Chantaje?

—Sí. A las dos de la tarde, Fornhoff recibió en su despacho la visita de una joven tan bonita y simpática como la que más; pero que, evidentemente, era en cierto modo una ladrona.

—¿Era bajita y delgada, con ojos castaños y pelo oscuro? —se apresuró a preguntar Kentland.

—Así era, en efecto —respondió Boltman—. En los tres minutos que duró la entrevista, la joven informaba a Fornhoff de que ciertas personas conocían el lugar de la orilla del río Desplaines donde se hallaba la caja de metal de avíos de pesca, y que, a menos que se le entregara a ella, como mediadora, la suma de 5.000 dólares, a la misma hora del día siguiente en casa de Fornhoff, se desenterraría la caja, se entregarían los papeles y las cartas a la dirección del *Times-Star*, y el *Sun* desaparecería como periódico. Era una amenaza aplastante, puede usted estar seguro de ello, pues el público no podría nunca separar los errores del hijo de Fornhoff de la propaganda socialista que hacía el padre dentro de la ley.

—Terminada la entrevista —siguió diciendo Boltman—, la muchacha se despidió nerviosamente y desapareció. Fornhoff se quedó atónito. Últimamente decidió pujar en la subasta para la adjudicación del *Cincinnati Herald*, tal vez con la idea de lanzar un periódico socialista en aquella ciudad, puesto que aquí tenía la amenaza de verse en peligro y arruinado. De todos modos, decidió pensarlo durante su viaje a Cincinnati la noche pasada, y, si no había otro remedio, pagar los 5.000 dólares y hacerse con aquellos malditos documentos que Carl había enterrado. Pero, cuando estaba a punto de salir para el aeropuerto a tomar el aeroplano de las seis para Cincinnati, ocurrió algo que alteró todos sus planes.

XXI. NOTICIAS DEL PERIÓDICO

En este punto del relato, Kentland estaba profundamente interesado, y ni un tronco de caballos salvajes hubiera logrado hacerle salir de aquella habitación, ni separarle del director de noche. Indudablemente, el caso era todavía confuso; pero parecía que Boltman se acercaba rápidamente a los hechos que habían de derramar alguna luz sobre los acontecimientos de la noche anterior.

—Ese algo —siguió diciendo Boltman— era una carta anónima escrita con lápiz y dirigida al domicilio particular de Fornhoff, en Drexel Boulevard. Iba firmada por «Un amigo de la justicia», y en ella le decían brevemente que si quería coger a ciertos individuos que pretendían hacerle víctima de un chantaje, debía apresurarse a recuperar el cuadro titulado «El hombre de Saturno», del cual había dos copias: una, en posesión de un tal doctor Stephen Watling, residente en South Halsted Street, número 413, y la otra en poder de un tal A. Mazurka, en Crilly Court. Se añadía que uno de esos cuadros guardaba el secreto de la trama del chantaje.

Boltman hizo una pausa de un minuto, y siguió diciendo:

Fornhoff desistió de su viaje a Cincinnati —consideraba cosa fácil devolver el billete y recobrar su importe—, y fue a casa del doctor Watling, que era consultorio y domicilio a la vez. Encontró en la puerta un aviso que decía que el doctor había salido por tiempo indefinido. Desde allí se dirigió a la tienda de Crilly Court y la halló cerrada durante todo el día. El dependiente de la tienda —el mismo que menciona el último periódico que ha salido— debió de haber cerrado a eso de las seis para volver a la colonia persa de Moody

Church. Pero alguien de la vecindad dijo a Fornhoff que el anciano propietario del establecimiento vivía en la parte trasera de éste, que acostumbraba a entrar y salir a todas las horas de la noche, y que los miércoles solía haber luz a medianoche en la tienda.

—Entonces Fornhoff vino a verme. Me contó toda la historia y me rogó le ayudase a aclarar este misterioso mensaje que había recibido. Conozco a Fornhoff hace veinte años, y me figuro que sabía que podía confiar en mí. Yo me encontraba mejor desde las siete de la tarde, pues parecía que me habían desaparecido los calambres que me obligaron a quedarme en casa. Fornhoff me pidió que durante la noche fuera varias veces a la tienda de Crilly Court para despertar a su dueño y, si era posible, ver si estaba allí ese cuadro y comprarlo al precio que fuese.

—Pero ¿por qué creyó él tan fácilmente en ese anónimo que muy bien pudiera haber sido un engaño? —preguntó Kentland—. ¿Y por qué no fue él mismo al almacén de antigüedades cuantas veces hubiera sido preciso, para esperar al persa?

—La carta no parecía una burla. Especificaba con toda exactitud las personas y las señas. Además, otra fase peculiar del caso es que Carl Fornhoff, en la época de su muerte en Center Street, estaba copiando cuadros conocidos de Durri, y entre los objetos de su pertenencia que fueron vendidos después en pública subasta, había dos copias de «El hombre de Saturno». En vista de esto, era evidente que el anónimo encerraba algo. Alguien trataba de poner a Fornhoff en camino de lograr valiosos informes. Y la razón de decirme que fuera yo a Crilly Court, fue para poder dedicarse él toda la noche, si era preciso, a ponerse en contacto con el doctor Watling.

—Entonces, ¿fue usted después a la tienda? ¿Y qué averiguó?

—Fui a la tienda a las nueve, a las diez, a las once y a medianoche, y vi cada vez que la tienda estaba a oscuras y cerrada por la parte de delante, y por detrás. Volví poco después de la una y me la encontré brillantemente iluminada y ligeramente entornada la puerta de delante. Entré. Vi lo mismo que usted debió de ver después: un espectáculo horroroso. Dirigí una mirada al anciano que

yacía en el suelo y al recortado lienzo que colgaba de la pared, salí más que aprisa de allí, y me volví a casa como un relámpago. Tenía muchísimo miedo; pero empecé a tranquilizarme, y aunque no podía comprender lo ocurrido, vi que había una bonita información para el pobre *Sun*, y esto era lo que me preocupaba.

—¿No le preocupaba a usted más saber que iba usted a enviar algo que pudiera comprometer a su jefe? —preguntó el joven.

—¿Pero no comprende usted —dijo Boltman con vehemencia— que, de todas maneras, la Policía iba a descubrirlo todo al cabo de pocas horas? Ya no había medio de cortar la cosa, y si yo avisaba, siempre había una información exclusiva para el periódico. En todo ese tiempo yo no había sabido de Fornhoff, y me decidí a hacer lo que hubiera hecho cualquier periodista de sangre roja. Escribí en mi máquina una carta con grandes faltas gramaticales y salí a las calles desiertas. Llamé por teléfono a un chico de un Continental y le envié con la carta a la redacción. Luego, volví a casa a esperar noticias de Fornhoff. Eso es todo.

Kentland permaneció pensativo durante unos minutos. La habitación quedó en silencio, mientras Boltman miraba al otro con tristeza. Luego, Kentland dijo:

—Le creo a usted, Boltman. Lo que me ha contado suena a verdad, aunque la Policía no le creería si supiera que usted había estado de madrugada en aquella tienda para suplicar, pedir prestado, robar o comprar el mismo cuadro que fue encontrado después con la cara recortada. Es un mal trance para usted. —Hizo una pausa—. Pero ¿cuál es su opinión acerca de lo ocurrido?

—¡Cielos!, no me atrevo a formar juicio. En cuanto a Fornhoff no he sabido de él en todo el día. He estado constantemente esperando a oír su llamada a la puerta o su voz en el teléfono; pero nada. Y le aseguro que él es quien tendrá que venir aquí o telefonearme, porque yo no he de ser quien vaya a verle. Creo que su silencio sólo puede interpretarse de una manera. ¿Fue Fornhoff en persona a la tienda de antigüedades entre medianoche y la una de la madrugada? ¿Advirtieron los chantajistas al persa que no se desprendiera del

cuadro por ningún dinero? ¿Se pelearon los dos, y Fornhoff se dejó arrastrar demasiado por la cólera? Si él no es culpable del hecho, ha podido pensar que el criminal fui yo, y por eso se mantiene apartado, a fin de no complicarme o comprometerme de ninguna manera. Pero yo no puedo sufrir más tiempo este silencio. Si no viene dentro de una hora, iré yo a verle directamente y a exigirle una explicación. Le…

Sonó en la habitación una débil llamada del timbre de la puerta del cuarto. Boltman calló de repente, y a sus ojos asomó una mirada de sobresalto. Un segundo después, se oyeron unos golpecitos en la puerta. Boltman lanzó una mirada de duda a Kentland, y se dirigió a abrir la puerta. En ella estaba Jeffrich apoyado garbosamente en su bastón.

—¿Qué tal, Boltman? —dijo el articulista independiente—. Vengo en este momento del periódico y me pareció prudente pasar por aquí, camino de mi casa, para preguntarle si se ha enterado de la noticia. El viejo tuvo esta mañana, a las nueve, un ataque de parálisis, y le llevaron a su casa en una ambulancia.

XXII. EL HOMBRE QUE IBA DETRÁS

Cuando Kentland salió de casa de Boltman se dirigió directamente al distrito comercial para hacer una indagación que se le había ocurrido hacía unas horas. De la veracidad del relato del director de noche no le cabía la menor duda, y lo único que le preocupaba era si, como sugería Boltman, el propio Fornhoff había ido al establecimiento de Crilly Court y llevado la discusión demasiado lejos.

Con dos hombres del temperamento de Mazurka y Fornhoff había gran posibilidad de que Boltman hubiese dado en el clavo, y que el relato de éste, dado caso que la Policía llegase a conocerlo, pudiera hacer que ésta se lanzase en un periquete sobre el propietario del *Sun*.

Más misterioso todavía era el papel desempeñado en este asunto por la muchacha. Si era Nell Hannaford, su presencia no estaba plenamente explicada con el nuevo giro que habían tomado los acontecimientos. Precisamente, una persona como ésta, de las bajas capas sociales, era la que más pronto cooperaría en su intento de chantaje para sacar dinero al propietario de un periódico próspero. Sin embargo, Kentland abrigaba sus dudas.

La antigua explicación, tan rígidamente elaborada por Shannon, se desmoronaba rápidamente a todas luces. Una sola cosa cierta había ahora: la joven que había intentado sacar dinero a Fornhoff por medio del chantaje, la joven que había estado en el hospital, y una de las personas que estuvieron la pasada noche en la tienda de antigüedades —como lo demostraba la piedra suelta que encajaba

en el pasador del pelo— eran una y la misma. Pero Boltman afirmaba que había descubierto el cadáver del persa poco después de la una de la madrugada, y eran cerca de las tres menos veinte cuando él, Kentland, atropello a la joven en Eugenie Street. Si fuese ella, y no Fornhoff, la que hubiese cometido el hecho, ¿habría estado vagando por aquellos alrededores, y vuelto después, de acuerdo con la teoría, ahora insostenible, que implicaba el embarque de drogas de St. Louis?

Sin embargo, Kentland renunció de momento a toda nueva conjetura sobre el caso hasta que fuese más firme su nueva línea de investigación.

Entró en el gran almacén al por menor de Marshall Field, uno de los almacenes de diversas secciones que abundan en la Gran Vía Blanca de Chicago, y se dirigió al mostrador donde se vendían pasadores para el cabello y otros artículos análogos.

—¿Han tenido ustedes alguna vez —preguntó a la dependienta— sujetadores del cabello que representaran un pavo real, con incrustaciones de piedras verdes, rojas y blancas en la parte de detrás? ¿Y con la cola extendida desde el cierre? —Le mostró la forma y tamaño exactos, dibujando con el dedo una figura imaginaria sobre el cristal de la vitrina.

La joven hizo un movimiento negativo con la cabeza, cuando Kentland hubo acabado su simulado dibujo.

—No, señor, un pasador como ése se sale de lo corriente y lo recordaríamos al instante. Se llaman recogeabuelos. En todo este año no hemos tenido nada parecido. Lo más aproximado que hemos tenido es la abrazadera ordinaria, adornada con una sola hilera de piedras claras.

Sin desanimarse, Kentland recorrió varios almacenes, hasta que empezó a comprender que estaba perdiendo tiempo y energías.

Mientras Kentland serpenteaba entre la gente que llenaba las calles del distrito comercial de la ciudad, un hombre le seguía los pasos, ya entre las personas, ya entre los coches zumbadores que pasaban, sin apartar sus inquietos ojos de la espalda de Kentland.

En el segundo almacén, antes que Kentland llegase al salir a mitad del camino de la puerta, la silenciosa persona que le seguía se acercó apresuradamente al mostrador y preguntó a la empleada:

—¿Es aquí, «mademoiselle», donde se ha detenido un amigo a preguntar algo? —Y al decir esto hizo a la joven una pronunciada reverencia.

La muchacha, profundamente halagada al oír que le llamaban «mademoiselle» en esta prosaica ciudad y que se dirigía a ella un extranjero culto, contestó complacida al hombre:

—Si se refiere usted, «monsieur», a ese joven de pelo castaño y ojos grises, quería un recogeabuelos, una especie de pasador para el pelo, con un pavo real hecho con pedrería por detrás. Pero no teníamos nada de eso.

Pero una vez que el hombre tuvo la información que deseaba, dejó de ser el educado Don Juan de antes, pues lanzando una exclamación ahogada, se separó rápidamente del mostrador y volvió a seguir el rastro de Kentland, justamente cuando éste salía por la puerta giratoria a State Street. Ya en la calle, reanudó su táctica canina.

Cuando Kentland entró en el último almacén, que era el orgullo del distrito comercial de Chicago y se llamaba los «Almacenes Davis», sus pesquisas tuvieron el primer éxito favorable. Le dependienta reconoció en seguida el pasador del cabello por la descripción que le hizo Kentland.

—En efecto —dijo— una vez tuvimos pasadores de esa clase. Se trataba de una partida de importación y los vendimos hace algunos meses. Lo recuerdo porque los pasadores duraron hasta las cuatro, hora en que se agotaron.

—¿Se vendieron al por mayor y se remitieron a los compradores, o los vendieron sueltos a personas que se los llevaron al comprarlos?

—La mayor parte —respondió la joven con curiosidad— se vendieron en lotes grandes. El primero se terminó a las diez, y recibimos pedidos para el resto que nos habían facturado, y que todavía no lo hemos recibido.

—¿Puedo hablar con el encargado de esta sección? —preguntó Kentland.

La joven dio unos golpes con el lápiz en el cristal del mostrador. Cuando acudió el encargado, Kentland le mostró su placa de policía especial de la estación de Hudson Avenue y le dijo:

—Quisiera ver los talones de reparto de este departamento correspondientes al día en que tuvo efecto la venta de unos pasadores para el cabello. —Y a renglón seguido le describió el artículo.

—Sí, señor —dijo el encargado, una vez que se hizo cargo de la situación—. Haga el favor de acompañarme al departamento de intervención de cuentas donde se archivan esas cosas.

En este departamento, Kentland se subió a un taburete y pasó despacio las matrices de los talonarios archivados. Se detuvo un minuto, aterrado por la enorme tarea que representaba ir mirando uno por uno todos aquellos nombres; pero reanudó el trabajo. De repente, al pasar una de las matrices paró el lápiz y se fijó en un nombre: Yvonne.

¡Yvonne! Un nombre característico sin duda alguna. Sin embargo, una mirada rápida al apellido le reveló que era decididamente americano: Yvonne Dale. Examinó de nuevo la palabra y, como un relámpago en la oscuridad, advirtió que las tres últimas letras del nombre eran «nne». ¿Correspondía el «nne» de la pulsera abandonada en el hospital por la joven de ojos castaños al nombre de Etienne? ¿O era realmente parte del nombre de Yvonne?

El rostro de Kentland debió de mostrar cierta satisfacción por el descubrimiento que acababa de hacer, pues el encargado se inclinó con gran interés.

—Me parece —dijo Kentland— que he dado con la persona que buscaba. Muchas gracias, señor. Tal vez tenga que volver a repasar estos talonarios.

—De nada. Encantado de poder ayudar a la Policía. Alguna ladrona, ¿no?

Kentland ni afirmó ni negó. Se limitó a encogerse de hombros. Bajó con el encargado en el ascensor, y, luego, se dirigió directamente a la entrada principal del almacén. Pero, antes que hubiese llegado a ella, la persona silenciosa, que había estado observando y aguardando, se acercó rápidamente al empleado y le preguntó:

—Perdón, «monsieur», ¿consiguió mi compañero la información que deseaba?

El «Monsieur» no produjo los mismos resultados que el «Mademoiselle» de antes en la sección del almacén, pues el encargado miró con severidad al preguntón.

—¿Qué información? —dijo, esperando sin duda que se le mostrara una placa de policía—. Lo siento, amigo —añadió al ver que no se le mostraba ningún distintivo—, pero sería mejor que hiciera usted esa pregunta a su… compañero.

El encargado se alejó. El otro, mascullando un reniego, se apresuró a salir en seguimiento de Kentland, a quien vio caminando calle arriba a toda velocidad.

El perseguidor comprendió claramente que su presa había tenido un éxito favorable en su gestión, pues la actitud de Kentland era, sin la menor duda, la de un hombre que lleva un objetivo y un destino definidos. En Van Buren Street le vio subir los escalones de la línea férrea aérea y dirigirse al andén del Oeste. Esto pareció exasperar al hombre.

Éste se volvió al almacén, y se dirigió al locutorio telefónico más próximo a la puerta principal. Pidió una ficha en el pupitre destinado a este servicio, que estaba al lado, y entró rápidamente en el locutorio. Con gran nerviosismo palpó hasta encontrar la ranura, introdujo la ficha, marcó un número y esperó.

Al poco tiempo oyó la voz de la telefonista que le dijo con gran claridad:

—Perdone, la línea que usted pide sufre una avería.

—¿Que hay avería? —dijo casi gritando—. *¡Le bon Dieu!* Aquí es el cónsul francés al habla. Póngame usted en seguida con la oficina

del jefe.

¡El cónsul francés! La palabra cónsul produjo su efecto. Inmediatamente, se oyó un tintineo y un zumbido, seguidos de una voz de hombre que contestaba.

—Aquí es el cónsul francés —dijo el hombre del locutorio—. Haga el favor de ver si puede ponerme en seguida en comunicación con Kedzie 1333.

Tras una breve dilación llegó la respuesta:

—Perdone, señor; pero la línea de Kedzie 1333 tiene avería, y, probablemente, no estará reparada hasta mañana.

El hombre del locutorio colgó mecánicamente el auricular. El sol de media tarde, que entraba en la oscura cabina por el alto montante de la puerta del almacén, iluminó una cara que, de repente, se había puesto pálida y triste. Se apoyó, ceñudo y desesperado, contra la puerta del locutorio, y trató de recobrar su aplomo. Sus labios secos se movieron, murmurando sus pensamientos únicamente en francés.

—¡Hay que hacer algo… algo, a toda prisa! —Hizo una pausa y, luego, movió la cabeza con decisión—. Sí —repitió lentamente, siempre en francés—. Debo conseguir primero eso, sea como sea.

Como si se sintiera de pronto galvanizado para la acción, salió de la cabina sin preocuparse de la ficha y se dirigió a la puerta del almacén, por donde salió a la acera. Miró a una y otra parte de la calle. No se veía ningún «taxi», y él sabía que por allí cerca no había ninguna parada.

Mientras estaba allí parado, mordiéndose los labios, se detuvo junto al encintado una motocicleta conducida por un agente del tráfico, uniformado de azul, encargado de perseguir a los coches cuya velocidad excedía del límite máximo fijado. Hoy, evidentemente, no perseguía a ningún coche; buscaba un regalo para la dama de sus sueños o, tal vez, un regalo trasnochado de aniversario para una esposa arisca, pues dejó la máquina junto al borde de la acera, con la absoluta seguridad de que nadie en el mundo tocaría una motocicleta de propiedad de la ley y que mostraba diversas marcas

y chapas indicadoras de que pertenecía al departamento de Policía de Chicago. Hecho esto, se metió en el almacén.

Al ver la enorme y fuerte máquina, la cara del hombre silencioso se iluminó como asaltada por una idea repentina. Dirigió una mirada cauta al propietario de guerrera azul de la motocicleta, cuyas amplias espaldas iban desapareciendo por la puerta giratoria de los Almacenes Davis. Después de aguardar unos diez segundos más, el hombre de la acera se deslizó hacia la máquina, se subió en ella, abrió el escape de gas, embragó, y, levantando con un agudo chirrido el soporte de parada, salió disparado en dirección norte por State Street, y en poco estuvo que no chocara contra un camión que estaba virando en medio de la calle.

Pero no cabía duda de que el hombre sabía manejar una motocicleta, pues menos de un minuto después se hallaba al oeste de la Central de Correos, en Quincy Street, vía de escaso tráfico, y con la rapidez de una flecha siguió más al oeste, hacia California Avenue.

XXIII. UN PAR DE OJOS CASTAÑOS

Treinta minutos después de haber salido Kentland del almacén, subía por las escaleras de un edificio de cuatro pisos, pintado de rojo vivo, situado en California Avenue, en el cual la presencia de varios bancos llamativos en el pórtico, deteriorado por la acción del tiempo, y de una sola placa de timbre en el vestíbulo, indicaba que era un inmueble de pisos convertido en casa de alquiler de habitaciones amuebladas.

En respuesta a su pregunta de si vivía allí la señorita Yvonne Dale, una doncella con acento sueco y un delantal del tamaño de un pañuelo le dirigió al cuarto trasero del tercer piso, y le dijo que llamara con los nudillos.

Subió por la alfombrada escalera interior, atravesó un par de corredores oscuros interiores, y finalmente, dio unos golpes en una puerta de tipo antiguo, situada en la parte posterior del tercer piso.

Le abrieron inmediatamente, y a pesar de que la luz que entraba por la ventana le daba de frente en la cara, vio que estaba en presencia de la misma joven que no más lejos que aquella mañana yacía en una cama del Hospital Augustana, en la parte norte de la ciudad.

Ella le miró y se le escapó una pequeña exclamación. Siguió mirándole en silencio, esperando, al parecer, a que él hablase primero.

—¿Tengo el gusto de hablar con la señorita Yvonne Dale? —preguntó Kentland al fin.

—Sí. —Este «sí» fue casi un susurro—. Señorita… Yvonne…; Yvonne… Dale. —Él creyó advertir cierto énfasis en el tono en que pronunció la última palabra.

—¿Podría hablar con usted un momento a solas?

Con la mano puesta aún sobre el pecho, donde le había colocado instintivamente al abrir la puerta, la joven se apartó y le permitió pasar.

Kentland se encontró en una habitación de regulares dimensiones, bien amueblada, con un piano adosado a la pared de enfrente. Por todas partes se advertían detalles de delicada feminidad.

Lentamente, como si tuviera miedo, cerró ella la puerta y se quedó a pocos pasos de la misma, sin dejar de observarle.

—¿De qué quiere usted hablarme? —le preguntó. Su acento era decididamente francés.

Antes de hablar, Kentland la contempló durante vanos segundos. Más que nunca le impresionaba e sutil encanto de su figura, su delicada juventud, sus ojos de un castaño suave e insondable. De pronto, se dio cuenta de que no estaba completamente seguro de lo que iba a decir, y de que no estaba cierto de la teoría que había forjado al venir a California Avenue. Parecía que algo en el fondo de su corazón le hacía arrepentirse de esta visita, pensaba que todo lo que había construido se iba a derrumbar en un momento; pero sabía que sentía un secreto regocijo por haber vuelto a encontrar a la joven del hospital.

—Señorita Dale —dijo al fin—, usted y yo nos hemos visto ya antes de ahora, aunque, tal vez, no se acuerde de mí. Cuando me vio por primera vez, estaba usted casi sin conocimiento en aquel hospital de la parte norte. Por eso es posible que no recuerde usted mi cara, aunque yo no me he olvidado de la suya. Me llamo Kentland, James Kentland. Anoche pertenecía a la redacción del *Sun*, periódico de la mañana, de Chicago; hoy… —y Kentland mostró su placa plateada— pertenezco en cierto modo a la estación de Policía de la Hudson Avenue.

Al oír esto la joven, Kentland pudo ver que el rostro de ella palidecía, hasta tornarse blancas sus facciones.

—No tengo, en realidad, mucho que decir —prosiguió, mientras pensaba qué iría a responder Yvonne cuando él terminase de hablar —. Anoche se cometió un asesinato en Crilly Court. El suceso ocurrió poco después de haber sido objeto de un chantaje el propietario de un periódico importante de esta ciudad. Poco después de ese asesinato, usted fue atropellada por un auto en aquellos alrededores, muy lejos, al parecer, de su casa. En el lugar del crimen se encontró una piedra pequeña, piedra que encaja perfectamente en un enjoyado pasador del cabello que usted dejó en el hospital cuando salió de allí tan de repente. Por las letras grabadas en una pulsera y los talonarios de entrega archivados en unos almacenes que tuvieron entre sus artículos esa clase especial de abrazaderas, puede suponerse que la señorita Yvonne, la señorita Yvonne Dale, estuvo anoche en el lugar del suceso. —Hizo una pausa.

Los labios de la joven se abrieron como para hablar, pero los humedeció varias veces antes que pudiera pronunciar palabra. —Y es sólo una cuestión de tiempo —dijo en un correcto inglés, cuyo acento francés advirtió Kentland— lo que ha hecho que la Policía sepa que ayer tarde estuve a ver a Fornhoff. Sí —añadió con desaliento—, todo se ha concertado al cabo contra mí. —El aspecto de desesperación y desmayo que ofrecía la muchacha hizo que Kentland se sintiese de repente invadido por un hondo sentimiento de ternura hacia ella. Se apoderó de él en aquel instante un loco impulso de acercarse a la joven, estrecharla entre sus brazos como a una niña, y decirle que a Jimmie Kentland no le importaba un bledo quién era ella, ni lo que había hecho; pero que estaba dispuesto a combatir en favor suyo contra todo el mundo, si fuera preciso. Cuanto más miraba aquellos ojos castaños suplicantes, más parecía desaparecer su firme resolución primera, como desaparece el arco iris en pleno sol.

—Nada se ha concertado contra usted —dijo con tristeza—. Por fortuna, Jimmie Kentland, ex reportero, loco, sentimental y no sé qué

más, es quien tiene en sus manos el eslabón que une a Crilly Court con esta habitación de California Avenue.

Se sentía cada vez más dominado por el hechizo de aquellos ojos oscuros. Introdujo lentamente los dedos en el bolsillo del chaleco, y sacó la piedra roja que encajó aquella mañana en el enjoyado pasador del cabello.

—No sé por qué —dijo mirándola amablemente—, me figuro que ha sido usted arrastrada por circunstancias completamente ajenas a usted misma; aunque tal vez me equivoque, pues hablo sólo por intuición. No sé lo que estaría usted haciendo anoche en los alrededores de Crilly Court. No puedo adivinarlo. Pero quiero decirle una cosa, y es que he hallado en la realidad la imagen de la mujer soñada que vive en mí desde hace muchos años.

Alzó la pequeña piedra y la sostuvo entre el índice y el pulgar.

—Esta piedra es para usted. Es el eslabón de la cadena, y es suyo. Por mi parte, abandono el caso. —Se quitó la chapa de la estación de Hudson Avenue que llevaba prendida en el chaleco con un alfiler, y se la guardó en un bolsillo de la misma prenda—. Jimmie Kentland, víctima de su sentimentalismo…, y cómplice, tal vez, después del hecho —se dijo a sí mismo.

—¿Me devuelve usted esa piedra? —dijo ella, comprendiendo de repente la importancia de las palabras de Kentland—. ¿Me la devuelve usted de verdad, para que la Policía no pueda probar que yo estuve anoche allí? ¿Va usted a hacer eso por mí, señor Kentland?

Él asintió con un movimiento de cabeza.

—Sí, porque es usted el tipo de muchacha que yo he soñado, y no voy a dejar que cargue sobre usted el peso de la ley. Aquí tiene la piedra. —Se acercó a la joven y depositó el diminuto cristal en la palma de su mano.

—¿Pero se da usted cuenta de que pudiera ser yo misma la que mató anoche a este Mazurka? —preguntó la muchacha mirando a Kentland fijamente—. Usted hace esto por mí…; me devuelve ese objeto acusador…, y está dispuesto a olvidar que me vio esta

mañana en el hospital. Y todo… todo porque soy el tipo de mujer que pensaba usted encontrar algún día…

Kentland hizo un movimiento afirmativo ron la cabeza y se mordió los labios. Se preguntaba vagamente si estaría privado de los sentidos; pero se aferró a su repentina resolución.

—Aunque supiera —dijo— que era el crimen el horrible motivo que la llevó a usted anoche allí, creo que haría esto que nunca pensé sería capaz de hacer. —Hizo una pausa—. Y pasado mañana estaré probablemente en Nueva York, paseando arriba y abajo por Park Row, pensando si fui un loco, o si todo esto fue un sueño.

Ella le estuvo observando durante un minuto. Kentland vio lágrimas en los ojos de la muchacha, y aquello fue para él la recompensa de todo: de sus años de lucha, de preocupaciones, de afanes. La joven metió la mano en su pecho y sacó un sobre, que Kentland vio con sorpresa que estaba franqueado con un sello francés. Sin decir palabra, ella le entregó la breve carta que el sobre encerraba. Aunque Kentland había casi olvidado el francés que aprendió en la Escuela Superior, las palabras eran tan sencillas que pudo traducirlas fácilmente. Leyó:

> «*En un lugar del Norte de África*.
> *Enviada por camello a Fez. Marruecos.*
>
> *Querida señorita Ricardin: Tengo el sentimiento de comunicarle, como amigo y compañero de su hermano Paul, que éste cayó ayer, luchando valerosamente en nuestro encuentro con las fuerzas de Abd-el-Hazar que atacaron las líneas del ferrocarril Matilfa-Tikiri*-Laboulaye».

—He tenido muchos disgustos —dijo la joven al levantar él, sorprendido, la vista del papel—; pero después de esta carta que he recibido esta misma mañana, no tengo por qué tener mis labios sellados. Tal vez sea mejor que diga toda la verdad.

XXIV. Habla Yvonne

Siguió una larga pausa a la declaración de la joven. Al fin, Kentland rompió el silencio.

—La verdad, señorita, Da…, señorita Ricardin, es lo que deseo saber.

—¿Quiere usted sentarse? —dijo ella tristemente—. Yo no hablo con facilidad su idioma inglés, y tengo que escoger con cuidado las palabras y las frases. —Se dejó caer en una silla al ver que Kentland aguardaba a que ella se sentase primero—. Usted sabe ahora que yo no soy la señorita Dale, sino «Mademoiselle» Ricardin.

Él asintió con un movimiento de cabeza.

—Sí, ya lo sospechaba. Por esta carta veo que tenía usted un hermano, Paul Ricardin. ¿Qué relación tenía con ustedes dos el capitán Ricardin que murió en Londres hace algunos años?

—El capitán Etienne Ricardin —contestó ella— no murió en Londres; nadie le vio morir allí. Ésa fue una información falsa de los periódicos ingleses. Hasta yo, y era sobrina suya, creí, como todos, en su muerte; y cuando vine a este país para ganarme la vida enseñando francés por el método moderno de eficacia vocal, cantando delante del micrófono, tomé el nombre americano de Dale. Mi madre, ¿sabe usted?, era americana, y se llamaba así; y yo pensé que el estigma del escándalo Ricardin recaería en todo aquel que perteneciera a la familia. Tal vez hice bien, pues después de estar aquí un año supe que el tío que había deshonrado el apellido Ricardon vivía aún.

—Un día que estaba yo recorriendo el Loop para asuntos me di de bruces con él, con el hombre que todos creían fallecido. ¡El capitán Ricardin, mi tío! ¡Qué cambiado estaba! No llevaba uniforme militar, no tenía bigote de soldado, ningún rastro del porte que le había caracterizado en aquellos días en que llevaba muy alta la cabeza como oficial del Ejército francés, tanto antes como después de aquella Gran Guerra que estalló cuando yo estaba en mantillas. Pero le conocí en seguida, pues me había criado a su lado en París.

Él se dio cuenta de que le había reconocido, me siguió hasta aquí, mi casa, y me pidió que no dijese a nadie que vivía, pues había cambiado de nombre y el capitán Ricardin había muerto para el mundo. Llegó a amenazarme, diciéndome que si le descubría él causaría la ruina de mi hermano Paul, teniente entonces, como lo era ahora, del Ejército francés, dedicado en el Norte de África a proteger el avance de las nuevas líneas férreas francesas en Marruecos y Argelia. Puede usted estar seguro, muy seguro, señor Kentland, de que yo nunca habría descubierto su secreto.

Kentland se inclinó hacia adelante en su silla.

—¿Cómo podía causar él la ruina de su hermano? Pero empiezo a ver claro en este asunto. Este hombre la tenía a usted en su poder por alguna razón. ¿Era a causa de su hermano?

—¡Oh, es una cosa tan terrible para hablar de ella! —dijo la joven ruborizándose—. Pero ya le he dicho que le revelaré toda la verdad, y así lo haré. Paul… Paul tenía el vicio del juego antes del escándalo Ricardin, y había contraído muchas deudas. Estaba entonces, como mi tío, en la División de la Defensa Militar de París, pues Argelia y Marruecos estaban tranquilos, y la misma Legión extranjera no tenía que hacer nada en el Norte de África. Mi hermano desempeñaba aquel destino de confianza, porque tenía gran influencia en el servicio militar francés, pues nuestro apellido goza en París de antiguo prestigio. Fue abordado por los mismos agentes extranjeros que más tarde trataron con otros —o, por lo menos, con otro— en este asunto. Y ahora puedo decir también que eran agentes italianos y no alemanes; agentes de Bersolino, ministro de la Guerra italiano. Y si

aquel espía alemán detenido después en París, tenía lo que tenía, fue porque Alemania compró a empleados traidores del Departamento de Guerra de Italia una copia de lo robado primero en Francia, que era un mapa que señalaba las localizaciones y conexiones eléctricas de lo que llaman cámaras de explosión y estaban enterradas alrededor de París, en una extensión de muchos cientos de kilómetros. Pues bien —añadió después de una pausa—, estos agentes italianos, actuando por medio de un jefe llamado Fabrianno, fueron a ver primero a mi hermano, y no a mi tío Etienne. Le ofrecieron dinero —mucho dinero— si les facilitaba una copia completa del mapa que estaba en la cámara blindada donde se guardaba el archivo, mapa que mi hermano podía sacar de allí porque a la sazón desempeñaba temporalmente las funciones de director de la rama eléctrica del Cuerpo de defensa. Quiero decir que se hallaba en condiciones magníficas de sacarlo, porque su tío Etienne tenía fácil acceso a todos esos papeles, tales como ese a que me refiero y los relativos a la defensa de Tolón y de la Costa Azul francesa, a causa de que estaban relacionados con la estrategia. ¿No lo llaman ustedes *tictacs*?

—De las dos maneras —dijo Kentland secamente. Y luego, preguntó con curiosidad—: ¿Pero, podían los agentes italianos confiar implícitamente en la autenticidad del mapa que esperaban les entregase su hermano Paul?

—¡Oh, sí! —respondió ella débilmente—. Les hubiera sido muy fácil, creo yo, a los agentes italianos, comprobar la… autenticidad —como ha dicho usted— de ese mapa por los instrumentos de averiguación colocados en las líneas que se suponía llevaban corriente, y también por los magnetos que había en aquellas «cámaras de explosión». Y así eyos —perdone mi mala pronunciación— *ellos*, no *eyos*, se lo plantearon a Paul. Éste creía, así lo supongo yo, que en estos tiempos modernos una guerra no se haría más que en el aire, que no volverían a utilizarse las carreteras, y que semejante sistema de defensa era, naturalmente, equivocado. ¡Oh, «Monsieur» Kentland!, él acabó por rendirse. Entabló

negociaciones para sacar y vender una copia de ese documento, y hasta pergeñó una solicitud de comprobación técnica que debía llevar el visto bueno de su tío; pero Paul recobró el juicio antes que fuese demasiado tarde, y anuló la solicitud. Lo que él no hizo lo llevó luego a cabo, jugando con dos barajas, su propio tío, que un año después fue juzgado y expulsado de París; exactamente lo que le hubiera ocurrido a Paul si hubiese llevado adelante el plan. Y…

—Pero —dijo Kentland, creyendo necesario interrumpirla— ¿cómo cayó su hermano en las redes del capitán Ricar…?

—A eso voy ahora, y se lo explicaré como mejor pueda —siguió diciendo la joven—. Paul cometió quizá un error de cancelar aquella solicitud referente al mapa, pues tal anulación parecía indicar que no había una razón técnica importante para revisarlo…, o que tenía miedo a algo. El tío Etienne era muy vivo, y estaba también un poco amargado porque en la Gran Guerra no obtuvo los altos honores a que él creía tener derecho. Cuando Paul anuló esa solicitud, sólo él se olió la cosa, ¿no se dice así? Llamó por teléfono a Paul y le engañó. Aquí se dice *bluff*, y en francés la palabra *duper*[3] es la que más se le aproxima en significación. Dijo a mi hermano que él —Paul— estaba constantemente vigilado, pues se sospechaba que estaba en relación con uno de los enemigos de Francia, y que la Policía secreta francesa estaba a punto de lanzarse sobre todos los extranjeros que se hallaban en París, con objeto de ver si así descubría a un agente extranjero que, según se decía, había ido allí con mucho dinero. Le dijo también que sólo cooperando inmediatamente con él podría salvar el pellejo, y que debía escribirle inmediatamente una carta dándole toda clase de detalles acerca de este agente: su nombre, domicilio y estado en que se encontraban las negociaciones entabladas con dicho agente. Mi tío le aseguró que, una vez que recibiera esta carta, él —por el honor de la familia Ricardin— vería el modo de que a ese agente le previniesen para que saliera de París antes que lo detuviera la Policía francesa.

—Paul creyó a mi tío Etienne, y se asustó. Le escribió todos los detalles y le mandó la carta por correo; pero, por lo pronto, no

apareció por el Departamento de Guerra. Y entonces el tío Etienne se fue derecho a buscar al agente italiano y se las arregló para vender aquel mapa por el doble de la cantidad que había estado a punto de hacer pecar al pobre Paul. Pero el tío Etienne tenía mala suerte, muy mala, y fue detenido posteriormente porque los italianos se descuidaron y dejaron que los alemanes robaran una copia de aquel precioso documento, lo que motivó la detención de un alemán que poseía una información que no debía haber tenido. Y las cosas fueron aclaradas punto por punto, hasta descubrirse que el tío Etienne había sacado el mapa con el visto bueno del general d'Auvergne.

—El tío Etienne fue juzgado por revelar secretos militares; pero durante la vista del proceso, en el cual el Consejo de Guerra le condenó a salir de Francia, él no enseñó nunca la carta que Paul le escribió, pues no hubiera favorecido en nada su situación. Ya estaba bastante comprometido con lo suyo, y el mostrar la carta hubiera servido sólo para empeorar su defensa, pues el tribunal militar le habría preguntado por qué —ya que su sobrino le había facilitado aquellos detalles— no dio cuenta inmediatamente de la carta al Departamento de Información. Y cuando yo salí de Francia para América, y Paul me confesó de rodillas la terrible traición que había estado a punto de cometer, dimos por descontado que la carta ya no existía, que el capitán Ricardin la habría destruido cuando murió en Londres. El…

—Pero el capitán Ricardin —interrumpió Kentland—, después de haberla reconocido a usted en el centro de la ciudad, le dijo que aún conservaba esa carta en su poder, ¿no es así? Y que si la enviaba a las autoridades militares francesas, Paul sería expulsado del Ejército por un consejo de guerra. ¿Es eso?

Ella hizo un signo afirmativo con la cabeza.

—Sí, todo eso. Paul…, Paul hubiera sido fusilado, teniendo en cuenta las recientes amenazas de Italia contra la *Belle France*. Por esto yo no me atreví a contrariar en nada a mi tío. ¡Oh!, puede usted imaginarse lo que vino después. El tío Etienne había perdido todo el

dinero que cobró por aquel mapa, y me utilizó como fuente de ingresos. No podría decirle a usted el número de veces que acudió a mí para exigirme dinero, un dinero prestado en apariencia; pero sacado en realidad con la amenaza de enviar aquella carta a Francia para perder a Paul.

—¡Qué canalla! —murmuró Kentland para sus adentros—. Pero su hermano ha expiado su delito —mejor dicho, su propósito de delito— con una muerte gloriosa en un campo de batalla del Norte de África. Nada puede perjudicarle ahora.

—No, ahora no —dijo ella con tristeza. Ensimismada en sus pensamientos hizo una pausa. Kentland no hizo la menor tentativa para despertarla. Pero, de repente, la joven se rehízo y prosiguió—: No tardé en darme cuenta de que estaba a merced de un chantajista que seguiría sacándome dinero con sus amenazas. Pero, ayer vino a casa para hacerme una proposición. Me dijo que me entregaría la carta y se marcharía de Chicago para no volver. El…

—Sí, ¿eh? —exclamó Kentland rápidamente—. Me parece que puedo seguir yo contando el testo de su historia. ¿Le dijo a usted que él había venido a este país de incógnito y se había hecho amigo de un tal Carl Fornhoff, un revolucionario, un anarquista?

Ella asintió, admirada.

—¿Y que el joven Fornhoff y otros estaban complicados en un plan anarquista para volar con dinamita el edificio del Times-Star? Puedo imaginarme fácilmente que, después de su proceso militar, el capitán Ricardin debe de haber odiado amargamente la ley y el orden, bases de la sociedad moderna. ¿Le dijo a usted que el joven Fornhoff había muerto de repente antes de haberse puesto en práctica el proyecto? ¿Que se supone que los planos fueron enterrados por el joven anarquista cerca de la orilla del río Desplaines? ¿Que esos mismos planos podían emplearse para sacar dinero al padre?

—Todo eso es exacto, «Monsieur» Kentland —dijo ella—. En cierto modo ha dado usted en el clavo —añadió, empleando un giro idiomático inglés—. No sé cómo ha sabido usted todo esto, pero eso

es lo que él me dijo. Y me ordenó que fuera a ver a ese monsieur Fornhoff para sacarle por medio del chantaje 5.000 dólares, a cambio de los cuales él me entregaría la carta. Después de todo, ¿qué representaba para mí ese Fornhoff…, ni su dinero? Lo único que a mí me importaba era que Paul, mi querido hermano, no fuese arruinado por un canalla.

—Permítame que le haga otra pregunta —dijo Kentland tranquilamente—. ¿Le dijo a usted por qué no había ido hasta ayer al viejo Fornhoff con esa información acerca de los documentos acusadores relativos al *Times-Star*? Carl Fornhoff había muerto ya hacía más de un mes.

—Me lo dijo todo —explicó ella—. Estaba engreído con el poder que creía haber adquirido de repente. Se daba cuenta de que yo no me atrevería a revelar su identidad ni sus planes, pues sabía cuánto quería a Paul. Sí, había algo más en su plan repentino de sacar dinero a «Monsieur» Fornhoff por medio del chantaje. Ayer mismo, por la mañana, el capitán Etienne Ricardin recibió una carta. Era, «Monsieur» Kentland, una nota de un artista que vivía ahora en el estudio que antes había ocupado Carl Fornhoff en Center Street. En ella decía que la carta que se acompañaba, con la dirección puesta, había sido encontrada detrás de un tablero suelto de la chimenea, donde, al parecer, se había caído.

—Con la carta —siguió diciendo la joven— había un sobre franqueado y lacrado, dirigido a mi tío por Carl Fornhoff, y en la otra carta que iba dentro de este sobre, Carl decía al tío Etienne —en una especie de clave, por supuesto— que abrigaba la inquietante sospecha de que la Policía tenía noticia del complot contra el *Times-Star* y estaba a punto de detenerle por sus actividades revolucionas. Añadía que no se atrevía a correr el riesgo de escribir más cartas, y que al día siguiente iría al río Desplaines para enterrar una caja con los planos, que el capitán Ricardin podría después desenterrar, para seguir actuando con los demás miembros del grupo anarquista. Y entonces, él, Carl Fornhoff podría probar una perfecta co… coar…, ¿cómo dicen ustedes?

—Coartada —corrigió Kentland—. ¿Y decía la carta lo que tenía que hacer el capitán para encontrar la caja?

—Sí —contestó Yvonne—. Mi tío confiaba lo bastante en el poder que tenía sobre mí para decirme que el secreto estaba relacionado con un cuadro que «Monsieur» Carl Fornhoff había declarado le llegaría por medio de una empresa de transportes, unos cuantos días después: el cuadro representando a un hombre de Saturno. No quiso decirme más; pero no sabía fijamente cuál de los dos cuadros pensaría mandarle Carl Fornhoff.

—Ya —dijo Kentland—. Sé que Carl murió de repente en su estudio, poco después del día que salió de pesca, y es evidente que la carta que había querido enviarle por correo desapareció escurriéndose por detrás del tablero de la chimenea de su estudio. Sé que cuando se vendieron sus enseres, había dos copias de «El hombre de Saturno», y que ambas fueron adjudicadas en pública subasta. Parece, pues, evidente que su perseguidor de usted, el capitán Etienne Ricardin, no podía fijar cuál de los dos cuadros iban a enviarle por medio de la agencia. Y me figuro que tampoco sabía dónde se hallaban las dos pinturas.

—No, «Monsieur» Kentland, en eso está usted equivocado. El capitán Ricardin había hecho ya indagaciones por teléfono y averiguado que los efectos de Carl Fornhoff habían sido vendidos en un lote a «Monsieur» Leitzinger, del Loop. Tuvo la suerte de coger al viejo cuando se marchaba a Elgin para asistir a otra venta de cuadros. De este modo, mi tío supo que uno de los cuadros había sido vendido a un tal doctor Stephen Watling, y el otro a Mazurka. ¿Está todo claro ahora?

—Completamente —respondió Kentland—. Ahora comprendo los motivos que tenía usted para ir a ver a Fornhoff, y no la censuro por ello. Usted trataba de protegerse a sí misma, y a los suyos, recuperando esa carta. Pero escuche, mi querida amiga, ¿está enterada de que pocas horas después de salir usted de ver al viejo Fornhoff en su despacho recibió aquél una carta en su casa, dándole el soplo de cómo podía adquirir esos dos cuadros?

—¿Darle el soplo? No sé lo que quiere decir eso: pero, yo fui, «Monsieur» Kentland, quien envió esa carta.

XXV. ¡EDICIÓN EXTRAORDINARIA!

Kentland miró a la joven, lleno de asombro. Surgía en el relato una derivación para la cual no estaba preparado.

—¿De manera que fue usted quien envió aquella carta? —preguntó.

—Sí, «Monsieur» Kentland —prosiguió ella—. Yo envié aquel soplo, como usted dice. El capitán Ricardin volvió a mí cuarto después de salir yo de ver a Fornhoff. Le dije que había hecho lo que él me había exigido, y le pedí la carta de mi hermano. Se negó a dármela, y me insinuó que tenía nuevos y más amplios planes en proyecto. Hasta se rió de mí. Después de haberse ido, tuve un presentimiento; algo parecía decirme que siempre estaría en las redes de aquel chantajista, que nunca me vería libre de él. Yo no soy más que una mujer…, una mujer llena de emociones como otras mujeres. Decidí evitar que el capitán Ricardin llevase a cabo su plan contra este hombre que era propietario de un periódico, y para ello envié a «Monsieur» August Fornhoff una carta, escrita lo mejor que pude en su idioma de usted, en la que le decía lo que tenía que hacer para no tener que pagar ese dinero.

—¿Y cuál —preguntó Kentland con curiosidad— fue el motivo de su ida a Crilly Court?

—Eso es lo que voy a explicarle —respondió Yvonne—. Anoche no podía dormir pensando en la injusticia que ese hombre cometía conmigo. Era la una de la madrugada cuando me senté de repente en la cama, movida por una idea que se me había ocurrido. ¿Y si yo me apoderara de los cuadros al óleo que guardaban el secreto de la

localización de aquellos planos del *Times-Star*? Seguramente, me dije, esos papeles acusarían a mi tío tanto como a Carl Fornhoff, y entonces yo podría volver las tornas contra él y obligarle a que me entregase la carta de Paul. ¡Cuán torpe había sido al no ver dónde estaba mi propia fuerza!

—Puede usted tener la seguridad, «Monsieur» Kentland, de que me levanté inmediatamente y me vestí. Era muy posible que «Monsieur» Fornhoff no hubiese empezado todavía a actuar de acuerdo con mi carta. Tal vez lo hubiese aplazado hasta el día siguiente; quizá pudo haber pensado que era un engaño. Bajé de puntillas las escaleras, y en la guía de teléfonos del vestíbulo encontré que ese Mazurka tenía el domicilio y la tienda en el mismo sitio. Tomé también nota de la dirección del doctor Watling para utilizarla después, salí a la calle, y tomé varios tranvías, decidida a despertar a ese Mazurka y a comprarle el cuadro que tenía en su poder. Después, naturalmente, hubiera ido a casa del doctor Watling. Lo demás ya lo sabe usted seguramente. Eran casi las dos y media, según creo, cuando encontré la tienda iluminada y la puerta principal entreabierta. Entré, sorprendida. ¡Oh, qué terrible espectáculo! ¡El hombre muerto en el suelo! Yo estaba en medio de la tienda cuando le distinguí. Al verlo retrocedí y salí de aquel lugar. Cerré la puerta tras de mí y desaparecí en la noche. Bajé por Crilly Court, pasé por los olmos, y, de repente, me pareció que todo daba vueltas en la oscuridad. Cuando desperté, estaba en la cama de un hospital. Ahora ya lo sabe todo, «monsieur» ¿Me cree usted?

—Todo —dijo Kentland—. Me doy cuenta de las mentiras en seguida. —Hizo una pausa de un segundo—. Ahora quisiera hacerle una última pregunta. Cuando tenga la respuesta quedará aclarado todo lo referente a su intervención en el asunto. ¿Cómo se explica usted que se le cayera esa piedra roja del pasador que llevaba en el pelo, y precisamente en el sitio donde podía constituir una acusación contra usted?

—Muy sencillo, «Monsieur» Kentland —respondió ella—. Cuando retrocedí horrorizada al ver aquella cosa horrible en el suelo, me

pareció como si una mano invisible me arrancase de un tirón el pasador del cabello. Un segundo después, la abrazadera cayó al suelo de madera y saltó a una distancia de dos pies. Uno de los ganchos de metal de la araña, que como usted habrá visto si se ha fijado, sujetan los prismas de cristal y están tan bajos en aquella tienda, se enganchó en mi pasador, probablemente en la parte de la cola del pavo real, y lo hizo caer. Lo raro es que con el golpe no se soltaran más piedras. A pesar de mi terror, me agaché y lo recogí antes de abandonar aquel lugar. —Hizo una pausa, y luego, preguntó —: Y ahora, «Monsieur» Kentland, ¿está todo aclarado?

—Todo —dijo él—; es decir, todo menos la cuestión de los cuadros. Su tío, el capitán Ricardin, fue a la tienda de Crilly Court después de medianoche y se peleó con el viejo persa al discutir el precio de aquel cuadro al óleo. Supongo que mostraría su gran afán por adquirirlo, y el viejo mercader elevó el precio a más de lo que el otro podía pagar. Por otra parte, es posible que Mazurka no quisiera discutir con él, porque estuviese esperando dentro de unos minutos una visita importante para hacer un trato ilegal que significaba mucho dinero. Y ahora, señorita Yvonne —añadió mirando a la joven—, para no molestarla más, ¿sabe usted dónde vive este capitán Ricardin?

—No —respondió ella de mala gana—; eso es lo único que no quiso decirme.

Kentland frunció el ceño.

—¡Qué lástima! Su tío tiene indudablemente el cuadro robado a Mazurka. Desearía encontrar ese cuadro, señorita Ricardin. Pero supongamos que todos los esfuerzos de su tío hubiesen sido inútiles, porque el cuadro que tenía Mazurka no fuera el que interesa… Antes de todo, señorita Yvonne, vamos a ir directamente a casa del doctor Watling. Tengo curiosidad por ver si está allí todavía la copia que tenía el médico. Después, usted y yo tendremos que decidir nuestra línea de acción, y me temo, mi querida niña, que tenga usted que repetir su relato a la Policía.

Sin decir nada, la joven se dirigió a su armario y bajó un elegante sombrerito aplastado, de paja negra y blanda, con el cual sus ojos parecían más negros que nunca.

—Tiene usted razón, «monsieur» —dijo. Una vez que usted me cree, estoy dispuesta a hacer cuanto sea necesario y justo.

Kentland se puso el sombrero y se dirigió a la puerta. En la calle llamó a un «taxi».

Eran las siete y estaba anocheciendo cuando el coche se detuvo a la puerta del número 413 de South Halsted Street. Kentland entró el primero en el sucio portal del edificio que había sido domicilio del doctor Watling, el médico procesado. Volvió a prenderse apresuradamente detrás de la solapa de la americana la placa de policía de la Hudson Avenue, que se había quitado aún no hacía hora y media, y llamó al timbre del portero.

Respondió a la llamada un hombre de aspecto cadavérico, con barba de dos días, vestido con mono.

—¿Es usted el portero de esta casa? —preguntó Kentland rápidamente, y volviéndose la solapa de la americana mostró la placa—. Necesito entrar en el cuarto de Watling.

El otro le miró malhumorado.

—Ya estuvieron dentro los policías esta mañana y creí que esto había terminado. El pájaro ha volado, de manera que puedo subirle a usted también. —Buscó en el bolsillo un manojo de llaves—. Sígame —dijo, y echó a andar.

—Espéreme usted fuera —dijo Kentland en voz baja a Yvonne, mientras el portero se volvió un segundo para cerrar la puerta que conducía a la escalera del sótano. Luego, siguió al otro hasta el primer piso. El portero desechó la llave de la puerta, entró en el cuarto y encendió las luces.

Bastaba una mirada para apreciar que el ex inquilino de aquel cuarto había salido precipitadamente al enterarse de su procesamiento. Los cajones estaban abiertos y en el centro de la habitación había papeles diversos amontonados en el suelo. La repisa de cristal destinada a los instrumentos estaba vacía, y los

departamentos interiores de un pequeño escritorio se hallaban desprovistos de su contenido. Hasta un pequeño armario que había tenido medicinas estaba abierto y sólo quedaban en los estantes algunos frascos de cristal, vacíos. Sin duda, el doctor Watling había recogido todas las cosas necesarias a su profesión, y había huido a tiempo de la ciudad.

Kentland miró sin pérdida de tiempo a las paredes. El hombre había amueblado su pequeño consultorio con cierto lujo, pues en las paredes había colgados varios cuadros al óleo. Pero lo que atrajo más la atención de Kentland fue la extraña pintura que pendía, envuelta en las sombras de un rincón. «El hombre de Saturno», que era el título del cuadro, estaba pintado en letras pequeñas en la parte inferior del lienzo. Como en el otro, se había añadido una firma, y cuando Kentland se acercó al lienzo pudo ver que decía: Durri. Si bien el marco era distinto, el cuadro era del mismo tamaño que el que había en la tienda de Crilly Court. Representaba una cara fantástica, de un verde brillante, con dos colmillos blancos cortos y salientes, un levísimo asomo de nariz y grandes ojos de globos amarillentos en los que relucían dos pequeñas pupilas de un rojo encendido. Como en el otro cuadro al óleo, tenía cuernos moteados que sobresalían en la parte superior, y una mano larga de siete dedos, visible en el fondo, que parecía como si quisiera asirse al marco para ayudar a su poseedor a saltar del reino de la pintura para entrar en el mundo terrestre.

Kentland se acercó inmediatamente al cuadro y lo descolgó. El portero le miraba con los ojos entornados, y el joven se volvió a él y le dijo:

—Voy a llevarme este cuadro, amigo mío. Si teme usted comprometerse le dejaré un depósito que le sirva de garantía; pero el cuadro lo necesito durante algún tiempo. —Se metió la mano en el bolsillo—. ¿Cuánto quiere usted como depósito?

El otro se quedó indeciso.

—Ustedes los policías —dijo— son muy raros. No creo que el doctor vuelva a aparecer por aquí; pero si viene, entonces tendré

que dar cuenta de sus cosas. El cuadro, según me dijo, lo adquirió en una subasta del centro de la ciudad, y pagó por él 15 ó 16 dólares. Deme un billete de 20 y le dejaré a usted sacarlo de aquí. Yo tengo que quedar a cubierto.

Kentland no discutió. Sacó del bolsillo dos billetes de diez dólares, envolvió el cuadro en un gran trozo de periódico, escribió un recibo en el que firmó sencillamente «James Kentland», y no «Departamento de Policía», y salió del desierto consultorio. El portero apagó las luces y le siguió hasta el vestíbulo, donde desapareció en las regiones subterráneas, con un huevo concepto de los policías en general: el concepto de que la maquinaria de sus cerebros se componía de muchos discos giratorios sueltos.

—Y ahora «Monsieur» Kentland —preguntó la joven cuando estuvieron en la calle, ¿adónde vamos?

—A tomar algo —respondió él sonriendo—. Me estoy muriendo de hambre. Luego, volveremos a su casa. Necesito examinar este cuadro.

Cuando Kentland se dirigía hacia la orilla de la acera para llamar a un «taxi», pasó un vendedor de periódicos voceando: «¡Extraordinario! ¡Nuevo misterio en el crimen de Crilly Court! ¡Extraordinario!».

Kentland arrojó al chico un níquel y le arrebató un periódico. A todo lo ancho de la plana, en negras titulares, se leían estas palabras:

SUICIDIO DE UN PERSONAJE CONOCIDO

> El capitán Etienne Ricardin, protagonista del suceso militar que tan gran escándalo causó en Francia, se ha arrojado por el puente de Quincey Street poco después de las cuatro. Al ser identificado el muerto por los papeles que llevaba encima, la Policía hace un extraño descubrimiento.

XXVI. UN EXPERIMENTO

Indiferente por completo a las curiosas miradas de los transeúntes, Kentland se apoyó contra una barandilla de hierro cercana y se puso a recorrer *ávidamente* toda la primera plana, en busca de detalles. Comprendió al momento que la noticia se había recibido en el periódico cuando la edición estaba a punto de entrar en máquina, pues toda la información se reducía a las pocas líneas colocadas en la columna marginal de «Ultima hora». Compuesto el suelto en versalitas, impreso con tinta roja de mala calidad, y ajustado sin haber leído la prueba, a causa de lo tarde que telefonearon la noticia, contenía algunos detalles. Decía así:

> *«El cuerpo de un intrépido motociclista que cayó desde una altura de treinta pies en el río Chicago, adonde se arrojó esta tarde a las cuatro desde el acceso oriental del puente giratorio de Quincey Street, resulto ser el del conocido capitán Etienne Ricardin, protagonista del escandaloso suceso militar ocurrido en Francia, y que lleva su nombre. Unas cartas empapadas en agua, que se encontraron en sus ropas, han revelado la identidad del hombre que en los círculos militares daban por muerto. Ya estaba sin vida cuando los tripulantes del remolcador* Franklin D. Roosevelt *sacaron del fondo del río el cuerpo y la motocicleta, que formaban un todo entrelazado. La moto era una B-311 de agente del tráfico del Departamento de Policía, y pertenecía*

al agente John Tilroy, el cual había ya dado cuenta de que se la habían robado delante de los Almacenes Davis, donde la dejó para entrar a hacer unas compras, en las que no invirtió más de dos minutos. Se ignora por qué la robó Ricardin. Al principio, se supuso que éste había perdido el dominio de la máquina; pero varias personas que presenciaron el fatal lanzamiento declaran que el conductor de la "moto" echó los frenos al darse cuenta de que no podría entrar en el puente antes que éste se abriera para dar paso al barco de remos City of Duluth. *El pavimento de asfalto que da acceso al puente estaba húmedo y resbaladizo, y la cadena de protección estaba, como de costumbre, sin echar de una parte a otra de la calle. Un detalle curioso del suceso es que, oculto entre el pecho y la camiseta de Ricardin, se encontró la cara completa de un cuadro que poseía el traficante en objetos de arte de* Crilly Court, *a quien se supone asesinado por una mujer perseguida por la Policía, y que es conocida con el nombre de Nell Hannaford. Como no había sufrido ningún deterioro por su inmersión en el agua, la pintura fue reconocida en seguida. Al entrar esta edición en máquina se está efectuando el traslado de los restos al Depósito Central de Cadáveres, acto al que asisten nuestros reporteros. Nuevos detalles en nuestra próxima edición»*.

Dos veces leyó Kentland la lacónica información, hasta darse cuenta de su importancia. Luego, le pareció que una frase se destacaba sobre lo demás: «Como no había sufrido ningún deterioro por su inmersión en el agua, la pintura fue reconocida en seguida». Resultaba, pues, que el capitán Ricardin había logrado apoderarse de lo que él perseguía. La pintura estaba completa, sin haber sufrido el menor deterioro. Kentland cerró los ojos y recordó cierto conocimiento adquirido en su juventud.

Pero, de pronto, se acordó de la muchacha que tenía a su lado, esperando. Advirtió que estaban delante de una casa de comidas, y pudo ver que las mesitas del centro estaban desocupadas. Cogió del brazo a la asombrada joven, la entró en el establecimiento y la sentó a una de las mesas.

Una vez sentados le enseñó el periódico.

—Esto está en inglés —dijo—; pero creo que lo entenderá. Léalo. Dice que su perseguidor, el capitán Ricardin, llegó al inesperado fin de su despreciable vida hace menos de dos horas y media.

—Llegó al final… —repitió la muchacha—. ¡Muerto! —Se quedó mirando a Kentland con cierta incredulidad. Luego, cogió el periódico y él pudo ver que sus labios se movían en silencio a medida que leía lentamente la información, digiriendo cada palabra al traducirla a su propia lengua.

Por último, levantó la vista y mirando a Kentland dijo:

—«Monsieur» Kentland, casi no lo puedo creer; pero, sin embargo, tiene que ser verdad. El mundo se ha visto libre de un hombre muy malo. ¿No es preferible que haya sido así?

Él asintió con un movimiento de cabeza.

—Es lo mejor que ha podido hacer. Seguramente hubiera sido ejecutado en la silla eléctrica, pues no habría podido librarse de la Policía, después de haber escuchado ésta su relato de usted. Y luego, esas manchas de esmalte en el asta de la lanza, en la que, seguramente, hay restos de sus huellas dactilares. Es indudable que no tenía escape. Pero ahora, mi querida amiga, no tendrá usted que declarar nada a la policía. Él mismo lo ha confesado todo accidentalmente. Voy a llamar a la estación de la Hudson Avenue a ver qué saben.

Se levantó, entró en el locutorio telefónico y marcó un número. Le contestó la inconfundible voz del pequeño capitán de Policía de la Hudson Avenue.

—Aquí es Jimmie Kentland. ¿Sabe usted la noticia, capitán? Lo de Ricardin, quiero decir.

—Oiga, ¿sabe, Kentland, que es usted muy listo? —respondió el otro en seguida—. Mc Gee, el «chauffeur» del «taxi» amarillo que tomó usted anoche, vino aquí esta tarde y nos contó lo de la joven que atropellaron ustedes cerca de Crilly Court. —Rió con cierta aspereza—. Créame, avispado amigo, antes de cinco minutos ya teníamos un agente en el hospital, el cual nos trajo el indicio que pensaba usted utilizar en sus averiguaciones.

—¿Y qué indicios…, qué indicio era ése?

—La pulsera de oro con el nombre de Ricardin grabado en ella. No veo todavía la relación que pueda haber; pero coincide con el nombre del individuo que se cayó esta tarde desde el acceso al puente de Quincey Street.

—Tiene usted razón, capitán. Yo creí que podría trabajar valiéndome de los indicios que tenía; eso es todo. Pero, ¿qué me dice usted de la abrazadera del pelo?

—No he conseguido sacar nada en limpio de eso —dijo el jefe de Policía—. El verdadero indicio es la pulsera.

Kentland sonrió delante del micrófono. Tal vez era preferible que Shannon no viese aquella sonrisa.

—Bueno, capitán —dijo—. Por lo visto, he fracasado. ¿Qué me dice usted del lienzo que llevaba Ricardin consigo? ¿Tiene usted idea de para qué llevaría encima ese cuadro? —Kentland contuvo la respiración, aguardando la respuesta.

—Eso no lo hemos averiguado todavía; pero estamos sobre ello y lo sabremos pronto. Tal vez le interese a usted saber que Nell Hannaford fue detenida esta tarde, a última hora, en el barrio chino. Pudo probar perfectamente dónde estuvo y lo que hizo durante toda la noche. Cercada a preguntas, explicó que precisamente había recibido el aviso de que no fuese anoche a la tienda de Crilly Court. Buena cosa para ella, ¿eh?, pues el ir la hubiese comprometido. —Hizo una pausa de un segundo—. Bueno, amigo mío, pásese por aquí mañana para devolver la placa que usted… arrebató. Como policía me ha dado usted un chasco, y en lo sucesivo me limitaré a mi propia gente.

Kentland rió, colgó el auricular y fue a reunirse con Yvonne.

—La Policía no sabe nada del cuadro ni del secreto que encierra —dijo con gravedad—, y yo abrigo la esperanza de lograr que no lo descubran. Ahora vamos a ir a casa de Fornhoff. Tengo ciertas sospechas que quiero confirmar. Si resultan equivocadas, habré perdido veinte dólares.

Salieron del restaurante, y Kentland llamó a otro «taxi». Veinte minutos después subían los escalones de un gran edificio de piedra oscura, en Drexel Boulevard. Cuando les hicieron pasar, se acercó a ellos una enfermera vestida con un uniforme blanco.

—¿Cómo está el señor Fornhoff? —preguntó Kentland—. ¿Podríamos verle para un asunto importante?

La enfermera le miró, como si vacilara; luego, se apartó y dijo:

—Está mucho mejor, y descansa tranquilamente. Vengan por aquí.

Cruzaron lentamente la gruesa alfombra de terciopelo: la enfermera, delante; Kentland en segundo lugar, con su precioso envoltorio, y, por último, Yvonne, que les seguía con curiosidad, en silencio. La enfermera abrió la puerta de un gran dormitorio y les hizo señas de que entrasen.

—Tiene usted dos visitas, señor Fornhoff —dijo, anunciándoles.

Fornhoff estaba en la cama, incorporado, y apoyado en varias almohadas. Una lámpara ornamental, de cristal de colores, arrojaba su amortiguada luz sobre los ricos muebles de la habitación. Al entrar los tres miró hacia la puerta.

—¡Kentland! —exclamó—. ¿Qué hace usted aquí? —De repente, se fijó en Yvonne y dijo, indignado—: ¡Usted! ¡Usted! ¿Más chantaje todavía?

—Nada de eso —respondió Kentland, situándose al lado de la cama mientras la enfermera le miraba fijamente—. ¿Podemos hablar con usted a solas un momento? Lo que tengo que decirle es una buena noticia.

El enfermo se agitó en el lecho, y mirando a la enfermera, dijo:

—Haga el favor de dejarnos solos unos minutos. Vuelva usted cuando llame.

Ella abrió la boca como si fuera a hacer alguna observación; pero, al fin, se volvió lentamente y salió de la estancia.

—Ahora —dijo Fornhoff con curiosidad—, dígame qué es lo que desean de mí.

Kentland acercó dos sillas. Luego, relató toda la historia lo más brevemente posible, empezando por el aviso anónimo de la madrugada, y acabando por la visita que hizo a Yvonne y la extraña historia de ésta acerca del hombre que la había tenido bajo su dominio, convirtiéndola en su instrumento.

Conforme iba escuchando Fornhoff atentamente el relato que hacía Kentland, iban desapareciendo las líneas duras de su rostro, y éste adquirió una expresión más amable, de mayor simpatía. Miró varias veces a la silenciosa joven de ojos castaños, con un peculiar destello en los suyos, y cuando Kentland terminó, le tendió la mano y le dijo.

—Kentland, le debo a usted en primer término una satisfacción. Yo estaba aterrado esta mañana cuando leí aquellas titulares y descubrí que James Kentland, redactor de mi periódico, había salido a buscar esa información. Creí firmemente que Boltman había matado a aquel hombre, y yo mismo me sentía culpable. Pensé también que si el crimen no se descubría hasta por la mañana había una probabilidad de que la Policía no averiguase nunca la verdad, pues cuanto antes llegara al lugar del suceso, más pronto podía aclararlo. Pero como usted lo había propalado anoche mismo, estaba seguro de que todo se descubriría.

Hizo una pausa. Lo que había hablado le había costado sin duda un gran esfuerzo. Miró con curiosidad al paquete que Kentland tenía en la mano, y añadió:

—¿Y dice usted que cierta circunstancia que concurre en la muerte del capitán Ricardin le induce a pensar que éste no logró lo que se proponía? ¿Y que tiene usted el cuadro del doctor Watling que yo no pude conseguir?

Kentland asintió. Rasgó la envoltura de papel de periódico y dejó al descubierto la horrorosa cara del hombre de Saturno.

—Sí —contestó—, y espero que veamos pronto si tenemos en nuestro poder el verdadero cuadro. —Alzó los ojos—. ¿Quiere usted —añadió— llamar a la enfermera? Tengo una idea que voy a poner en práctica.

XXVII. Los hilos del destino

Fornhoff, maravillado, alargó la mano y oprimió el botón del timbre que tenía al lado. Kentland continuó con su explicación.

—Cuando yo era niño, señor Fornhoff, tenía la ambición de ser artista, y mi padre se gastaba mucho dinero en pinturas, aceites, pinceles y qué sé yo cuantas cosas más para mí. De esa manera aprendí que no sólo hay pinturas al óleo para emplearlas sobre lienzo, y pinturas a la aguada para usarlas sobre papel, sino que…

La enfermera entró en la habitación y Kentland se dirigió a ella.

—Deme usted —le dijo— una jofaina con agua caliente, y una esponja o un puñado de gasa.

Ella se retiró, y Kentland siguió diciendo:

—Pero hay una tercera clase de pintura llamada al temple, que es una pasta opaca de color desleído en agua, y no un óleo; pero que se usa para pintar directamente sobre lienzo, como se hace con las pinturas al óleo. Es imposible que una persona cualquiera advierta la diferencia entre una pintura hecha sobre lienzo con pasta aguada al temple y otra preparada con aceites; pues, a lo más sólo hay una sutil diferencia en el brillo, demasiado ligera para notarse.

—Supongamos ahora —siguió diciendo— que su hijo de usted, Carl, hubiese tenido esta copia del cuadro de Durri casi terminada al óleo, excepto una parte. Supongamos también que fue en ese momento cuando llegó a la conclusión de que sospechaban de él, creyendo que estaba complicado en el complot contra el *Times-Star*, y que por esto enterró en las proximidades del río Desplaines la caja de avíos de pesca con los planos para la voladura del edificio del

periódico. Sabemos que él comprendió lo arriesgado de escribir más cartas, por lo que envió al capitán Ricardin los datos para localizar aquella caja. Naturalmente, el lugar del escondite estaba tan oculto que sólo el capitán Ricardin, conocedor de los datos, pudiese dar con él. Por desgracia para Ricardin, la carta que lo explicaba todo le llegó, por haberse extraviado, un mes más tarde. Pero, volviendo a Carl, ¿habría pintado éste el escondrijo en la parte no acabada del cuadro, con trazos de pintura negra al óleo rebajados con trementina para que el entramado del lienzo tomase un pigmento acuoso parecido al de la pintura al temple? Y siendo así, ¿no pintaría entonces al temple sobre los trazos al óleo?

—Parece razonable —comentó Fornhoff, apoyándose sobre un codo.

—Si es así —dijo el joven—, pudiera ser que…

En esto entró la enfermera. Llevaba una tira larga de gasa y una jofaina de agua, de la que salían nubes de vapor, y colocó ambas cosas en un velador cercano que estaba cubierto con una lámina de amianto.

—Puede usted salir un minuto, enfermera —dijo el paciente.

Ella obedeció y Kentland estrujó entonces la larga tira de gasa, la metió en el agua caliente y, dando un amplio restregón, la pasó por la cara de la pintura. No ocurrió nada. Volvió a mojar la gasa y siguió frotando el lienzo con más fuerza.

De repente, las pupilas de rojo encendido desaparecieron, convertidas en una mancha encarnada; luego, los grandes globos amarillos de los ojos empezaron a emborronarse, a difuminarse y a desaparecer, hasta que, al cabo de unos segundos el color amarillo corría hacia abajo por la cara del cuadro en pequeños riachuelos de agua caliente. Unos restregones más, y los ojos de «El hombre de Saturno» habían desaparecido. En su lugar, se veían ahora dos amplios espacios de lienzo limpio, en forma de almendra, y sobre la superficie de uno de ellos apareció lo siguiente, pintado con rasgos negros y tinos, hechos con pincel:

1.^{er} roble S. de Mad Str
orilla río Desp

En el otro espacio, que quedó completamente al descubierto un segundo después, se leía en parecidos trazos negros y finos:

40 pies N. 60 p. O.

Kentland dejó caer en el agua el puñado de gasa húmeda y humeante y se levantó.

—Ahí tiene usted, señor Fornhoff. Cuando leí que la cara del cuadro hallado en el cadáver del ahogado Ricardin estaba completa y no había sufrido el menor deterioro, se me ocurrió que ninguna pintura a la aguada o al temple hubiera podido resistir a la inmersión. Así, pues, si mi suposición era acertada, el muerto tenía el otro cuadro, no el que encerraba el secreto. —Hizo una pausa—. Mande usted a un hombre mañana al amanecer al río Desplaines, y dígale que se dirija al sitio en que se cruzan el Madison Street y el río, que busque en la orilla oeste el primer roble al sur y que mida 40 pies al norte y 60 al oeste. De este modo tendrá usted en su poder los planos de la voladura del *Times-Star* que hubieran causado su ruina como propietario de periódicos en los Estados Unidos, y así podrá usted destruirlos de una vez para siempre. —Se volvió a la joven que estaba aguardando—. Vamos, señorita Dale, nuestro trabajo ha terminado. —Cogió su sombrero—. Buena suerte, señor Fornhoff. Creo que el *Sun* está ahora a salvo.

—Espere usted, Kentland —dijo el hombre de la cama—. Sólo un minuto; no crea que se va usted a escapar tan fácilmente. —Kentland e Yvonne se detuvieron—. Este ataque que he sufrido ha sido un aviso para mí. El doctor dice que he trabajado demasiado, y que aun cuando me levante y salga a la calle dentro de unos días, tendré que vivir en lo sucesivo apartado de todo trabajo y libre de toda preocupación. Anoche envié a Cincinnati a un sustituto con mi cheque

para pujar en la subasta del *Cincinnati Herald*, y hoy al mediodía he recibido un telegrama diciéndome que mi puja fue la más alta. Soy dueño, pues, del periódico y de sus instalaciones.

Hizo una pausa, y añadió mirando al joven:

—Necesitaré que alguien vaya a Cincinnati para ocupar el puesto de director gerente, interventor y lo demás. Ese puesto es para usted, Kentland, si lo quiere. ¿Cuál es su respuesta?

Kentland calló mientras la oferta iba penetrando en su ser. Luego se volvió con cara de satisfacción a Fornhoff.

—Acepto, señor Fornhoff. Mañana por la mañana estaré aquí dispuesto a trabajar en seguida, dispuesto a entrar una vez más al servicio de un periódico socialista.

Guardando por primera vez un silencio extraño, Kentland e Yvonne se dirigieron en coche al Depósito Central, donde estaba el cadáver del capitán Ricardin. Kentland estuvo aguardando en la sala de espera del pequeño establecimiento, mientras la muchacha entró en la sala de detrás para identificar el cadáver como el de su tío.

Volvió al cabo de unos minutos, y cuando se dejó caer en el diván que tenía al lado estaba más pálida que de costumbre.

—Es él —dijo en voz baja—. Es él tal como lo conocí siempre…, mi tío…, el capitán Ricardin, como era en vida. ¿Quiere usted ver al hombre que tanta ruina causó a sí propio y a los demás?

Kentland, curioso, se levantó y entró en la pequeña sala trasera. Se acercó a la única losa que había y levantó la sábana.

Y allí, sobre aquella losa, blanco y frío, con la misma sonrisa burlona en sus rígidas facciones, la misma mirada arrogante en su cara tranquila, yacía el cadáver de Jeffrich, ex técnico militar del *Sun*.

Kentland se quedó boquiabierto al reconocerle. Luego, estuvo mirando durante varios minutos a aquel cuerpo tendido encima de la losa, maravillado ante el extraño tejido de los hilos del Destino, que habían llevado el suceso de Crilly Court a tan inesperado final. Pero, poco a poco, fue desapareciendo de su visión la figura que yacía

sobre la losa, y en su lugar surgió otra figura mental más grata: la de una muchacha de ojos de un color castaño insondable.

Volvió a la sala de espera donde le aguardaba la joven y miró a ésta con curiosidad.

—Yvonne —dijo—, estoy pensando si, después de todo, Chicago le habrá traído la felicidad. Pienso también si no le importaría ir a Cincinnati para continuar allí su trabajo hasta que conozca mejor a un tal Jimmie Kentland. Entonces…, quién sabe si algún día, con el tiempo, le agradaría a usted vivir allí para siempre con el nombre de Kentland en vez del de Dale. ¿Qué dice usted?

El rubor invadió el rostro de la joven.

—Creo —dijo luego— que ya le conozco bastante, Jimmie Kentland. De modo, que si usted se va a Cincinnati, yo…, yo iré también a Cincinnati.

—La sala de espera de un depósito de cadáveres —dijo él con gravedad— no es el sitio más adecuado para empezar una novela de amor; pero…

La atrajo hacía sí, y la besó en los labios rojos y cálidos.

Notas

[1] Alude a Roosevelt. <<

[2] Jimmie, diminutivo de *James*. <<

[3] *Duper*, verbo francés que significa «embaucar», «engañar». <<